

ARTES, CIENCIAS Y HUMANIDADES CUESTIONES Y PERSPECTIVAS



Liliana Regalado
De Hurtado

El Rostro Actual De Clío La Historiografía Contemporánea: Desarrollo, cuestiones y perspectivas



PONTIFICIA UNIVERSIDAD
CATÓLICA DEL PERÚ
FONDO EDITORIAL 2002

El rostro actual de Clío
*La historiografía contemporánea:
desarrollo, cuestiones y perspectivas*

ARTES, CIENCIAS Y HUMANIDADES
CUESTIONES Y PERSPECTIVAS

El rostro actual de Clío

*La historiografía contemporánea:
desarrollo, cuestiones y perspectivas*

Liliana Regalado de Hurtado



Pontificia Universidad Católica del Perú
Fondo Editorial 2002

Primera edición: agosto de 2002

*El rostro actual de Clío. La historiografía contemporánea:
desarrollo, cuestiones y perspectivas*

Diseño de carátula: Edgar Thays

Copyright © 2002 por el Fondo Editorial de la Pontificia Universidad
Católica del Perú. Plaza Francia 1164, Lima-Perú.

Teléfonos: 330-7410, 330-7411, Fax: 330-7405

E-mail: feditor@pucp.edu.pe

Derechos reservados, prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio,
total o parcialmente, sin permiso expreso del editor.

Hecho el Depósito Legal: 1501362002-3668

ISBN: 9972-42-493-6

Impreso en el Perú – Printed in Peru

*A mi hijo
Diego Alonso*

Índice

Introducción	11
Capítulo I	17
La revolución historiográfica y sus antecedentes	
1. Las bases de la historiografía moderna	18
2. El desarrollo de la historiografía después de la Segunda Guerra Mundial: la influencia de las ideologías y los contextos sociales y políticos	36
3. Historiografía tradicional versus nueva historia: escuelas, metodologías y temática	40
Capítulo II	51
La historiografía finisecular	
1. La transformación de los paradigmas científicos y sus efectos en la historiografía a partir de 1970	51
2. Los cambios y las características de la historiografía actual	63
3. Nuevos temas y tendencias	73
4. Algo más sobre los nuevos temas	78

Capítulo III	93
¿Hacia dónde vamos?	
1. La historiografía actual en su contexto: Su desenvolvimiento en la era de la globalización y la información	93
2. Las posibilidades y los límites	114
3. Cuestiones por resolver	117
4. Clío mira hacia adelante	121
Bibliografía	129

Introducción

Las ciencias, de cualquier tipo, tienen la virtud de cambiar, de transformarse pero jamás envejecen. A diferencia de los instrumentos y de la tecnología que caen tarde o temprano en obsolescencia, las ciencias se renuevan constantemente, a veces de manera dramática, otras de forma menos espectacular. Por eso, para hablar de la historiografía contemporánea he querido referirme al rostro actual de Clío puesto que, si esa musa simboliza nuestra disciplina, no estoy segura de que el aspecto que luce ahora, a principios del siglo XXI, mudará dentro de poco o si, por el contrario, permanecerá un tiempo largo casi de la misma forma como se la ve actualmente.

Como historiadora, formada en la década de los sesentas, he tenido el raro privilegio de asistir a los importantes cambios ocurridos en aquel entonces en nuestra disciplina, pero también vi y estuve sujeta a las grandes transformaciones producidas a partir de aquella época no solo en la historia de Occidente, sino a escala mundial, particularmente en el último tercio del siglo XX que nos llevó al cambio de centuria y de milenio. En efecto, mi generación ha asistido tanto al auge como a la caída de paradigmas y de utopías, de regímenes políticos y de ensayos de organización social. También vimos cómo se alcanzaba una cumbre en el desarrollo de la tecnolo-

gía (representada, por ejemplo, por la llegada del hombre a la luna), guerras (la fría y de las otras), el advenimiento de la llamada informatización y digitalización como fenómenos generalizados, aparejados al surgimiento de la también denominada sociedad de la información y al efecto de la globalización. En fin, la lista sería muy larga, pero es necesario acotar que tal vez una de las cosas más interesantes para nosotros, los historiadores, ha sido la discusión acerca de la postmodernidad ya que, aunque se admita o no el concepto y la existencia de una nueva etapa, el debate ha venido marcado por la exigencia a los cultores de las distintas ciencias de llevar a cabo una mayor y constante reflexión acerca de sus teorías y métodos, así como del alcance científico y social de sus respectivas prácticas profesionales y académicas.

Pese a ello, durante los últimos años tuve la sensación de que, en nuestro medio, se iba apagando cada vez más la reflexión y la discusión acerca de nuestro quehacer como historiadores, probablemente porque tanto los mayores como los jóvenes «profesionales» de la historia, instalados en nuestras respectivas posiciones, con las teorías y, particularmente, los métodos que estaban a nuestra disposición, escogíamos temas, desempolvábamos documentos, armábamos discursos y tramas, pero pocas veces ubicábamos, de manera consciente, nuestra actividad en medio del desarrollo de la ciencia actual y la visión (o visiones) contemporáneas de la realidad. Sin embargo, de todas maneras hemos empezado a hablar de asuntos tales como interdisciplinarietà, fragmentación, identidades, entre otros.

El metodologismo ingenuo de la investigación histórica ya no domina solo el campo. El progreso de la investigación ya no se entiende en todas partes únicamente como expansión y penetración en nuevos ámbitos o materiales, sino que en vez de esto se atiende más bien a la configuración de etapas de reflexión más depuradas dentro de los correspondientes planteamientos [...] Pero junto a ello empieza a entrecruzarse una con-

ciencia hermenéutica que se vuelve hacia la investigación con un interés más autorreflexivo.¹

Una breve mirada hacia el relativamente cercano pasado historiográfico de Occidente nos revela, prácticamente sin lugar a dudas, que nuestras improntas como historiadores se ubican ahora poco más o menos dos siglos atrás. En efecto, se reconoce que la historiografía alemana resultó ser la dominante en el siglo XIX y que la francesa ha sido particularmente influyente y creativa durante el siglo XX, pero se tiene por cierto también que en las décadas finales de la última centuria los estadounidenses tomaron una posición privilegiada debido a que su historiografía fue bastante proclive a tomar contacto con colegas de otras nacionalidades con el fin de discutir, investigar, enseñar y escribir. A ellos se les sumaron lingüistas, literatos, psicólogos, antropólogos y filósofos de la cultura, entre otros.² Es cierto que tal inclinación a la discusión interdisciplinaria ha estado también permanentemente vinculada a la predominante posición política, económica y científica de los Estados Unidos en relación con el resto del mundo, lo mismo que a coyunturas específicas como, por ejemplo, la acogida en ese país de investigadores notables provenientes de distintas partes del mundo.

También debe tomarse en consideración que el cambio de aquellos paradigmas que habían ordenado la marcha de las ciencias desde el comienzo de la modernidad pero, sobre todo desde la Ilustración, se fue produciendo de tal manera que pareció instalarse una verdadera etapa de transición en medio de la cual los análisis, las propuestas teóricas y métodos nuevos

¹ GADAMER, Hans-Georg. *Verdad y método. Fundamentos de una hermenéutica filosófica*. Cuarta edición. Salamanca: Ediciones Sígueme, 1991, p. 354.

² CORCUERA DE MANCERA, Sonia. *Voces y silencios en la historia. Siglos XIX y XX*. México: Fondo de Cultura Económica, 2000, p. 13.

resultaron habituales en todas las ciencias. De esta forma, discusiones y proposiciones realizadas desde la física, la filosofía, la lógica, la geografía, la economía o la lingüística, por citar algunas disciplinas, fueron determinando en el siglo XIX importantes transformaciones de las ciencias en general, lo que alcanzó naturalmente a la historia, sobre todo cuando los esfuerzos de sus cultores se orientaron hacia la búsqueda de su carácter científico,³ desde el historicismo o el positivismo o el marxismo. Finalmente, en la tercera década del siglo XX y, con mayor fuerza durante su último tercio, se generan nuevas propuestas y discusiones en diferentes disciplinas, mutaciones que, en todo momento, comprometerán también a la historia. Un ejemplo ha sido el debate y la adopción de nuevas (más bien renovadas) posiciones acerca del papel y el significado de la narrativa en la historiografía contemporánea.

Por esto, el rostro actual de Clío se presenta diferente al de hace treinta años, pero no solo cambió de forma, sino que también hubo modificaciones en su personalidad. Algo se ha transformado en la historia en lo referente a su función social, ya que ahora se vuelven a discutir los usos del conocimiento histórico en un contexto marcado por el reconocimiento de la crisis de las ideologías y la validez de la multiplicidad, a pesar del fenómeno de la globalización. En efecto, nos reconocemos habitando un «mundo globalizado» —aunque la frase en sí parece redundante— y a la vez formando parte de la sociedad de la información. Sin embargo, las nuevas funciones asignadas a la historia no han dejado de lado la idea de la comprensión del presente invocando al pasado. Fukuyama, por ejemplo, ha sostenido que la observación y la comprensión de los acontecimientos

³ También en el siglo XIX la lógica comienza a cobrar autonomía para, posteriormente, llegar al llamado proyecto logicista dentro del desarrollo de movimientos filosóficos. Como se puede advertir, no es solo en el campo de la historia que se producen cambios importantes.

tos presentes requieren una sólida aprehensión de la historia. Un punto de vista similar fue expresado en 1991 por Albert Shanker, presidente de la Asociación Americana de Profesores, quien afirmó que no se pueden seguir los debates o tener una inteligente opinión acerca del curso de los hechos sin contar con un conocimiento histórico básico. Pero aunque no hay novedad en tales afirmaciones, ha variado el sentido de lo que se entiende por conocer que marca la diferencia entre los postulados objetivistas de la historiografía de hace treinta o cuarenta años y los más subjetivistas de ahora. De cualquier manera, debe admitirse que los historiadores somos cultores de una disciplina cuya función y valor han sido siempre juzgados con criterio social en todos los tiempos pero, asimismo, es necesario aceptar que, entre los cambios operados en el seno de la disciplina histórica, aquellos ocurridos recientemente nos comprometen de manera particular.

En las siguientes páginas, pretenderé hacer una apretada síntesis del estado actual de la historiografía. Como tal no solo es un resumen, sino también una selección y ya sabemos que en historia ambos procedimientos, por naturaleza, resultan actos arbitrarios, pero a la vez indispensables. Este trabajo constituye en buena cuenta un adelanto de otro más amplio que estoy preparando sobre historiografía general. Ambos son frutos de mis reflexiones y discusiones en el marco del curso que, sobre dicha materia, dicto desde hace algunos años.

El lector podrá advertir que en el aparato crítico se ha admitido la consulta de textos publicados o puestos a disposición por la Internet, a pesar de que esta pueda ser considerada por algunos (o muchos) una práctica nada ortodoxa. He utilizado y consignado este tipo de material, ya que estoy convencida de que la llamada «red internacional» constituye ahora un medio generalizado y valioso y también de que las fuentes no son buenas o malas por naturaleza. Como en el caso de la consulta bibliográfica y documental convencionales, será el criterio del

investigador y su sentido crítico los que determinen el valor de cualquier tipo de fuente o información.

Agradezco a mi amigo y colega Orlando Plaza, quien amablemente me incentivó a preparar este texto pero, de manera especial, reconozco las observaciones de mi hijo Fernando, ya que sus inquietudes y preguntas, formuladas desde otra disciplina y con la frescura propia del joven que descubre la reflexión académica, han sido bastante motivadoras para el desarrollo de este pequeño libro, en especial el tercer capítulo. Las observaciones y preguntas de Miriam Salas y las acotaciones de mi colega e hija Gisela me permitieron advertir la necesidad de hacer ciertas aclaraciones. A ambas les agradezco su interés y su tiempo.

Convencida de la necesidad permanente de renovarnos, lo que debe significar revalorar todo aquello que como historiadores consideramos esencial en nuestro quehacer, este libro ha sido escrito pensando en mis maestros, en los colegas de mi generación y en los estudiantes, los actuales y los que, Dios mediante, vendrán. Tengo la convicción de que nuestra vitalidad académica y la de nuestra disciplina dependen de la capacidad que tengamos para mantener vivas curiosidad y sentido crítico aplicados, en primer lugar, a la manera cómo concebimos y cómo queremos que sean entendidas la disciplina histórica y nuestra práctica, la historiografía.

Lima, enero de 2002

CAPÍTULO I

La revolución historiográfica y sus antecedentes

No es posible entender a la historiografía actual sin tomar en consideración que es una hija rebelde de la llamada modernidad. A nuestro entender, la modernidad constituye una época histórica que, a su vez, está dividida en distintas etapas, desde el siglo XVI hasta probablemente por lo menos la primera mitad del siglo XX si es que, al menos como punto de partida, admitimos una de estas dos premisas: que es factible considerar que vivimos una fase nueva dentro del periodo moderno o bien que estamos ya en medio de otra época histórica diferente, pero ligada de alguna forma a la anterior. Esta sería la llamada postmodernidad, que supone la puesta en cuestión de un principio de la modernidad: existencia de una razón universal cuya estructura se ve reflejada en el lenguaje humano.¹ Por lo tanto, hablamos de un cuestionamiento del paradigma que produce, a partir de discusiones que todavía no terminan, modificaciones que llevan prácticamente a su reemplazo.²

¹ QUINTANILLA PÉREZ WICHT, Pablo «Lógica y lenguaje. La lógica como actividad filosófica». En *La lógica en el pensamiento actual. Ciclo de conferencias*. Lima: Estudios Generales Letras. Pontificia Universidad Católica del Perú, 2001, pp. 15-21, p. 17.

² Una sencilla e interesante explicación de lo que puede entenderse por paradigma es la ofrecida por Edgar Morin en *Introducción al pensamiento complejo*. Barcelona: Editorial Gedisa, 1997[1990], p. 89: «[...]un paradigma está constituido por un cierto tipo

1. Las bases de la historiografía moderna

Deberemos, en primer lugar, tomar en cuenta que, durante el siglo XIX, tanto el romanticismo como el idealismo desarrollaron fuertes reacciones frente a los planteamientos y las exigencias derivados del pensamiento ilustrado. Pese a ello y, justamente en oposición a las que se consideraban exageraciones de ambos, el racionalismo ilustrado vuelve a mostrar fuerte ímpetu, dado que no había perdido por completo su vigencia y, en cierta forma recupera, durante esa misma centuria, parte de su influencia, ciertamente del brazo del positivismo, que, a su vez, estará marcado por la observación empírica que constituyó entonces una manifestación de la racionalidad moderna.

Asimismo, procesos como la rápida industrialización y la tecnificación en Europa constituyeron el contexto que explica no solo la aparición de nuevas inquietudes sociales y científicas, sino también el esfuerzo desplegado por los cultores de diversas disciplinas para hacer su trabajo más acorde con las nuevas tendencias. En ese sentido, el relato del desarrollo histórico, que llegó a ser bastante popular en Alemania, se usó para explicar los procesos naturales y, a la inversa, las ciencias naturales penetraron con sus métodos en el campo de la historia, siendo su animador más fértil el filósofo, psicólogo y sociólogo francés August Comte.³

Nuevas condiciones aparecen en Occidente. Surgen los movimientos sociales, el sindicalismo, los políticos; se produce la independencia de las colonias americanas de sus metrópolis europeas

de relación lógica extremadamente fuerte entre nociones maestras, nociones clave, principios clave. Esa relación y esos principios van a gobernar todos los discursos que obedecen, inconscientemente, a su gobierno».

³ WAGNER, Fritz. *La ciencia de la historia*. Primera edición en español. Cuarta parte II. México: U.A.M., Dirección General de Publicaciones, 1958, pp. 277-278. Comte presentaba a la historia humana recorriendo diferentes fases: teológica, metafísica y, finalmente, positiva; vale decir de la científicidad racional plenamente lograda.

y se desarrollan instituciones como archivos, bibliotecas, asociaciones académicas. Hay una mayor comunicación entre los intelectuales que facilita la difusión de las ideas y aparecen revistas especializadas. Todo ello constituye el contexto más amplio que permite explicar los cambios en la ciencia histórica en aquel momento.⁴ Luego de denodados esfuerzos, los historiadores logran en el siglo XIX que su disciplina alcance el estatuto de ciencia, a la par que surge el historiador de oficio, es decir, aquel que domina «las técnicas y procedimientos» de la investigación histórica.⁵ Paulatinamente, pero cada vez con mayor firmeza, la idea de que se podía convertir a la historia en un conocimiento positivo parecía concretarse, aunque se reconocía que se trataba de una forma especial de conocimiento. No debe llamar, pues, la atención que la investigación histórica se torne exhaustiva sobre la base de la crítica precisa de los documentos, tal como lo propusieron Niebühr y Ranke en la llamada escuela de Berlín, cuyos integrantes resaltaban la necesidad de la objetividad y también de la autonomía al conocimiento histórico.⁶ En efecto, la historiografía alemana se proyecta guiada por nuevos intereses, particularmente económicos, siendo la obra de Karl Lamprecht un ejemplo de tales predilecciones. Este autor mostró que era posible tratar al medioevo no solo en sus dimensiones política, jurídica e institucional, sino también concediéndole alguna categoría a los aspectos económicos.⁷ Paralelamente en Francia, Agustín Thierry y Jules Michelet buscaban demostrar que, a partir de una visión ordenada de los hechos históricos, podía obtenerse princi-

⁴ RAMA, Carlos. *La historiografía como conciencia histórica*. Tercera edición. Barcelona: Montesinos, 1989, pp. 45-46.

⁵ Es interesante advertir que, en el último tramo del siglo XX, la apertura de las ciencias en general y, en particular, de las disciplinas sociales y humanas han facilitado el hecho de que, pese a dicha tendencia, quienes no son «historiadores de oficio» tengan libertad de incursionar en el campo de la historia.

⁶ Es preciso recordar que la crítica documental tuvo sus raíces varios siglos atrás.

⁷ ROMANO, Ruggiero. *Braudel y nosotros. Reflexiones sobre la cultura histórica de nuestro tiempo*. México: Fondo de Cultura Económica, 1997, p. 33.

pios. En ambos casos, la preocupación de los historiadores se concentraba en la crítica exhaustiva de las fuentes, principalmente políticas y diplomáticas.⁸

Repasemos, con un poco más de detenimiento, algunos de los asuntos mencionados. En primer lugar, en el siglo XIX se definió el carácter científico de la historia de la mano del positivismo que, construido en las universidades alemanas pero limitado en el resto de Europa, marcará de manera definitiva a la historiografía. En segundo término, no cabe duda de que el positivismo fue la mayor reacción en el campo de la historia contra la llamada por algunos exaltación romántica del pasado. Resulta oportuno mencionar aquí que se considera que quienes realmente cimentaron el positivismo histórico durante la decimonovena centuria fueron el inglés H. T. Buckle y el francés Hippolyte Taine, reputados como sus más destacados exponentes, en aquel entonces.⁹

Pues bien, para aclarar mejor lo que se acaba de señalar, es también preciso decir que el positivismo científico postulaba que, para emprender una obra o investigación que tuviera carácter científico, resultaba indispensable el empleo de una metodología que esencialmente tenía que ser la misma, cualquiera que fuese el objeto de estudio. En ese sentido, se hacía preciso seguir el modelo causal, orientado a la búsqueda de lo general a partir de la observación de los casos particulares, pero, a la vez, para encontrar la explicación de estos últimos en el marco de lo genérico. En consecuencia, las interrogantes que se privilegiaban desde la perspectiva positivista quedaban expresadas en los ¿por

⁸ RODRÍGUEZ, Nora Inés. *En torno al problema de la interdisciplinariedad: historia, geografía, geografía histórica*. San Juan (Argentina), 1998, p. 64. Durante todo el siglo XIX, en Francia y en el resto de Europa, la relación entre historia y política fue muy fuerte en términos de propaganda, de retórica y también de obras.

⁹ La mención peca de escasa, pues tendrían que añadirse otros nombres como, por ejemplo, Ch. Langlois y Ch. V. Serignobos, quienes en 1898 publicaron juntos *Introducción a los estudios históricos*.

qué?¹⁰ Se perseguiría, de esa manera, el reconocimiento de una realidad objetiva y observable y se admitía la existencia de regularidades. Estas serán, entre otras, las ideas centrales del pensamiento y las ciencias positivas. Aplicados al campo de la historia, estos criterios se traducen de la manera siguiente:

- La historia, entendida como el conjunto de los hechos humanos ocurridos en el pasado, es una realidad objetiva, inalterable e independiente.
- Conforme a ello, el relato histórico deberá expresar, a cabalidad, dicha realidad y tendrá que ser una descripción absolutamente verídica del pasado.
- En cuanto al método, para llegar a dicho conocimiento histórico se hace imprescindible llevar a cabo una observación imparcial fruto del distanciamiento entre sujeto y objeto. En consecuencia,
- La tarea del historiador consiste en concentrarse en el acopio y ordenación de los hechos a partir del análisis crítico y objetivo de las fuentes documentales. Solo así le sería permitida alguna interpretación.

En esa línea y adoptando una postura empírica, Seignobos llegará a afirmar que los hechos del pasado solo se conocen por sus vestigios (los documentos) y sin ellos no era posible el conocimiento histórico. El historicismo o positivismo historicista colocará el acento en la acumulación de datos e información a través de la hermenéutica (crítica textual) y en el entendimiento de los fenómenos históricos dentro de un discurso narrativo ordenado cronológicamente.¹¹ En parte, debido a que se afirmó fuertemente en las fuentes documentales, la historiografía posi-

¹⁰ RODRÍGUEZ. *Op. cit.* pp. 38-39 y 64-65.

¹¹ NÚÑEZ PÉREZ, María Gloria. «Historia, ciencia y complejidad en los finales del siglo XX». En Carlos Barros (ed.). *Historia a debate*. Tomo I. Santiago de Compostela: Historia a debate, 1995, p. 167.

tivista fue proclive a las biografías, los grandes personajes y acontecimientos políticos y militares considerados como los más importantes. Se llega a producir una suerte de identificación entre historia y política. También se desarrolla la narrativa histórica, es decir, el relato de la historia política, apegado a la erudición académica, apoyado por técnicas (paleográficas y diplomáticas) y dirigido, sobre todo, a los círculos especializados, ya que dentro de este marco positivo y científico, la pericia, la experiencia y el conocimiento minucioso generaban la existencia de expertos. Constreñidos por sus fuentes, temas y métodos, los historiadores positivistas restringieron el margen de preguntas que podían formularse. Es así como, más o menos entre 1870 y 1930, la historia no solo cimentó su carácter científico, sino que se desarrolló como una disciplina profesional, lo que se expresó en la creación, dentro de las universidades, de departamentos dedicados a su estudio, el establecimiento de altas graduaciones académicas para los historiadores y la formación de asociaciones profesionales. El acceso a las fuentes documentales, tan valiosas para el positivismo, se vio facilitada debido a que también en esa época se establecieron registros y archivos en la mayoría de países, en muchos casos por acción directa o gestión de los propios historiadores.¹²

Sin embargo, sin dejar de lado la concepción positivista, algunos historiadores llegan a desarrollar planteamientos «macroteóricos» respecto de la evolución humana a través de modelos globales, tal como lo hicieron Spengler y Toynbee, lo que significaba una reacción en contra del empirismo elemental. Algo similar ocurrió en el campo de las ciencias sociales y se puede decir que, tanto en el ámbito de las ciencias humanas como sociales, se percibe el peso de otra propuesta, el funcionalismo, que postulaba que todas las normas de conducta y las instituciones deberían tener cierta utilidad funcional para el

¹² Expresión de estos cambios fue la publicación de la *Cambridge Modern History*.

mantenimiento del sistema social.¹³ De esta forma, se comienza a aceptar la idea de tomar al hombre y a la sociedad de manera conjunta como objeto de estudio, pero también se va produciendo la crisis de un régimen y un modelo social que hasta entonces se habían mantenido vigentes. Ciencia, política, hombre y sociedad aparecen vinculados con notable fuerza y los cambios que afectan a cada uno de los mencionados repercuten en el resto. Pero, sobre todo, comienza una transformación de las perspectivas en la manera de percibir el todo y las partes, el universo, la naturaleza, la sociedad. A partir de ahí, no es difícil imaginar cómo a la postre, en nuestros días, llegamos al fenómeno del «descentramiento».

En efecto, el sentido crítico y, por qué no, también el mantenimiento de la creencia en el progreso, aplicado en este caso al campo específico de las ciencias, provocaron una discusión acerca del pensamiento positivista y ocasionan su crisis, si no total, por lo menos en buena proporción. Por eso el debate y los cambios que tienen que ver con el cuestionamiento y la transformación de los hoy en día llamados «viejos paradigmas de la modernidad» poseen dosis del modelo científico ilustrado y del positivismo. Todo ello hace que la nuestra sea una etapa de ardorosa discusión. Esos rasgos de autorreflexión y sentido crítico, que fueron en aumento hasta alcanzar un tono exacerbado, son los que, justamente, permiten suponer que la segunda mitad del siglo XIX y los inicios de la vigésima primera centuria constituyen una nueva fase que, a pesar de poseer características propias, mantiene todavía algún vínculo, fuerte o débil, poco importa, con aquella época que pretende sustituir.

Se llega así a un punto en el que la conciencia moderna toma —justamente como «conciencia histórica»— una posición reflexiva al considerar todo aquello que le es entregado por la

¹³ STONE, Lawrence. *El pasado y el presente*. Traducción de Lorenzo Aldrete. México: Fondo de Cultura Económica, 1986, pp. 18-20.

tradición. Este comportamiento reflexivo frente a la tradición se llama *interpretación*. Y, por consiguiente, un acontecimiento importante de nuestra época es el papel que la interpretación ha alcanzado en las modernas ciencias humanas.¹⁴ En este sentido, estamos hablando de tradición y cambio, tendencias que, si bien son antagónicas, expresan una tensión que, desde la perspectiva contemporánea, tienen carácter productivo, ya que, en efecto, el concepto de interpretación se ha convertido en categoría universal en el sentido de que quiere englobar a la tradición en su conjunto. Tal como se la entiende hoy, se aplica no solo a los textos y a la tradición verbal, sino a todo aquello que nos ha sido entregado por la historia. Esta generalización de la noción de interpretación se remonta a una concepción de Nietzsche, quien concibió que todos los enunciados que reconstruyen la razón son susceptibles de una interpretación, ya que su sentido verdadero o real no nos llega más que asimilado y deformado por las ideologías.¹⁵

El rechazo al positivismo se produjo inicialmente desde la escuela filosófica alemana de la hermenéutica, cuyos mejores representantes fueron los llamados neokantianos de la Escuela de Marburgo como Droysen, Dilthey, Simmel, Weber y los de la Escuela de Baden, como Windelband y Rickert,¹⁶ autores que muestran preocupación por la predicción y el sentido reduccionista de la razón instrumental y proponen que lo singular debe ser comprendido como una manifestación de la interioridad individual expresada en la forma de manifestaciones sensibles.

¹⁴ GADAMER, Hans-Georg. *El problema de la conciencia histórica*. Madrid: Editorial Tecnos, 1993, p. 41. Este autor se refiere a interpretación en el sentido según el cual el significado de un texto no se comprende en un primer momento, sino que es necesaria una interpretación; es decir, una reflexión explícita sobre las condiciones que hacen que el texto tenga tal o cual significado.

¹⁵ *Ibidem*, pp. 42 y ss.

¹⁶ Siguiendo esta orientación, en Italia destaca la figura de Benedetto Croce y, en Inglaterra, la de R.G. Collinwood.

Aparece en la historiografía alemana la noción de comprensión usada por Droysen mientras que Dilthey hace la distinción entre ciencias de la naturaleza y ciencias del espíritu; una de estas últimas será la historia, cuya finalidad resulta ser la comprensión de los llamados hechos particulares.¹⁷ Ello significó bastante, pues agrega un cierto sentido de subjetividad dentro de la rigidez objetivista impuesta por el marco ofrecido por el positivismo. Asimismo, en el campo de la historiografía fue quedando claro que, si bien los esfuerzos de los historiadores se dirigían como siempre a conocer el pasado, este no era aprehensible intelectualmente, sino desde el presente.¹⁸

Finalmente, en tales condiciones, las corrientes de análisis centradas en lo factual son abandonadas y, sobre todo desde la tercera década de este siglo, se da paso a una historia enfocada en lo económico, que pretendía buscar en el estudio de la dinámica económica coyuntural la explicación no solo del presente, sino del pasado, a partir de la confrontación con un mundo a la sazón afectado por crisis económicas¹⁹ y por el surgimiento de pensamientos filosóficos que dieron la base teórica a algunas de las nuevas maneras de emprender el trabajo histórico. Evidentemente, la revolución historiográfica del siglo XX está asociada a la influencia, ejercida por el marxismo a través del materialismo histórico y por los planteamientos surgidos en la llamada Escuela de los *Annales*, contra el concepto positivista de la historia que había adquirido el carácter de narrativa, factual, política y biográfica. De esta forma, se reivindica una his-

¹⁷ RODRÍGUEZ. *Op. cit.*, pp. 38-39. Para Dilthey, el conocimiento científico implica la disolución de ataduras vitales, la obtención de una distancia respecto de la propia historia que haga posible convertirla en objeto.

¹⁸ ZERMEÑO PADILLA, Guillermo. «El problema del pasado es el futuro: notas sobre teoría y metodología de la historia». *Tiempo y Escritura. Revista Electrónica*. México: Universidad Nacional, n.º 0, julio de 1996, <<http://www.azc.uam/type/indice-es.html>>.

¹⁹ BAZÁN DÍAZ, Iñaki. «La historia social de las mentalidades y la criminalidad». En Carlos Barros (ed.). *Historia a debate*. Tomo III: Otros enfoques. Santiago de Compostela: Historia a debate, 1995, pp. 85-101, p. 85.

toria diferente, una historiografía que formule hipótesis y establezca regularidades, una disciplina orientada a la comprensión del pasado que busque interpretar y que no quede satisfecha con la acumulación de información.²⁰

En el caso del marxismo, este dotará al socialismo de una teoría de la historia propia y, además, el materialismo histórico aludirá a la importancia de lo histórico en la vida social. Desde esa perspectiva, la historia será en realidad el discurrir de la lucha de clases²¹ y las causas finales de todo cambio reposarán en los distintos modos de producción en cada fase de la historia.²² El materialismo histórico tomó la herencia hegeliana pues Ludwig Feuerbach,²³ un discípulo de Hegel, no solo encabezará la llamada ala izquierda hegeliana, sino que también recogerá el método dialéctico, puesto al servicio de una concepción epistemológicamente materialista, religiosamente atea y que tendrá, a su vez, un extenso discipulado, entre los que destacan Karl Marx y Friederich Engels.²⁴ Merece la pena tomarse en

²⁰ Pese a la importancia y gravitación de los *Annales* en ese momento y en las décadas siguientes, no se debe dejar de tomar en consideración el papel de publicaciones inglesas como la *Economic History Review* y *Past and Present*, revista, esta última, que alcanzó gran importancia, aunque su mayor peso se dejó sentir en Estados Unidos.

²¹ RAMA. *Op. cit.*, p. 64.

²² «[...]el término marxismo puede referirse tanto a las concepciones originalmente desarrolladas por Marx y Engels como a la actividad práctica y la presencia política de los discípulos de estos últimos, o también las reelaboraciones y reinterpretaciones teóricas de la doctrina marxista por parte de sus diferentes epígonos». Aguirre Rojas, Carlos. *Construir la historia: entre el materialismo histórico y Annales*. México: USAC Escuela de Historia, UNAM Facultad de Economía, 1993, pp. 37-38.

²³ Nació en 1804 y murió en 1872.

²⁴ Aunque toda su obra está impregnada de historia, Marx nunca escribió mucha historia en el sentido estricto del término, a excepción de unos artículos polémicos antizaristas que después se publicaron bajo el título de *La historia secreta de la diplomacia en el siglo XVIII* y que es uno de sus trabajos menos valiosos. Es cierto que el estudio del capitalismo contiene una enorme cantidad de material histórico, pero el grueso del trabajo histórico de Marx está integrado a sus escritos teóricos y políticos. Todos ellos consideran el desenvolvimiento histórico dentro de un marco que abarca todo el lapso de desarrollo humano. Así pues, no puede simplemente tratarse a *El Capital* como «una historia del capitalismo hasta 1867». C. f. Rama *Op. cit.*, p. 40.

consideración que el surgimiento del materialismo histórico puede tenerse como una muestra de que el historicismo había hecho lo suficiente para ser cuestionado y reemplazado puesto que, debido a su rigidez y su excesivo interés por la erudición que convirtió en un fin en sí misma, descuidó ampliar sus horizontes teóricos y temáticos. El marxismo tuvo en común con el positivismo la pretensión de ser una manera científica de hacer historia, pero debe reconocerse que el materialismo histórico suponía una interpretación de la historia de la que en realidad careció el positivismo historicista, por lo menos de manera articulada. Surge de esta manera una historiografía de corte o de influencia marxista en el curso del siglo XX, pero heterogénea en su desarrollo y también caracterizable por naciones. Así, por ejemplo, tenemos a una historiografía británica que logró destacar y cuyos representantes E.P. Thompson, Maurice Dobb, Rodney Hilton y Eric Hobsbawn aplicaron la teoría marxista a la historia, pero sin dogmatismos.²⁵ Se debe recordar que la influencia del marxismo entre los historiadores ingleses se advierte a partir de la mitad del siglo. En el caso de Francia, salvo obras de enfoque más bien global, no se conoció, en un primer momento, un desarrollo creativo del marxismo. Más importancia tiene la visión socialista de Jean Jaures, quien escribió *Historia socialista de la Revolución Francesa*, aunque más adelante surge un marxismo que ha sido llamado de corte mediterráneo.²⁶ En el caso de Alemania, hay que destacar la actividad y el aporte de la llamada Escuela de Frankfurt, recordando que al finalizar la Primera Guerra Mundial en Alemania habían despertado bastante interés los estudios sobre el marxismo. Así, en 1923, se creó el Instituto de Investigación Social académicamente ligado a la Universidad de Frankfurt. El fundador fue

²⁵ Sobre todo en el caso de Dobb.

²⁶ AGUIRRE ROJAS, Carlos. *La Escuela de los Annales. Ayer, hoy y mañana*. Barcelona: Montesinos, 1999, pp. 48 y ss.

Carl Grünberg y, posteriormente, continuó al frente Max Horkheimer, alrededor del cual se reunieron varios discípulos que trabajaron entre la primera y la segunda guerras mundiales.²⁷

La influencia del marxismo en la historiografía (no solo entre los historiadores marxistas) ha estado basada, en primer lugar, en su teoría general, es decir, en el concepto materialista de la historia con sus alusiones y esbozos de la configuración general del desarrollo histórico de la humanidad, desde el comunismo primitivo hasta el capitalismo. En segundo término, en sus observaciones concretas en relación con aspectos particulares, problemas y periodos del pasado. Además, aportó una terminología que resultó bastante útil y difundida.

Desarrollada a través de la crítica que Marx y Engels hicieron de la filosofía e ideología alemanas, la concepción materialista de la historia apunta esencialmente contra la creencia de que las ideas, los pensamientos y los conceptos producen, determinan y dominan al hombre, sus condiciones materiales y su vida real. Esta concepción de la historia por tanto se orienta a la explicación del proceso real de producción, empezando por la producción material de la vida misma y por comprender qué formas de relación existen conectadas con y creadas por cada modo de producción.²⁸ La visión materialista de la historia ofrecida por el marxismo dio pie para el surgimiento y desarrollo de la historia económica y generó, asimismo, nuevos enfoques para la historia social. También desde el marxismo se

²⁷ La producción intelectual de este grupo se plasmó en la teoría crítica de la sociedad. Fue una respuesta a una situación histórica concreta: la derrota de los movimientos obreros en Alemania que hizo que se replantearan las ideas de Marx, tratando de aportarle un perfil cultural y psicoanalítico en la circunstancia histórica caracterizada por los problemas de socialización que debía enfrentar la familia burguesa ante las condiciones impuestas por un capitalismo avanzado. Con el paso del tiempo, se dejaron de lado los puntos de referencia histórica propios de Alemania para proponer un discurso de corte generalizador, pero lo cierto es que la Escuela se caracterizó por el enfrentamiento constante con el positivismo. Rodríguez. *Op. cit.*, pp. 42-43.

²⁸ HOBBSAWM, Eric. *Historias del siglo XX*. Barcelona: Editorial Crítica, 1996, pp. 82-83.

critica a la historia de corte empirista, pero el hecho mismo de considerar el carácter científico de la historia, la búsqueda de causas y constantes en el proceso histórico deben llevar a que admitamos que el marxismo no pudo despojarse del todo de la influencia de la ciencia y de la historiografía decimonónica y que conservó del positivismo el empleo del llamado aparato crítico, es decir, el uso de fuentes consideradas, previo examen, veraces y auténticas.

Como ya se ha dicho, otro papel importante en relación con los cambios operados estuvo a cargo de la historiografía francesa y, particularmente, la llamada Escuela de los *Annales*. Su gravitación en la historiografía del siglo XX se advierte desde el periodo entre guerras y se prolonga hasta casi el inicio de la última década de esa centuria. La historiografía vinculada a la revista *Annales* ha pasado por distintas etapas y, finalmente, ha mostrado no ser plenamente homogénea. Pero no hay que dejar de lado la importancia que sobre dicha historiografía francesa tuvieron los aportes provenientes de otras disciplinas, ya que en el campo de la geografía se produjo en Francia una verdadera renovación entre finales del siglo XIX y comienzos del XX. Destaca el inicio de la publicación de los *Annales de Géographie* y las figuras de Vidal de la Blache, quien recupera los planteamientos de Humboldt sobre la observación directa de la naturaleza o de Ritter acerca de las relaciones entre naturaleza e historia.²⁹

La historiografía de los *Annales* y la que se desarrolló a partir de su ejemplo y propuestas rechazaron la historia factual y política, pero han guardado también una herencia positivista, igualmente en lo que concierne a las exigencias de basarse en un riguroso aparato crítico. Ello no impidió que se incorporaran, con gran profusión, nuevos temas y perspectivas, metodologías y fuentes, pero desde 1930 (la revista apareció en 1929) los hechos singulares como los recurrentes, las realidades cons-

²⁹ C.f. Romano. *Op. cit.*, p. 37.

cientes e inconscientes, los ciclos y las coyunturas fueron de interés para la historia y se mantuvo el contacto entre ella y las ciencias humanas y sociales, debiéndose reconocer una tibia pero real influencia del marxismo en el comienzo que le valió el rechazo de algunos historiadores marxistas. Por eso irrumpió primero la historia serial (ligada a la Escuela de los *Annales*) realizada por sus historiadores economistas Labrousse, Menuret o Imbert. Luego lo hará la historia económica producida, a partir de 1940, por economistas historiadores más allá de los límites de Francia y fuera del continente europeo.

Como puede verse, fue surgiendo desde el comienzo del siglo XX una nueva orientación que ya se advertía en los trabajos de algunos historiadores que escribían en lengua francesa como Pirrenne y Berr. En efecto, toma cada vez más cuerpo la idea de que el verdadero objetivo de la historia es estudiar la vida del hombre en sociedad. En este sentido, hay que recordar que el marxismo ejercía influencia entre varios historiadores de esa época, lo que explica su vocación de interpretación universal, aunque algunos se colocan a cierta distancia de la doctrina marxista o la reinterpretan en la medida de que van elaborando sus trabajos.

A modo de resumen, para de inmediato abundar un poco más sobre estos temas, debemos recordar que en el tiempo que transcurre entre las dos guerras mundiales y antes de la publicación de los *Annales*, ya se advertían cambios en la historiografía occidental como, por ejemplo, la declinación de la influencia de la historiografía germana y austriaca. En deuda con esa historiografía pero a la vez en oposición a ella, surge la propuesta francesa³⁰ pues en efecto, se recogen básicamente

³⁰ No debe dejar de mencionarse que en la época de formación académica de Bloch y Febvre, las ciencias sociales francesas estaban fuertemente marcadas por la escuela sociológica de Durkheim (Aguirre, Carlos. *Op. cit.*, 1999, pp. 61, 63 y 70). La sociología durkhemiana, los planteamientos de Berr y de la escuela geográfica francesa de Vidal de la Blache han sido reconocidos como soportes intelectuales de los *Annales*, en el momento de su aparición.

planteamientos como los de Berr e ingresan temas referentes a la economía y la historia social. Se funda la revista *Anales de historia económica y social* (*Annales d'Histoire Économique et Sociale*), cuyo primer número apareció el 15 de enero de 1929 gracias a la iniciativa de Marc Bloch y Lucien Febvre.³¹

Debe tomarse en cuenta que la revista *Annales* nace el mismo año en que se produjo la caída de la bolsa de Nueva York y la crisis del capitalismo. De otro lado, bajo los efectos traumáticos de la Primera Guerra Mundial, los historiadores se cuestionaron el fracaso de la llamada historia-batalla, pues se hallaban conscientes de que, a pesar de tantos años de historia y de su enseñanza, no se habían superado los más bajos niveles de barbarie humana exhibidos en la contienda militar. Se entiende, entonces, que el sentimiento pacifista de la primera postguerra hizo, asimismo, declinar a la historia positivista, que fue fundamentalmente nacionalista y exacerbadamente patriótica. También tiene que considerarse que, a la sazón, la ciencia había refutado teorías dadas por sentadas como consecuencias de, por ejemplo, las propuestas de Einstein. Asimismo, algunos historiadores y científicos sociales se hallaron predispuestos a reafirmar sus propios cuestionamientos.³²

³¹ Se trataba del dúo de Estrasburgo, pues ambos pasaron a la universidad de esa ciudad hacia 1920. Hay que anotar que Estrasburgo, después de la Primera Guerra Mundial, había sido recuperada del dominio alemán y había interés, en su principal centro de estudios, de contar con profesores que hicieran un buen papel frente a los alemanes que antes habían estado allí. Poseía una biblioteca modelo y contaba con presupuesto para la investigación y publicaciones. Allí convergieron científicos de primer nivel de distintas especialidades. Bloch estaba en Estrasburgo al frente del instituto de historia medieval mientras que Febvre tuvo a su cargo el instituto de historia moderna (Rodríguez, Nora. *Op. cit.*, p. 211). Otro antecedente e influencia importante proviene del sociólogo y economista Françoise Simiand, especialmente en su trabajo de 1903, *Método histórico y ciencias sociales*, en el cual denuncia a los tres ídolos de la tribu de los historiadores: el político, el individual y el cronológico.

³² RODRÍGUEZ. *Op. cit.*, pp. 208-209.

En general, puede decirse que existió coincidencia, desde diferentes perspectivas, en la recusación del positivismo al considerarse asociado al llamado vicio interpretativo del historicismo, pues la visión compartida por el positivismo y el idealismo historicista era que todo influye sobre todo y que no hay partes de la estructura social global más determinantes que otras, de ahí que la síntesis era un catálogo, simple yuxtaposición de factores, sectores o hechos individuales.³³ Hay que aclarar que por «historicismo» se entendía, en oposición al naturalismo, una concepción del mundo centrada en el hombre, su desarrollo espiritual y sus creaciones de cultura. Constituía el historicismo una posición reñida con el pragmatismo y sostenida también en la idea de que los hechos son únicos e irrepetibles. El historicismo enfatizaba las llamadas diferencias de perspectivas de las épocas, a partir de lo cual sostuvo el poder de la explicación histórica, planteando que el valor de devolver un fenómeno a su contexto histórico es lanzar cierta luz sobre cómo y por qué ocurrió, y lograr así una comprensión más profunda de él. Por ello, se le criticó esa relativización y el hecho de contentarse con la contemplación y paralizar el gozo de la acción,³⁴ lo mismo que por no estar abierto a la aceptación de constantes y tendencias, leyes o movimientos explicativos del desenvolvimiento histórico. Como ya hemos visto, las críticas más fuertes provinieron del marxismo, sobre todo por estos aspectos. De cualquier manera, debe observarse que una virtud del historicismo fue su acento humanista que, sin embargo, no supo responder a la demanda de acción o *praxis* social que caracterizaría la propuesta marxista ni a la búsqueda de regula-

³³ CARDOSO, Ciro y Héctor PÉREZ BRIGNOLI (comp.). *Perspectivas de la historiografía contemporánea*. México: Editorial SepTentas, 1976. «Perspectivas hacia una 'historia total'», pp. 7-22, p. 8.

³⁴ Véase KIRN, Paul. *Introducción a la ciencia de la historia*. Primera edición en español. México: Unión Tipográfica Editorial Hispano Americana (UTEHA), 1961, pp. 88-89. y EAGLETON, Terry. *Las ilusiones del posmodernismo*. Buenos Aires, Barcelona, México: Paidós, 1997, p. 63.

ridades. La corriente de los *Annales* sí atendió a esto último y ofreció una visión de historia total, pero que se diferenciaba de la propuesta marxista.

Asunto de la mayor importancia en los cambios operados en la historiografía, lo mismo que en el ambiente intelectual que rodea el nacimiento de los *Annales*, fue el debate de los historiadores con la escuela sociológica. La cuestión puede resumirse de la manera siguiente: el filósofo francés Emile Durkheim³⁵ veía con recelo las acciones individuales, pues postulaba que una sociedad se mantenía unida gracias al conjunto de creencias y sentimientos comunes de sus miembros. Como la historia se encargaba de los hechos individuales, esa disciplina debería tener un rol auxiliar respecto de los estudios sociales. La respuesta no se dejó esperar y vino de Charles Seignobos; se produjo, entonces, una polémica múltiple, a partir de 1903, que duró cinco años. En efecto, se unió a Durkheim un discípulo suyo, François Simiand, quien atacó a los que llamó los tres ídolos de los historiadores contra quienes en realidad se debía combatir: lo político, lo individual y lo cronológico.³⁶

Pues bien, los primeros *Annales* (entre 1929 y 1939) apuntan a una historia global o totalizante, pero que, a la vez, fuera capaz de enfocar un problema para investigarlo. En esa fase, *Annales* constituye un lugar de encuentro de la intelectualidad francesa, tanto socialista como de izquierda, con el conjunto de historiadores y científicos sociales que buscaban renovar las ciencias humanas. Aunque, como se ha esbozado líneas arriba, la primera generación tuvo frente al marxismo una postura crítica.³⁷

³⁵ Ocupó en su país la primera cátedra de sociología.

³⁶ CORCUERA. *Op. cit.*, p. 159 .

³⁷ AGUIRRE ROJAS, Carlos. *Construir la historia: entre el materialismo histórico y Annales*. México: USAC Escuela de Historia, UNAM Facultad de Economía, 1993, pp. 43 y ss. En la revista de síntesis histórica surgida en 1930, el joven sociólogo François Simiand publicó el artículo titulado «Método histórico y ciencia social» donde, centrando sus críticas contra el positivismo, desarrolla sus planteamientos en contra de la llamada

Pero también se opuso a la erudición, que no solo se había constituido en un objetivo en sí mismo, sino que impedía el manejo imaginativo de diversos tipos de fuentes, además de las documentales.³⁸

Es necesario destacar que el surgimiento de los *Annales* debe entenderse en concordancia con las voces que, desde Alemania, Inglaterra, Estados Unidos y en la propia Francia, se levantaban contra la historia positivista, referida a los acontecimientos políticos. En efecto, en Alemania, Karl Lamprecht (1856-1915) se quejaba de que los historiadores no daban respuesta a las demandas de la sociedad moderna, al mismo tiempo que postulaba una historia total que abarcara todas las acciones humanas. Por su parte, el belga Henri Pirenne (1862-1935) si bien reconocía algunas aportaciones del positivismo francés, ponía en tela de juicio sus logros científicos. En Francia, Henri Bergson (1859-1941), figura intelectual de enorme importancia antes de la Primera Guerra Mundial, criticó sistemáticamente al positivismo filosófico y también a la historia tradicional.³⁹ Como se puede advertir, se trata, en general, de una historiografía que, con diferentes matices, responde a lo mismo, pese al papel descollante

historiografía tradicional representada por la obra de Seignobos. Recurre a la metáfora que usara Bacon sobre la «tribu de los historiadores» y se refiere a la preeminencia dada a la política en los estudios históricos; el deleite por las biografías de individuos ilustres; y el hecho de que los historiadores solo se quedaran en los estudios de los orígenes. Para combatirlos, propone pasar de lo singular a lo regular y de lo individual a lo social. Rodríguez. *Op. cit.*, p. 207.

³⁸ En 1934 en el número VII de la *Revista de Síntesis*, Febvre presenta su crítica a la *Historia de Rusia* —en tres volúmenes— de Seignobos. Febvre indica la falta de equilibrio en el tratamiento de los temas, pues dicho trabajo, en solo una sexta parte de las páginas de la obra, trata cinco siglos, desde los orígenes hasta Pedro el Grande, mientras que el resto se referirá a los dos siglos y medio siguientes. Según Febvre, tamaña desproporción tenía su origen en las pocas referencias y documentos sobre la materia. Asimismo, critica la falta de imaginación histórica de Seignobos para cubrir esa falencia apelando a otras fuentes (incluso no escritas) y a otras disciplinas y termina alegando que lo escrito por Seignobos resulta, más bien, un manual de historia política. Corcuera. *Op. cit.*, p. 164.

³⁹ *Ibidem*, p. 158.

que a su turno jugaron las historiografías locales que se acaban de mencionar dentro de las que comienza a destacar con fuerza la francesa, alrededor de la tercera década del siglo XX.

Colocados en este punto, es necesario que vayamos a otro escenario y también que, en cierta medida, cambiemos de tema para hacer una mención al curso de la historiografía norteamericana o estadounidense y observar sus transformaciones entre los siglos XIX y XX. Para entonces, se puede decir que se entabla una oposición entre la llamada escuela imperial y los historiadores progresistas, veamos más detalles.

Inspirados en la perspectiva de una historia científica, los historiadores americanos incorporaron, inicialmente, a su trabajo los asuntos europeos concernientes a su formación institucional para trazar los antecedentes de la libertad y la democracia norteamericanas. En ese momento, Herbert Baxter Adams desarrolló un papel influyente a través de su seminario en la Universidad John Hopkins de Baltimore. Pero nuevas aproximaciones siguieron en los estudios académicos —particularmente en las áreas del derecho, filosofía, ciencias sociales e historia durante la Etapa Progresista—, desarrollo que vendría a conocerse también, entre los estadounidenses, como la Nueva Historia. Caracterizada por su tono escéptico e iconoclasta, ella discutió las visiones historiográficas precedentes, percibiendo en ellas subterfugios para el juego de intereses propios. Se considera precursor de esta nueva historiografía a Frederick Jackson Turner, quien, en una ponencia leída en 1893 en la American Historical Association, planteó el significado de la frontera en la historia americana. Contradijo la opinión de H. Baxter Adams, quien había sido su profesor, y discutió la idea según la cual las instituciones norteamericanas habrían germinado a partir de raíces teutónicas. Por el contrario, Turner vio a la libertad, la democracia y el individualismo como un conjunto que era producto de la experiencia de frontera, a la cual podía verse como un espacio, un proceso o una actitud mental.

En resumen, la historiografía progresista se preocupó por elucidar la naturaleza y las causas de los problemas sociales contemporáneos y la Guerra Civil fue su gran tema central a principios del siglo XX. Otra de las características de los historiadores progresistas es que abrigaban dudas acerca de la objetividad del conocimiento histórico, pero consideraban que, aun en tales condiciones, tenía un carácter utilitario.⁴⁰

2. El desarrollo de la historiografía después de la Segunda Guerra Mundial: la influencia de las ideologías y los contextos sociales y políticos

A partir de la Segunda Guerra Mundial, la historia naturalmente siguió siendo entendida como ciencia (cierto tipo de ciencia) y sus frutos fueron la historia económico-social, estructural y objetivista.⁴¹ Pero para entender mejor la variada y amplia producción historiográfica de la centuria, debemos considerar la existencia de varias nociones que adquirieron importancia en el discurrir de la historia del siglo XX que, por ejemplo, —en opinión de Nolte— de una u otra manera sirvieron de marco ideológico de este proceso.⁴²

Así pues, según la propuesta del mencionado autor, tendríamos que considerar, en primer lugar, a la lucha o pugna entre diversas potencias, situación heredada del siglo anterior; en-

⁴⁰ GILDERHUS, Mark. *History and Historians. A Historiographical Introduction*. Nueva Jersey: Prentice Hall, 2000, pp. 112-114.

⁴¹ BARROS, Carlos. *Op. cit.*, p. 95.

⁴² Ernst Nolte es un historiador alemán que nació en 1923 y estudió filosofía con Martin Heidegger. Entre sus obras más importantes destacan: *Alemania y la Guerra Fría (Deutschland und der Kalte Krieg)*, *El marxismo y la Revolución Industrial (Marxismus und Industrielle Revolution)*, *La guerra civil europea 1917-1945 (Der Europäische Bürgerkrieg 1917-1945)* y *Lebrstück oder Tragödie*. Este autor llama paradigmas a lo que nosotros —en lo que a sus planteamientos se refiere— preferimos llamar tendencias e ideas de la época.

tendiéndose por potencias entes individualizados que poseen cohesión interna y que aspiran a ejercer influencia sobre otros. Luego, la atribución de distintos grados de responsabilidad a Alemania en relación con las conflagraciones mundiales. Asimismo, la importancia de los procesos revolucionarios y, finalmente, la amenaza de guerra o la contienda misma.⁴³ Por su parte, Forster menciona un aceleramiento de la historia, desde la perspectiva de un cambio profundo de una época que involucra no solo al discurso filosófico, sino transformaciones en la realidad política, social y económica. Modificaciones importantes en la dimensión estética, cambios radicales en los paradigmas científicos de la modernidad. «Un tiempo de derrumbe, de disolución, de crisis, y al mismo tiempo, una época que comienza a plantearse nuevas perspectivas y nuevos horizontes».⁴⁴

Dentro de este contexto general, se pueden entender mejor las características de la llamada segunda época de los *Annales*. Ese periodo vino precedido de una década de transición a partir de la Segunda Guerra Mundial hasta 1956.⁴⁵ Pero al tomar Fernand Braudel las riendas de la revista, se inicia la nueva etapa, o segunda época, que alcanzará hasta 1969. Durante ese lapso, pese a sus diferencias con el marxismo, se advierte

⁴³ NOLTE, Ernst. *Después del comunismo. Aportaciones a la interpretación de la historia del siglo XX*. Traducción de Joaquín Adsuar Ortega. Barcelona: Editorial Ariel, 1995, pp. 131 y ss.

⁴⁴ FORSTER, Ricardo. «La crisis de la racionalidad moderna». En Forster Casullo y Kauffman. *Itinerarios de la modernidad. Corrientes del pensamiento y tradiciones intelectuales desde la ilustración hasta la posmodernidad*. Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires, Eudeba, 1999, pp. 143-163, p. 166.

⁴⁵ Año de la muerte de Lucien Febvre. En 1947 los *annalistas* habían fundado la Escuela de Altos Estudios (École des Hautes Études). Aceptaban a estudiosos no necesariamente titulados y también se admitía a extranjeros, hecho que sin duda contribuyó a que la institución se diese a conocer fuera de Francia. Bajo la presidencia de Braudel, entre 1956 y 1972, aumentó notablemente el número de sus profesores y se desarrolló plenamente el proyecto de una apertura de la historia a las ciencias sociales y humanas como también al psicoanálisis sobre la base de la enseñanza y la investigación.

una relación más estrecha con él. Se trataba, en todo caso, del acercamiento a un marxismo que se ha llamado mediterráneo, más libre, creativo y especulativo,⁴⁶ propio del ambiente intelectual francés de aquel momento. Uno de los rasgos comunes más importantes será la nueva manera de concebir y manejar el tiempo histórico, particularmente a través de la noción de estructura, pretendiendo que se constituyera en un principio de causalidad interna entre los fenómenos históricos, de mayor alcance que la superficial narratividad de la historia-relato positivista.⁴⁷ El citado aporte correspondió, más específicamente hablando, a Braudel, con su manera de enfocar el tiempo como clave para entender el curso de la historia, de esa historia global que se pretendía abarcar.

En efecto, Braudel utiliza la noción de estructura de manera diferente al uso que le daba en la antropología Claude Lévi-Strauss. Para el primero, la estructura aplicada a la historia es un ensamblaje, una realidad que goza de estabilidad o permanencia. Además, existen estructuras en plural, es decir, fenómenos geográficos, ecológicos, técnicos, económicos, sociales, políticos, culturales, etc. que permanecen constantes durante mucho tiempo o evolucionan de manera imperceptible, constituyendo una base sólida, pero no inmutable del devenir histórico. De esta manera, la estructura tiene una dimensión temporal y es plural y dialéctica. También habla Braudel de los modelos interpretativos que son instrumentos de investigación y conocimiento contruidos por el historiador, particularmente útiles para descubrir las relaciones estrechas y constantes entre los fenómenos. Si no se entienden simplemente los hechos históricos como individuali-

⁴⁶ AGUIRRE ROJAS, Carlos. *Op. cit.*, 1993, pp. 47 y ss.

⁴⁷ VIDAL JIMÉNEZ, Rafael. «La Historia y la Postmodernidad». *Espéculo, Revista de Estudios Literarios*, Departamento de Filología Española III. Facultad de Ciencias de la Información, Universidad Complutense de Madrid, n.º 13, nov. 1999 - feb. 2000, año V. Revista Digital Cuatrimestral. <<http://http://www.ucm.es/info/especulo/numero13/index.html>> p. 6.

dades y se los concibe más bien como elementos que conforman unidades complejas, los modelos interpretativos le servirán al historiador para vincular realidades de distinta índole. De esta manera, los modelos interpretativos incluyen la historia consciente e inconsciente, los acontecimientos y los fenómenos sociales que los envuelven y les confieren significado.⁴⁸ Esta forma de enfocar el tiempo provocó las críticas de la historiografía marxista, también porque se consideró que la posición de los *Annales* y, en especial, la de Braudel seguía obedeciendo a los parámetros de la llamada historiografía tradicional.⁴⁹

En Inglaterra, inicialmente, el curso de la historiografía se desarrolla al margen de la gran influencia del marxismo y, más adelante también, de la notable influencia de la Escuela de los *Annales*. Más bien, se vincula a Norteamérica y a la Europa del norte y solo hacia la década de 1950 es posible advertir la influencia del marxismo en la historiografía inglesa. En Francia y en Italia se notará, más bien, el peso de los planteamientos socialistas, siendo singulares los casos de los intelectuales que cultiven con fuerza un marxismo puro, mientras que en Alemania el debate intelectual tendrá como animador importante al marxismo manejado e interpretado de forma variada.⁵⁰

En Norteamérica de la postguerra se critica a los llamados historiadores progresistas. Los historiadores de esta época —es decir, a partir de 1945— reaccionan en contra de las implicancias relativistas de la historiografía progresiva, se orientan a desarrollar metodologías más realistas capaces de producir resultados verificables y en las que se utilizan diferentes perspectivas. Tenemos así las publicaciones de Arthur M. Schlesinger (1945) *La Era de Jackson*, Richard Hofstadter (1948) *La tradición*

⁴⁸ CORCUERA. *Op. cit.*, pp. 180-189.

⁴⁹ Véase, por ejemplo, FONTANA, Josep. «Ascenso y decadencia de la escuela de los *Annales*». En: A.A.V.V *Hacia una nueva historia*. Madrid: Akal, 1985, pp. 109-127.

⁵⁰ AGUIRRE ROJAS, Carlos. *Op. cit.*, 1993, p. 21.

política americana y los hombres que la hicieron, entre otras. Más adelante, se acercarán a las ciencias sociales y a las técnicas de cuantificación. Un ejemplo fue el trabajo de Lee Benson, publicado en 1961: *El concepto de la democracia jacksoniana*, para el cual realizó análisis estadístico. Se empieza a desarrollar la Nueva Historia Económica que otros denominan Cliometría, en la que destacan Robert W. Fogel y Stanley L. Engerman.⁵¹

3. Historiografía tradicional versus nueva historia: escuelas, metodologías y temática

La propuesta de la nueva historia, si bien tuvo un carácter renovador en la historiografía occidental, no apareció de la noche a la mañana sin antecedente alguno, pues no hay que olvidar que dentro del movimiento iluminista Voltaire, Gibbon, Robertson, Vico, Möser y otros participan de una corriente internacional para que los escritos históricos no se circunscriban a hechos militares y políticos y alcancen a referirse a leyes, comercio, la manera de pensar de la sociedad, sus costumbres y el espíritu de la época. Llama la atención que en Alemania se realicen y publiquen por esa época estudios acerca de la historia de la mujer en un centro que promovía la historia social en la Universidad de Göttingen. De otro lado, en el último tercio del siglo XIX, una historia económica ya tenía su existencia en Alemania, Inglaterra y otros lugares, como una reciente alternativa a la historiografía política. En 1860 el suizo Jacob Burckhard, al publicar *La civilización del renacimiento en Italia*, se concentró más en una historia cultural y de descripción de procesos que en la narración de eventos.⁵² Pero, obviando estos antecedentes

⁵¹ GILDERHUS. *Op. cit.*, pp. 117-119.

⁵² BURKE, Peter (ed.). *New perspectives on historical Writing*. Pennsylvania: Pennsylvania University Press, 1998, pp. 7-8.

en general, se puede decir que la historiografía occidental ha tenido por lo menos dos nuevas historiografías:⁵³ una sería la surgida a partir de 1930 y la otra la que abraza a las tendencias finiseculares que constituyen una renovación más.

En cuanto a la primera, hay que mencionar que la frase «la nueva historia» fue más conocida en Francia, ya que en la década de los setentas *La nouvelle histoire* fue el título de la colección de ensayos editados por el medievalista Jacques Le Goff, quien también contribuyó para que se publicasen una serie de ensayos históricos referidos a «nuevos problemas», «nuevas aproximaciones» y «nuevos objetos».⁵⁴ La nueva historia se basará filosóficamente en la idea de que la realidad está social y culturalmente constituida y esta noción, asumida por muchos historiadores y antropólogos, permite entender su convergencia. Terminó siendo definida más bien por oposición y además abrazó una variedad de formas y posturas, por lo que puede ser caracterizada de la siguiente manera:

- Realizada en Francia y asociada con la llamada Escuela de los *Annales*.
- Escrita deliberadamente como una reacción en contra de la anterior historiografía basada en el paradigma tradicional de la llamada historia de corte rankeano, que Peter Burke llama el paradigma de la visión histórica del sentido común.

⁵³ Hay que recordar que Romano estableció una distinción entre *neuve* y *nouvelle histoire*. En el primer caso, se trata de un modo nuevo y, en el segundo, de algo que no pasa de ser «novedoso» o «de moda», pero que, sin embargo, no deja de ser recurrente o, en resumidas cuentas, lo mismo y no necesariamente de buena calidad, por lo que debe tenerse en cuenta que algunas de las críticas de la historiografía tradicional y, a veces con fundamento, han girado en torno del hecho del carácter estable de la segunda frente a lo aparentemente pasajero y variado de la historiografía que se autodenomina o es llamada nueva historia.

⁵⁴ *La nouvelle histoire* fue el título de la colección de ensayos editados por el medievalista Jacques Le Goff (París, 1978) y, junto con P. Nora, editó tres volúmenes de ensayos históricos: *Faire de l'histoire* (París, 1974).

- Integra una importante variedad de perspectivas.
- Construye una historia total y estructural.

En este caso, se excluye deliberadamente al marxismo, puesto que si bien la corriente de los *Annales* se inspira parcialmente en él, la nueva historiografía que propone estará signada por un rápido y claro distanciamiento del mismo. Además, como se dijo anteriormente, unas tres décadas después los historiadores marxistas que se preocuparon por mantener la ortodoxia criticarán a los *Annales* como carentes de una verdadera teoría y los acusaron de tener todavía un parentesco con aquella historiografía que criticaban y que buscaban cambiar.

En conclusión, frente a la idea de que la historia era o debía ser objetiva, la nueva historiografía postula el hecho de que existen diferentes lecturas de los hechos.⁵⁵ Sin lugar a dudas, esta historiografía se diferencia de la anterior puesto que, si la historia tradicional era política e institucional, a la nueva historia le concierne virtualmente toda actividad humana. Por ejemplo, considerará más sustantivamente los temas que antes fueron tenidos como marginales o complementarios, como historia del arte o historia de la ciencia. De otro lado, la influencia del relativismo cultural lleva a borrar la distinción entre lo que es central para la historia y lo que es marginal. Asimismo, la nueva historia no elimina la idea de un historiador profesional, surgida en el siglo anterior, pero considera como muy importante la interdisciplinariedad y con ella también el hecho de que otros especialistas ingresen a los predios históricos.⁵⁶

⁵⁵ Por ejemplo, les parecerá poco realista la pretensión de que una batalla como Waterloo pudiera llegar a ser tratada de manera tal que la versión resultara satisfactoria para ingleses o franceses.

⁵⁶ BURKE. *Op.cit.* pp. 2-6. Hay que señalar que la exigencia de interdisciplinariedad no solo se ha mantenido en la historiografía reciente, sino que su sentido va más allá, puesto que ya no se trata de que otros especialistas incursionen en la historia, sino de que los historiadores apelen a teorías y métodos tomados de las otras disciplinas.

Si se concibe a la historia tradicional como narradora y re-constructora de eventos, por el contrario, la nueva historia se interesa en el análisis de estructuras. En relación con ello, también se advierte un cambio, dado que, mientras la vieja historia ofrecía una visión desde arriba, en el sentido de que siempre se refería a los grandes acontecimientos de los personajes importantes, la nueva tomaba en cuenta al resto, es decir, a aquellos a quienes se había asignado un rol menor en el curso de la historia. Numerosos historiadores estarán interesados, por el contrario, en hacer una historia desde abajo, es decir, desde el punto de vista de la gente corriente, lo que irá unido al énfasis de los temas relacionados con el cambio social.⁵⁷

La nueva perspectiva historiográfica llamará la atención acerca de las limitaciones de una historia basada en documentos y registros oficiales, sobre todo porque los nuevos temas y perspectivas, así como la incorporación del hombre común como sujeto de la historia, exigirán una mayor y más variada cantidad de testimonios: visuales, orales, cuantitativos, etc.

Para entender lo nuevo de la nueva historia, deberemos estar en condiciones de ubicar temporalmente el uso de esta denominación. Así pues, el empleo más temprano de la frase «nueva historia» data de 1912, año en que el norteamericano James H. Robinson publicó un libro con ese título. Planteaba que la historia se refería a todo lo hecho y pensado por los hombres desde su aparición en la tierra, dando crédito de esa manera a una historia total. En las décadas de 1970 y 1980, la denominación «nueva historia» se empleó con mayor frecuencia. En esa época, la reacción inicial en contra del paradigma tradicional se extendió en todo el mundo y alcanzó, naturalmente, a los historiadores.

Si bien se asocia la nueva historia con la Escuela de los *Annales*, la reacción contra la historiografía tradicional también se produjo en Gran Bretaña por los años treinta a través de las

⁵⁷ Véase STONE. *Op. cit.*, pp. 34-36.

propuestas de Lewis Namier y R.H. Tawney para sustituir la narración de acontecimientos por la ubicación de las estructuras históricas. Como se ha mencionado, hacia 1900, en Alemania, Karl Lamprecht ya introducía cambios que le ganaron cierto rechazo entre sus colegas. Vale decir que la identificación de una historia centrada en acontecimientos era materia corriente por aquella época y aparece vinculada, una generación antes a la aparición de los *Annales*, al sociólogo Durkheim y a su revista *Anales sociológicos*.⁵⁸

Según Stone, en los últimos treinta años se han dado tres clases diferentes de historia científica, basadas todas ellas no en nuevos datos, sino en recientes modelos y distintos métodos:

- Modelo económico marxista
- Modelo ecológico demográfico francés
- Metodología cliométrica americana

Respecto del primer modelo, en los años treinta la utilización del marxismo desembocó en un determinismo económico social muy simplista que propugnaba, hasta los años cincuenta, una historia científica. El segundo modelo lo identifica con el utilizado desde 1945 por la escuela francesa de los *Annales*. En las décadas de 1950 y 1960, la historiografía económica y social fue atraída por modelos más o menos deterministas de explicación, clima en el que se dio primacía a los factores económicos, como los marxistas, o a la geografía, como Braudel, o a los movimientos demográficos y de la población, como en el caso del llamado modelo malthusiano del cambio social. El tercer grupo de historiadores científicos lo conforman los cliómetras americanos a partir de los años sesenta, que operan con una propia y especial metodología cuantitativa y que han pretendido dividir, según ellos, a la comunidad de historiadores en

⁵⁸ *Ibidem*, p. 7.

dos. Por una parte, ubican a los tradicionalistas, que incluyen tanto a los historiadores narrativos del viejo estilo que se ocupan principalmente de la política estatal y de la historia constitucional, así como a los nuevos historiadores económicos y demográficos de las tendencias vinculadas a las revistas *Annales* y *Past and Present*. De otro lado, se coloca a los cliómetras, definidos por su metodología antes que por algún tema o alguna interpretación particular sobre la naturaleza del cambio histórico. Ellos se preocuparán por la construcción de modelos cuya validez pondrán a prueba mediante las más sofisticadas fórmulas matemáticas y algebraicas, aplicadas a cantidades de datos, generalmente procesados electrónicamente, siendo su campo específico el de la historia económica.⁵⁹

Gadamer describió bastante bien el panorama intelectual de esta década cuando presentaba su libro *Verdad y método*:

Cuando a fines de 1959 puse fin al presente libro no estaba seguro de que no llegase 'demasiado tarde', de si el balance del pensamiento sobre la historia de la tradición que se hacía en él no se habría vuelto poco menos que superfluo. Los signos que anunciaban una nueva ola de hostilidad tecnológica contra la historia se multiplicaban. A esto respondía también la creciente recepción de la teoría de la ciencia y de la filosofía analítica anglosajona, y el nuevo auge que tomaron las ciencias sociales, sobre todo la psicología social y la socio-lingüística, tampoco parecían prometer el menor futuro a la tradición humanística de las ciencias del espíritu románticas. Y era ésta la tradición de la que yo había partido.[...] Pero aún dentro de las ciencias del espíritu históricas clásicas se había hecho ya innegable un cambio de estilo en la orientación general, pasando a primer plano los nuevos medios metodológicos de la estadística, la formalización, la urgencia de planear científicamente y organizar técnicamente la investigación. Se estaba abriendo camino una nueva auto-comprensión 'positivista', estimulada por la recepción de los métodos y planteamientos americanos e ingleses.⁶⁰

⁵⁹ LOZANO, Jorge. *El discurso histórico*. Madrid: Alianza Editorial, 1994, pp. 159-160.

⁶⁰ GADAMER. *Op. cit.*, 1991, p. 641.

Con estas características transcurren las décadas de los sesenta y setenta y se estima que en los ochenta la historiografía atravesó sendas crisis de crecimiento y de paradigma que provocaron su fragmentación y también el decaimiento de las «escuelas», lo que generó en suma: 1) Individualismo historiográfico; 2) Identificación de los historiadores más bien por áreas temáticas o por países (historiografías nacionales) y 3) Tendencia a la mundialización de la historiografía por la intensificación de los contactos internacionales.⁶¹ Este panorama puede ser descrito también con exageración y, por lo tanto, caricaturizar la realidad, como adrede lo hizo Elliot como punto de partida para reconocer, por el contrario, que la historiografía finisecular se caracteriza por el profesionalismo de las nuevas generaciones de historiadores (en cuanto al manejo de técnicas y su control en el manejo de las evidencias) más allá de lo alcanzado por los llamados maestros del siglo XIX. Encuentra que en algunos de los trabajos más recientes destaca la «brillantez de la creatividad», en particular para hallar vías de penetración en los mundos privados del género o la familia, por ejemplo.⁶²

Debe enfatizarse que se mantuvo el impacto del marxismo en la historiografía, siendo mayor entre los historiadores en los países no socialistas hasta hace poco más de medio siglo. Sin embargo, paulatinamente se fue produciendo un movimiento bastante generalizado de alejamiento de Marx entre los intelectuales, especialmente en Francia y en Italia. Muchos elementos que hace cincuenta años eran manejados principalmente por marxistas, ahora se han vuelto parte de las principales co-

⁶¹ BARROS, Carlos. «La historia que viene». En Barros (ed.). *Historia a debate*. Tomo I. 1995, pp. 95-117, p. 115. Radical resulta la visión de Juliá, quien dice lo siguiente: «Donde antes existía una concepción de la historia, un paradigma científico que unificaba la investigación y un claro objetivo del trabajo histórico, hoy reina la dispersión de concepciones. El desmigajamiento de temas, la pluralidad de métodos y caminos y la falta de un claro propósito». JULIÁ, Santos. «¿La historia en crisis?». En BARROS, Carlos. *Historia a debate*. Tomo I. 1995, pp. 143-145, p. 143.

⁶² ELLIOT, J. H. «Comparative history». En Barros (ed.). Tomo III. 1995, pp. 9-19, p. 9.

rrientes de la historia. Indudablemente, el marxismo ha ejercido una gran influencia en la modernización de la escritura de la historia contemporánea.

Otra cuestión a tomar en cuenta es la aceptación en Francia del estructuralismo en la década de 1960, pues se entendía que permitiría alcanzar un saber liberado de los residuos del idealismo. Pero encontró resistencia entre los historiadores defensores de la libertad del sujeto y del carácter impredecible de los acontecimientos, de la crítica documental clásica y los hechos bien establecidos. Su acusación principal se centraba en el carácter esquemático de los modelos elaborados por el estructuralismo para dar cuenta de las sociedades pasadas. Para Lévi-Strauss, dado que la antropología y la historia estudian otras sociedades (diferentes a aquella en que se vive), ambas son ciencias de la diversidad. Pero la historia solo estudia la diversidad en el tiempo y, además, considerando *a priori*, desde un etnocentrismo occidental, que puede comprender a los demás y es aquí donde introduce la idea de la desigualdad o diversidad de las culturas humanas.⁶³

Esta propuesta abrió la posibilidad para que, desde diferentes enfoques disciplinarios, se buscara afinar no solo el conocimiento, sino también la comprensión de los fenómenos culturales en general y se llegó a advertir que la estructura, o más bien la estructuralidad de la estructura, se había encontrado siempre neutralizada al estar referida a un punto de presencia, a un origen fijo, a un centro que servía para orientar y organizar la coherencia del sistema y permitía el juego de los elementos en el interior de la forma total. Conocido este aspecto de las estructuras, se produjo un enjuiciamiento de dicha centralidad y, por consiguiente, un fenómeno de ruptura derivado del hecho de pensar acerca de la propia estructuralidad. En efecto, se tuvo que considerar que no había centro, que este

⁶³ CORCUERA. *Op. cit.*, p. 196.

no tenía que pensarse como un ente-presente, que no tenía lugar natural, que no era un lugar fijo, sino una función, una especie de no lugar en el que se representaban sustituciones de signos hasta el infinito. Este es entonces el momento en que el lenguaje invade el campo problemático universal; este es el momento en que, en ausencia de centro o de origen todo, se convierte en discurso. Y un ejemplo de descentramiento lo había dado la Antropología y, en particular, Lévi-Strauss.⁶⁴

Aplicado a la historia, el estructuralismo facilitó la incorporación de criterios propios de otras disciplinas sociales, en la búsqueda de una mejor comprensión del pasado. Una penetración que permitiera alcanzar a las estructuras de las sociedades en el entendimiento de que cada una de ellas poseía una lógica y coherencia propias. La propuesta de Lévi-Strauss y sus seguidores marcó la distinción entre sociedades tradicionales y modernas sobre la base de su percepción del tiempo y la manera de entender el cambio.

Pero detengámonos aquí, ya que, sin darnos cuenta, hemos ingresado al tema de la historiografía finisecular que es materia del siguiente capítulo. De cualquier manera, al llegar a este punto es necesario precisar los problemas que la nueva historiografía presentaba entonces, a decir de algunos de sus críticos. En primer lugar, estarían los problemas de *definición*. Estos surgieron porque los historiadores fueron arrojados a un territorio que no les era familiar e investigaban, sin embargo, desde perspectivas y conceptos propios. En el curso de su trabajo, la mayoría de las veces advertían que tales puntos de vista y definiciones no se ajustaban a la realidad estudiada. Por ejemplo, la gente común

⁶⁴ DERRIDA, Jacques. *La escritura y la diferencia*. Traducción de Patricio Peñalver. Barcelona: Editorial Anthropos, 1989, pp. 383-385. Hay que recordar que para Freud el hombre había padecido un triple descentramiento. El primero se dio cuando la ciencia sacó a la tierra como centro del universo; el segundo, cuando, a partir del evolucionismo, se convierte al hombre en otra de las especies animales; y, finalmente, cuando se le muestra que también está regido por el inconsciente.

u ordinaria ¿es la que carece de educación o esa gente tiene más bien otro tipo de educación, una cultura diferente a la de las elites? Otras son las dificultades de *origen o fundamento* que tienen que ver con el nuevo tipo de preguntas que los historiadores se formulan acerca del pasado, lo que los lleva a elegir nuevos objetos de investigación y nuevas fuentes. Y también están los cuestionamientos relacionados con la *explicación*, pues ella se hace cada vez más compleja. En efecto, uno de los problemas es que los nuevos temas ya no pueden ser analizados de la misma manera que aquellos hechos políticos que abordaba la historiografía tradicional y, por lo general, la nueva temática requerirá una explicación o abordaje, por ejemplo de tipo estructural. Finalmente, están los inconvenientes de *síntesis* ocasionados por la expansión del ámbito de desenvolvimiento de los historiadores y de su contacto con diversas disciplinas, desde la geografía hasta la teoría literaria. Ellos han marcado la fragmentación dentro de la disciplina y la adopción de nomenclaturas y categorías de otras ciencias.⁶⁵

⁶⁵ BURKE. *Op. cit.*, pp. 9-19.

CAPÍTULO II

La historiografía finisecular

1. La transformación de los paradigmas científicos y sus efectos en la historiografía a partir de 1970

Durante el siglo XX, se ha hablado de la crisis de la modernidad, considerándose que ella obedece tanto a razones de orden teórico como práctico.

En el orden teórico, se cuestiona el sesgo instrumentalista de la racionalidad moderna, que somete a cosas y personas a la lógica de la rentabilidad. Se denuncia asimismo la voluntad de poder que sería subyacente a las pretensiones de legitimidad de la modernidad. Y se pone de manifiesto, en fin, la incapacidad de los instrumentos conceptuales modernos para comprender el insólito incremento de la complejidad a que ha dado lugar el desarrollo tecnológico contemporáneo. En el orden práctico, indesligable por cierto del teórico, se evocan en primer lugar los trágicos efectos del etnocentrismo cultural potenciado por el ideal racional de la eficiencia, bajo el nacional socialismo por ejemplo; [...] Se llama la atención, por otro lado, sobre la permanente destrucción del equilibrio ecológico a que ha conducido y conduce aún el modelo de crecimiento económico de la racionalidad moderna.¹

¹ GIUSTI, Miguel. *Alas y raíces. Ensayos sobre ética y modernidad*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú. Fondo Editorial, 1999, pp. 275-276.

En general, para la ciencia actual, que se tiende a llamar postmoderna, el conocimiento depende de su imprevisibilidad, no existe un método científico único y tanto la ciencia como el conocimiento se legitiman por consensos temporales y locales dentro de sistemas abiertos que dan lugar a nuevas ideas, nuevos enunciados y reglas de juego.²

Nuestra época está determinada, más que por el inmenso progreso de la ciencia natural, por la racionalización creciente de la sociedad y por la técnica científica de su dirección. El espíritu metodológico de la ciencia se impone en todo y lo que tenemos ante nosotros no es una diferencia de métodos, sino una diferencia de objetivos de conocimiento.³

En síntesis, lo que caracteriza a la ciencia contemporánea es su apertura a la permanente transformación, la conciencia del cambio y la aceptación más franca de la innovación entre los científicos. Esa es su gran virtud pero que las coloca, a la vez, en un grave riesgo, dado que las ciencias requieren estabilidad y los consensos respecto de métodos, teorías y conocimientos no deberían ser temporales, puesto que una cosa es la apertura a lo nuevo y otra teñir de eventualidad al quehacer científico.

Es cierto que la llamada Escuela de los *Annales* también estuvo en contacto con distintas disciplinas y ese fue uno de sus principales reclamos al proponer el cambio, pero decididamente aquella fue una vanguardia y lo que parece caracterizar al pensamiento científico, que para algunos debe denominarse postmoderno, es su capacidad de facilitar el surgimiento permanente (y diríamos que hasta simultáneo) de sucesivas y numerosas vanguardias. Vale decir, la permanente innovación o novedad. La llamada crisis de los paradigmas modernos ha significado el cuestionamiento de los presupuestos filosóficos mo-

² NÚÑEZ PÉREZ, María Gloria. *Op. cit.*, pp. 161-162.

³ GADAMER, Hans-Georg. *Verdad y método. Fundamentos de una hermenéutica filosófica*. Cuarta edición. Salamanca: Ediciones Sígueme, 1991, p. 11.

ernos, es decir, la idea de una razón universal y de que es posible un lenguaje perfecto y unívoco que refleje las operaciones de la razón y permita una ciencia carente de ambigüedad. Asimismo, se ha cuestionado la traducibilidad y commensurabilidad entre sistemas conceptuales distintos sobre la base de una lógica común.⁴ Uno de los logros más favorables para la historiografía y las disciplinas humanas, a consecuencia de las transformaciones arriba mencionadas, ha sido que se acepte que su rigor y los conocimientos alcanzados por ellas no son concesiones epistemológicas que las convierten en saberes de segundo orden debido a los niveles de subjetividad y arbitrariedad que poseen.

Pero de cualquier manera, el componente positivista ha seguido impregnando a la historiografía a lo largo del siglo a través de sus distintos géneros.⁵ Ello ha significado el mantenimiento de una viva discusión acerca de aspectos teóricos y metodológicos entablados entre los historiadores y también con representantes del resto de las disciplinas humanas así como el hecho de que, en los predios de la historia se haya transitado desde la convicción acerca de la necesidad de un cambio radical que dejara de lado el narrativismo y el apego a la historia puntual y detallista hasta la revalorización del sujeto y de la narrativa y el gusto por la biografía, la prosopografía y la microhistoria.

La visión historiográfica de la primera mitad del siglo XX ha sido caracterizada como poco propicia a la elaboración de una historia de síntesis total y explicación integrada de todos los niveles de la actividad humana. Padecía un desconocimiento profundo de la historia extraeuropea y tenía una actitud negativa del idealismo historicista respecto de la posibilidad de una efectiva explicación científica de la historia y su relativismo. Estudiaba el pasado por el pasado mismo, sin vinculación con

⁴ QUINTANILLA. *Op. cit.*, p. 17.

⁵ BARROS, Carlos. *Op. cit.*, 1995, pp. 96-97; Aguirre Rojas, Carlos. *Op. cit.*, 1993, pp. 21-22.

el presente y poseía una preocupación obsesiva por los hechos político-institucionales y por la psicología de los «grandes hombres» y las ideas de los grupos dominantes.⁶ Naturalmente, algunas de estas críticas parecen exageradas, lo que no quiere decir que carezcan de fundamento y validez, por ello es que resulta tan notorio el cambio de la historiografía finisecular, aunque la transformación se encuentra todavía en pleno proceso.

Como sabemos, las discusiones y las consecuentes modificaciones de los paradigmas científicos que la vigésima centuria heredara de los siglos anteriores han tenido una importancia capital en los cambios producidos en la disciplina histórica. Las modificaciones teóricas operadas en el seno de las denominadas ciencias básicas y nuevos planteamientos y debates ocurridos entre los especialistas de la lingüística, la literatura, la lógica y la filosofía constituyen la base y el ambiente para la transformación historiográfica. Veamos algunas de estas cuestiones.

En primer lugar, puede hablarse de una nueva reacción antipositivista, pero al mismo tiempo de un postempirismo. En efecto, a partir de los planteamientos de Thomas S. Khun y Paul, quienes cuestionaron la mayoría de los aspectos del análisis lógico como único método de examen de las teorías científicas, puede decirse que la ciencia ya no está, como en otros siglos, tan definitivamente diferenciada de otras labores que lleva a cabo el intelecto. Pero, al mismo tiempo, se admite que no existe la mentada unidad del método científico y el método hipotético-deductivo no es el único plausible. Los científicos han hecho hincapié en la complejidad que caracteriza a la realidad de la que se ocupan tanto las ciencias exactas y naturales como aquellas otras que tratan acerca del hombre en sociedad.

⁶ CARDOSO, Ciro y Héctor PÉREZ BRIGNOLI (comp.). *Perspectivas de la historiografía contemporánea*. México: Editorial SepTentas, 1976. «Perspectivas hacia una historia total», pp. 7-22, p. 7.

El pensamiento complejo aspira a lo multidimensional reconociendo los lazos entre las entidades que nuestro pensamiento debe necesariamente distinguir e incluye, asimismo, un principio de incertidumbre. El pensamiento complejo está animado por una tensión permanente entre la aspiración a un saber no parcelado, no dividido, no reduccionista y el reconocimiento de lo inacabado e incompleto de todo conocimiento.⁷

Sobre la base de esta nueva epistemología de la complejidad, adquiere mayor y también novedoso sentido el tema de la interdisciplinariedad, que abraza lo relacionado con los sujetos (que analizan y son analizados), lo mismo que el asunto de la comprensión. La discusión en torno a lo interdisciplinario ha llevado a posiciones diversas, hasta el extremo de proponer la eliminación de fronteras entre los distintos saberes, como lo recuerda Nora Rodríguez. Ella, asimismo, advierte de la existencia en el siglo XX de un fenómeno contradictorio: por un lado, la ultra especialización y por el otro, intentos de buscar relaciones armoniosas y mutua cooperación entre las disciplinas.

De hecho, el llamado pensamiento complejo supone, desde su gestación, un encuentro interdisciplinario entre la lógica, la filosofía, la física y otras disciplinas, conjugando nociones provenientes de la teoría de la información, la cibernética, la teoría de sistemas, etc.

Morin entiende por complejidad un tejido de constituyentes heterogéneos inseparablemente asociados que presenta la paradoja de lo uno y lo múltiple.

Al mirar con más atención, la complejidad es, efectivamente, el tejido de eventos, acciones, interacciones, retroacciones, determinaciones, azares, que constituyen nuestro mundo fenoménico. Así es que la complejidad se presenta con los rasgos inquietantes de lo enredado, de lo inextricable, del desorden, la ambigüedad, la incertidumbre.⁸

⁷ Véanse los trabajos de Edgar Morin, por ejemplo, su *Introducción al pensamiento complejo*, que ya hemos citado.

⁸ MORIN. *Op. cit.*, p. 32.

Un cambio importante no ha sido solo pasar de lo simple a lo complejo, sino admitir que la misma realidad tiene un carácter diverso y paradójico. Si las ciencias perseguían encontrar el orden y la verdad de las cosas, ahora se entiende que debe contemplarse también la existencia de un principio de caos o desorden. Entrando también en juego lo incierto, por consiguiente, se da por válido lo relativo.

Es pertinente también anotar el papel que en estas transformaciones tuvo la segunda generación de Frankfurt a través de las obras de Jürgen Habermas y Karl Otto Apel, que permitieron que se pusiera énfasis sobre cuestiones como la atención de las ciencias naturales en el dominio y control de la naturaleza, pero a su vez el interés práctico en el establecimiento de una buena comunicación entre estas ciencias y las hermenéuticas-históricas, lo que en buena cuenta apunta a que se busque configurar disciplinas sociales donde se combine la interpretación con la explicación por causas. Otras escuelas surgidas posteriormente, como la de Erlängen y el pensamiento constructivo, han contribuido al abordaje y la discusión de esta problemática, así como también lo hicieron los puntos de vista de Piaget y sus seguidores.⁹ Lo interesante de todo esto no radica solo en las transformaciones ocurridas, sino también en la conciencia acerca de las mismas entre los especialistas, prácticamente en el momento mismo que se producen. La difusión de los avances tiene también importancia, pues se da cada vez con más rapidez, tanto en los espacios académicos como fuera de ellos.

Benjamin y Adorno plantearon, recuperando las ideas implícitas en los teóricos sobre vanguardias, que una de las características centrales de las décadas iniciales del siglo XX era esta percepción aguda del aceleramiento de la historia. Entiéndase por aceleramiento no solo el movimiento, el cambio, la emergencia de lo nuevo y cierta perplejidad frente a esas transformaciones y cómo las

⁹ RODRÍGUEZ. *Op. cit.*, pp. 44-45.

mentes más lúcidas de ese tiempo son capaces de indagar, de construir un discurso y una reflexión crítica respecto del mundo. El aceleramiento implica un periodo de derrumbe, pero a la vez una etapa en la que comienzan a plantearse nuevas perspectivas y horizontes.¹⁰ Quizá la nuestra sea una época en la cual la idea de crisis produce menos resquemor y, en ese sentido, las vanguardias pueden adquirir un gran peso con mayor rapidez, pese a la existencia de una fuerte tendencia al individualismo.

Esta época tiene ambivalencias, pues si de un lado posee un carácter destructivo, la eclosión de un mundo y las crisis de supuestos, leyes, normas y estructuras. Desde otro ángulo, conlleva un carácter constructivo y surge la oportunidad, ya que se percibe como necesario buscar lo nuevo y mirar de manera diferente las cosas. Surgen entonces no solo las preguntas sobre lo evidente, sino que se busca penetrar en las fisuras y contrasentidos, descubrir lo que ha sido vedado, ocultado o ignorado.¹¹ En este contexto, la revisión de presupuestos, fines y metodologías, como la crítica mutua, se viene dando al interior de todas las disciplinas y lo mismo ha sucedido en el campo de la historia. Tal fenómeno no resulta nuevo, siempre se ha producido, pero ahora adquiere centralidad, convirtiéndose en esencial y característico del pensamiento contemporáneo.

La aparición de una toma de conciencia histórica es verdaderamente la revolución más importante de las que hemos experimentado tras la llegada de la época moderna. Su contenido espiritual sobrepasa probablemente aquel que reconocemos en las realizaciones de las ciencias naturales, realizaciones que tan visiblemente han transformado la superficie de nuestro planeta. La conciencia histórica que caracteriza al hombre contemporáneo es un privilegio, quizá incluso una carga que, como tal, no ha sido impuesta a ninguna otra de las generaciones anteriores.¹²

¹⁰ FORSTER. *Op. cit.*, pp. 143-144.

¹¹ *Ibidem*, pp.144-145.

¹² GADAMER. *Op. cit.*, 1993, p. 41.

A finales del siglo XX se destacan nítidamente dos concepciones de la historia, surgidas de la relación del historiador con su objeto de estudio. Una es la llamada *nominalista*, que afirma que el hecho histórico, como cualquier otro hecho científico, se construye y esta construcción se hace desde los intereses del presente del historiador que investiga. Por lo tanto, la historia contiene en sí misma un conjunto de discursos sobre el pasado que no hacen sino poner en evidencia lo que desde su presente los propios historiadores concibieron. De esta manera, el discurso que hoy existe es uno más, no uno privilegiado ni el que impone la verdad sobre los demás. La concepción *realista*, en cambio, considera al pasado como una realidad que el historiador debe restaurar y construir como un saber positivo.¹³

También se reconoce la existencia de una nueva crisis de la disciplina histórica ocasionada por diferentes factores y que dan lugar a reacciones puntuales.¹⁴ Se considera, en primer lugar, un fracaso de las corrientes objetivistas en la historia que produjeron historiografías economicistas, cuantitativistas y estructuralistas frente a las cuales se advierte el progresivo «retorno del sujeto», sea este social (historiografía marxista angloamericana), mental (historiografía francesa de las mentalidades) o tradicional (historiografía que vuelve los ojos a la biografía y a la política). En segundo término, el abandono, también paulatino pero traumático, de la idea de la historia total para más bien desembocar en una fragmentación, cada vez más abundante, de temas, géneros y métodos. Finalmente, la ideología llamada postmoderna, con su severa crítica a la idea tradicional de progreso, influyó en la historiografía de fines del siglo XX.

También tiene que contemplarse que las ciencias humanas y sociales son empujadas a dar el llamado «giro lingüístico». En las líneas más recientes, influidas por la simbiosis de corrientes

¹³ *Ibidem*, pp. 73-74.

¹⁴ BARROS, Carlos. *Op. cit.*, 1995, pp. 98-99.

filosóficas heterogéneas, que reconocen entre sus mentores a Heidegger y a Wittgenstein, el «giro lingüístico» aglutina diversos puntos de vista que aceptan la centralidad del lenguaje en general y de los textos en particular como objetos de reflexión epistemológica. Sus postulados retoman el antiguo debate sobre la correspondencia entre la realidad y el lenguaje y se sostiene que:

- El lenguaje no es un mediador entre la realidad externa y el sujeto cognoscente, sino que construye a ambos y, sin él, ninguno de ellos existe.
- Al reducirse todo a relaciones internas del lenguaje, se rompen los criterios tradicionales de verdad y objetividad.

Señalado por Richard Rorty y a través del llamado postestructuralismo francés con un Derrida o un Foucault, el «giro lingüístico» se instala en las ciencias sociales y humanas. Adquiere interés entre los historiadores a principios de la década de 1980 y solo se convierte en objeto de discusión al final de la siguiente década, advirtiéndose la influencia de la historiografía francesa.¹⁵

En relación con las propuestas historiográficas de la segunda mitad del siglo XX, vale la pena mencionar que la historiografía latinoamericana, en su momento, resultó interesante y produjo alguna discusión el planteamiento de la denominada «teoría de la dependencia», que significó una ruptura del paradigma lineal ascendente al sostener que la dependencia constituye una condición estructural de la inserción de Latinoamérica en el sistema capitalista mundial, frente a la que no cabía sino

¹⁵ LORANDI, Ana María y Guillermo WILDE. «Desafío a la isocronía del péndulo acerca de la teoría y de la práctica de la antropología histórica» En: *Memoria Americana. Cuadernos de etnohistoria*. N° 9. Buenos Aires: Instituto de Ciencias Antropológicas, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, 2000, pp. 37-78, pp. 48-49.

la modificación profunda de las estructuras sociales. Durante la época en la que se manejaron la teoría de la dependencia y el marxismo, otros postulados también fueron considerados como instrumentos teóricos para explicar la realidad: la sociología weberiana, el estructural funcionalismo de Parson y la escuela norteamericana y el estructuralismo de corte marxista que, en su vertiente althusseriana, permeará toda la década de los setenta.¹⁶

Una tendencia interesante que ha tenido presencia poco más de tres décadas ha sido la psichistoria, que alcanzó inicialmente cierta fuerza que no mantuvo, debido a que sus cultores no pudieron satisfacer los cuestionamientos a su método y como consecuencia de las reales posibilidades del empleo de la teoría psicoanalítica al campo de la historia. Su interés radicó, desde un principio, en la fusión de dos disciplinas con el propósito de penetrar con un nuevo enfoque en la dimensión inconsciente de la historia, es decir, concentrándose en la conducta individual humana.

Este género historiográfico se desarrolló principalmente en los Estados Unidos, país donde el psicoanálisis ha tenido una gran penetración debida también a la influencia de especialistas europeos. Supuso introducir la visión de Freud en la práctica histórica partiendo del trabajo del psicoanalista Erik Erikson, quien causó sensación hacia 1950 con un estudio que identificaba los problemas del joven Lutero. Parte del soporte de los trabajos de psichistoria fue la convicción de que el estudio del rol de lo irracional o inconsciente de la conducta humana puede permitir la elaboración de una mejor historiografía. Son algunos de sus representantes: David H. Donald, autor de *Charles Sumner y el ini-*

¹⁶ Ríos M., Norma. «Nuevas tendencias historiográficas». Ciclo de conferencias «Revisión de la historiografía mexicana del siglo XX». Colegio de Michoacán, 19 de julio del 2000 (impresión por computadora), p. 3. <www.colmich.edu.mx>. En relación con el funcionalismo hay que recordar que estuvo precedido por la obra *Scientific Theory of Culture* de Malinowski.

cio de la Guerra Civil (1960); Fawn M. Brodie, *Richard Nixon: la formación de su carácter* (1981); y Peter Gay, autor de *Freud para historiadores* (1985) y quien ha trabajado más lo concerniente a las características y metodología de este género.

Pero las críticas a la psichistoria han sido varias y fueron realizadas por varios autores. Entre ellos se puede mencionar a Jacques Barzun, autor de *Clío entre los doctores: psichistoria, cuantohistoria e historia* (1974). Los cuestionamientos pueden resumirse en los siguientes puntos:

- Para conseguir buenos resultados, se requiere competencia en dos disciplinas diferentes, siendo a su vez cada una de ellas bastante demandantes.
- Se tiende a reducir la historia a biografías individuales, lo que de alguna manera correría el riesgo de volver a la manera historiográfica ya superada de concentrarse en los grandes personajes.
- Existen altas dificultades para realizar algún grado de verificación al proyectarse en demasía en el intento de ingresar a la mente de los actores de los hechos históricos.¹⁷

Otra de las observaciones ha sido que la psichistoria reduce las complejidades de un adulto (o un grupo de adultos) a las relaciones de un infante con sus padres.¹⁸ En todo caso, debe recordarse que el interés por penetrar en la psicología de sus personajes e incluso el de, a través de ellos, entender el comportamiento de las colectividades, ha sido permanente entre los historiadores. Basta mencionar los casos de Plutarco con su *Vidas paralelas*, de Ranke al escribir *Historia de los papas* o Marc Bloch con *Los reyes taumaturgos* y, más recientemente, Michel

¹⁷ GILDERHUS. *Op. cit.*, pp. 121-122.

¹⁸ BURKE. *Op. cit.*, pp. 16-17.

Vovelle, quien aplicó métodos cuantitativos a la historia de la cultura y a la percepción del hombre frente a la muerte. En *Piedad barroca y descristianización en Provenza durante el siglo XVII: las actitudes ante la muerte a partir de las cláusulas de los testamentos*, publicada en 1973, este último autor se preguntaba acerca de la evolución de las prácticas religiosas y los cambios en ellas y también investigó y analizó, por ejemplo, las actitudes culturales vinculadas con la muerte.

Un caso interesante es el de la tendencia que se denominó «etnohistoria», cuya importancia alcanzó a marcar con fuerza a la historiografía andina, por citar un caso que nos atañe directamente. El término parece haber sido inventado en Estados Unidos a principios del siglo XX para denotar, en primer lugar, una táctica, un método de archivo que complementa la arqueología en la investigación científica de cultura prehistóricas. Por «etnohistoria» se entendía el estudio de culturas indígenas descolonizadas sin escritura a través de una lectura de documentos llamados etnohistóricos, es decir, escritos coloniales. En los años 1950, se institucionaliza en Estados Unidos con la creación de la American Society for Ethnohistory y su revista *Ethnohistory*. Entonces fue definida como la historia documentada de la cultura de los pueblos primitivos sin escritura, con énfasis especial en los indios americanos. Ya no se trata solo de rescatar la llamada prehistoria «no escrita», sino que también se busca resolver reclamos indígenas y, como ya se dijo, en la década de 1960 «lo primitivo» es criticado por antropólogos como un concepto etnocéntrico. También se cuestiona el privilegio casi exclusivo del que gozaba la fuente documental, tanto en la construcción del pasado, como la definición misma de la historia.¹⁹

¹⁹ En 1992, Lorandi y del Río identifican etnohistoria con antropología histórica y la caracterizan como una confluencia interdisciplinaria que se ocupa del otro social, desde la perspectiva de la etnicidad y considerando sus transformaciones a través del tiempo. LORANDI y WILDE. *Op. cit.*, pp. 40-41.

Por eso en los años setenta, algunos historiadores angloamericanos respondieron a las críticas de etnocentrismo que les hicieron algunos etnohistoriadores, a la vez que se escriben revisiones autocríticas de la historiografía eurocentrista sobre el periodo colonial americano y se busca asignar un papel importante a las poblaciones indígenas, antes sublimadas por la historiografía tradicional. Es en este momento que se intenta redefinir la etnohistoria como la historia de las múltiples y cambiantes fronteras entre culturas diferentes. También se enfatizó que el método etnohistórico era principalmente de archivo, es decir, sobre documentación escrita,²⁰ pero en contacto con la antropología y la etnología se utilizan diversas fuentes como la tradición oral y se toman prestados métodos para su análisis y el manejo de la mitología.

2. Los cambios y las características de la historiografía actual

A fines de la década de 1960 se produjo, al interior del movimiento de los *Annales*, una renovación más y que ocasionó el advenimiento de la entonces llamada «historia problema». Además, en aquella época, la historia comenzará a ser entendida como una construcción cultural que, por lo tanto, resultaba sometida a un relativismo cultural. Asimismo, la influencia de Foucault llevará a la eliminación de la distinción tradicional entre lo central y lo periférico en la historia y, pese a que ello ha sido considerado por algunos como un defecto, hay que reconocer que resultó positiva la ampliación del horizonte de la disciplina histórica con su consiguiente apertura a gran variedad

²⁰ THURNER, Marc. «Después de la etnohistoria: desencuentros y encuentros entre discursos antropológicos e históricos». *Actas del IV Congreso Internacional de Etnohistoria*. Tomo II. Lima: Fondo Editorial Pontificia Universidad Católica del Perú, 1998, pp. 459-488, pp. 459-461.

de temas. También las fuentes han seguido ampliándose desde entonces, sobre todo en lo que concierne a su variedad, debido a que los documentos tradicionales han sido complementados o sustituidos por una diversidad de pruebas visuales, orales o estadísticas.

Si en las primeras décadas del siglo XX las críticas al historicismo se orientaron contra la exagerada valoración del contexto histórico en el último tercio de dicha centuria, hasta ahora se admite que la expresión de las ideas y las modalidades del comportamiento humano solo pueden ser entendidas en un contexto social. Sin embargo, también se entiende que las características de una época no dependen de un gran pensador ni de una obra, sino de un clima de opinión que marca los límites de su pensamiento. La diferencia entre la postura historicista y la postmoderna frente al relativismo cultural radica en que la primera apuntaba a la captación de «la verdad única», basada en la aprehensión de hechos únicos explicables, por lo tanto, solo en sus propios y también únicos contextos mientras que, en el caso de la segunda, se plantea la negación de una verdad única, puesto que existen verdades relativas a diversos contextos culturales y también a diferentes perspectivas. Tiene que ver con todo esto la denominada revolución cultural de 1968, entendida como un movimiento generalizado que puso en cuestión y buscó cambiar, de manera particular, la lógica del funcionamiento y el modo mismo de expresión de las formas dominantes de la cultura entonces vigente, una impugnación radical de la cultura antidemocrática, autoritaria y jerárquica aparejada a una crítica demoledora de la cultura consumista del capitalismo, lo mismo que a la cultura oficial, ya por entonces considerada anquilosada, del mundo socialista.²¹

²¹ C.fr. de AGUIRRE ROJAS, Carlos. *Pensamiento historiográfico e historiografía del siglo XX*. Rosario: Prohistoria & Manuel Suárez editor, 2000, pp. 29-31.

Otro asunto a tomar en cuenta es que el marxismo toma ahora a Marx como punto de partida y no de llegada. La historia marxista, en sus versiones más fructíferas, utiliza los métodos de Marx más que comentar sus textos y hoy la historia marxista es plural. En efecto, en esta época en la que se considera a la ciencia como un diálogo entre distintos puntos de vista basados en un método común, la historia marxista no aparece aislada del resto del pensamiento y de la investigación histórica, dado que, por una parte, los marxistas ya no rechazan los escritos de historiadores que no pretenden ser marxistas o que se declaran antimarxistas y, de otro lado, el marxismo ha transformado la corriente fundamental de la historia a tal grado que a menudo resulta imposible decir si un trabajo está escrito por un marxista o no marxista.²²

También debe tomarse en consideración que —conforme lo dice Burke— el entusiasmo que produjo la historia estructural estuvo a punto de echar por la borda a toda historia de acontecimientos y, de manera similar, el descubrimiento de la historia social fue asociado algunas veces con el desprecio por la historia política. La microhistoria y la historia de la vida cotidiana fueron reacciones frente al estudio de los grandes acontecimientos sociales, es decir, de una sociedad sin rostro humano preciso. Y lo cierto es que, al principio, nuevos campos como los de la historia de la mujer o la historia de la cultura popular fueron tratados muchas veces como si ellos fueran independientes o estuvieran opuestos a la historia de la cultura o a la historia del hombre. El autor citado añade que ahora es posible advertir una respuesta contra estas reacciones y una búsqueda del centro. Así por ejemplo, se ha ido incrementando el número de los historiadores que, interesados en la cultura popular, describen y analizan las cambiantes relaciones entre los sectores altos y

²² HOBBSAWM. *Op. cit.*, pp. 88-89.

bajos, la intersección de la cultura popular con aquella de la gente educada. De la misma manera, historiadores de la mujer han ampliado sus perspectivas al incluir relaciones de género en general y la construcción histórica de la masculinidad tanto como de la femineidad. De otro lado, la tradicional oposición entre eventos y estructuras comienza a ser reemplazada por el estudio de sus interrelaciones, mientras que varios historiadores están experimentando el uso de formas narrativas de análisis o analíticas formas de narrativa. Asimismo, la oposición establecida entre historia política y no política se está disolviendo para advertir los aspectos sociales en la política y los elementos políticos en la sociedad.

Otra cuestión digna de mencionar es que existe variedad de géneros históricos y se ha llegado a una revaloración de la narrativa, pero esas resultan cuestiones más bien formales, detrás de las cuales, como acabamos de indicar, están presentes asuntos de fondo de carácter filosófico, hermenéutico y epistemológico.

Podemos afirmar que existe hoy una enorme diversidad de formas de hacer historia en lo que atañe a aspectos tales como la manipulación concreta de la dimensión temporal donde se sitúan los fenómenos estudiados; el manejo específico de las categorías de verdad y objetividad; la utilización de diversas escalas de observación de los hechos investigados; el problema de la relación teórico-metodológica entre acción individual y estructuras sociales; y las técnicas de exposición, con el relato en el centro de la discusión, en suma.²³

Como bien sabemos, el estudio de las bases materiales de la existencia, la importancia de la historia cuantitativa o serial y la demografía histórica han estado unidos al análisis e identificación de las estructuras que subyacen bajo los fenómenos de la superficie. También es preciso recordar que el rescate de la vida cotidiana para la historia ha estado basado en el interés

⁹¹ VIDAL JIMÉNEZ. *Op. cit.*, p. 2.

por la historia «desde abajo», lo que quiere decir que se atiende a la cultura popular y la participación del hombre común en el cambio social. El estudio de lo político se orienta entonces hacia la temática del poder y de sus centros de gobierno, lo mismo que se interesa por el análisis de la historia política del hombre común. A todo ello se suma el interés creciente por hacer una ecohistoria o historia del medio ambiente, pues se trata de hacer una historia en contacto estrecho con otros saberes cuya temática permita que la vinculación sea abierta.

Estas características de la historiografía actual no se pueden desentender de los nuevos enfoques acerca de la cultura que ahora será estudiada a partir de la distinción de sus diferentes niveles: de elite, popular, etc., cada uno con sus características propias. Y, finalmente, se advierte la disminución de la importancia del eje cronológico, ya que la atención se centra en las distintas maneras de delimitar los problemas que plantea un periodo. De la misma manera, la exigencia de rígidos cortes espaciales y temporales para realizar la investigación histórica y la urgencia de esclarecer una terminología nueva y abundante, pero que se pretendía constituyese un léxico casi universal muy bien definido, que fueron preocupaciones muy fuertes entre los sesenta y ochenta, dejaban de tener al finalizar el siglo XX la misma importancia.

Como se adelantó en los párrafos precedentes, un papel importante en el debate historiográfico de los últimos tiempos le ha correspondido a Michel Foucault. Habiendo sido discípulo de Althusser, perteneció a una generación que cuestionó el existencialismo sartreano y revalorizó a Hegel redescubriendo a Nietzsche y a Heidegger. Ha sido identificado como integrante de un importante grupo de intelectuales franceses estructuralistas, junto con el psicoanalista Jaques Lacan, el crítico literario Roland Barthes y el antropólogo Claude Lévi-Strauss, a todos los cuales se denominó «la banda de los cuatro».²⁴ Al igual que

²⁴ *Ibidem*, p. 208.

en la corriente de los *Annales*, podemos advertir en este grupo la importancia del contacto multidisciplinario en lo que concierne a la formulación de ideas que marcarán tendencias diferentes en la historiografía. Por consiguiente, hay en los planteamientos de Foucault simpatía por la corriente estructural y también por la historia serial, lo que se deja ver en su *Arqueología del saber*.

En efecto, aplicando un análisis basado en una visión en cierto modo estructuralista a la vez que estratigráfica, este autor intentó seguir lo hablado y lo escrito en sus cambios, transformaciones y cortes.²⁵ También critica a la historiografía «tradicional», ya que rechaza al historiador que busca:

- establecer vínculos entre acontecimientos dispares;
- las conexiones necesarias entre los hechos;
- la forma de determinar las continuidades y la significación del conjunto que está en proceso de integrar;
- definir en qué consiste esa totalidad; y
- reconstruir los encadenamientos de hechos.

Pero estas críticas no equivalen a una visión inmóvil de la historia, sino que significan la búsqueda de las discontinuidades. *La arqueología del saber* contiene un planteamiento teórico-metodológico para alcanzar una «visión desestructurada» de la historia y romper su aparente simplicidad.²⁶ Es necesario llamar la atención sobre el hecho de que con Foucault se habla de nuevo de historiografía tradicional. Se debe recordar que tanto el marxismo como los *Annales* provocaron grandes cambios historiográficos basándose también en una recusación de la historiografía tradicional. Foucault esta vez incluirá a la historiografía de los *Annales* en sus críticas, considerándola así como tradicional.

²⁵ Además de la *Arqueología del saber* y otros libros, Foucault ha escrito *Las palabras y las cosas*. Barcelona: Planeta, 1984.

²⁶ *Ibidem*, pp. 210-212.

La propuesta principal de este autor se orienta a completar el estudio de las continuidades homogéneas (estructuras) con el de las rupturas y se ocupa de las relaciones entre sistema y acontecimiento (estructura y cambio). A finales de los sesenta, Foucault toma distancia respecto del estructuralismo, pero a la vez asume que los historiadores no han logrado deshacerse de los hechos y por esa causa propone estudiar los acontecimientos singulares que dan razón de las rupturas y discontinuidades, dejando en un segundo plano a los hechos que expresan las continuidades dentro de las estructuras. Ello supuso una forma de recuperar el valor otorgado a lo singular que había sido propio del historicismo positivista y que fue duramente criticado por las corrientes historiográficas renovadoras de la primera mitad del siglo XX. Obviamente, la novedad estará ahora en el sentido adquirido por las singularidades que no significa pensar en que, a través de ellas, se pueda alcanzar una verdad objetiva y única.

Foucault considera que cada periodo se caracteriza por una *episteme* a partir de la cual se construye un cuerpo de conocimientos. Sus apreciaciones acerca de los cambios o las transformaciones en las ciencias señalan que no surgen de la acumulación de esos conocimientos, sino que son provocados por repentinos cortes epistemológicos que marcan el final de cada periodo. En consecuencia, la historia de la ciencia no avanza por la vía de la continuidad, sino por la de las rupturas. En el campo historiográfico —añade—, sucede algo similar pues «la discontinuidad es producida por una operación deliberada del historiador; él provoca la discontinuidad cuando, en el proceso de escribir su texto, se ocupa de aislar los niveles de análisis que le interesa destacar. La intención manifiesta de Foucault es procurar liberar a la historia de las cuestiones que antes se planteaba la filosofía de la historia: la preocupación por las causas primeras y los fines últimos, la búsqueda para dar un sentido a la tradición».²⁷

²⁷ *Ibidem*, pp. 214 y ss.

Sobre este último tópico, hay que tomar en cuenta la perspectiva de Gadamer y su manera de resolver la oposición entre tradición y razón. Este filósofo considera que la noción de tradición alcanza también a la idea de juicio previo surgido de ella, es decir, de la experiencia histórica y, por consiguiente, no tiene por qué suponerse la existencia de una oposición incondicional e irreductible entre tradición y razón.

La tradición es esencialmente conservación, y como tal nunca deja de estar presente en los cambios históricos. Sin embargo, la conservación es un acto de la razón, aunque caracterizado por el hecho de no atraer la atención sobre sí. Esta es la razón de que sean las innovaciones, los nuevos planes, lo que aparece como única acción y resultado de la razón. Pero esto es solo aparente. Incluso cuando la vida sufre sus transformaciones más tumultuosas, como ocurre en los tiempos revolucionarios, en medio del aparente cambio de todas las cosas se conserva mucho más legado antiguo de lo que nadie creería, integrándose con lo nuevo en una nueva forma de validez. En todo caso la conservación representa una conducta tal libre como la transformación y la innovación.²⁸

De esta manera vemos cómo, en nuestra época, la racionalidad moderna que heredamos, desde por lo menos el siglo XVIII, adquiere matices nuevos. La idea de novedad que subyace en la noción de «lo moderno» se entiende, entonces, armónicamente relacionada con «lo tradicional», lo que en términos de la historia confirma las propuestas, esbozadas desde la tercera década de la vigésima centuria, acerca de la intensa relación entre pasado y presente, pero ahora abriendo el vínculo hacia las expectativas u horizontes de futuro.

Otro autor que ha gravitado con fuerza en el debate historiográfico ha sido Francis Fukuyama quien, en *El fin de la historia y el último hombre*, que apareció en su versión en español en 1992, revisa y amplía la pregunta y la respuesta controversiales que formulara, en 1989, en el artículo «The End of History?».

²⁸ GADAMER. *Op. cit.*, 1991, pp. 349-350.

En realidad, ambos textos tienen su origen en una invitación que, para dar una conferencia, le fuera cursada desde el Centro John Olin para la Investigación de la Teoría y la Práctica de la Democracia, de la Universidad de Chicago. El propio Fukuyama explicará de la siguiente manera su propuesta contenida en el ensayo de 1989:²⁹

En él argumentaba que un notable consenso respecto a la legitimidad de la democracia liberal como sistema de gobierno había surgido en el mundo, durante los años anteriores, al ir venciendo las ideologías rivales, como la monarquía hereditaria, el fascismo y, más recientemente, el comunismo. Más que esto, sin embargo, argüía que la democracia liberal podía constituir 'el punto final de gobierno', y que como tal marcaría 'el fin de la historia'. Es decir, que mientras las anteriores formas de gobierno se caracterizaron por graves defectos e irracionalidades que condujeron a su posible colapso, la democracia liberal estaba libre de estas contradicciones fundamentales.³⁰

El artículo provocó numerosos comentarios y discusiones en Estados Unidos y luego en Inglaterra, Francia, Italia, la Unión Soviética, Brasil, Sudáfrica, Japón y Corea del Sur. El autor respondió los cuestionamientos con el artículo «Respuesta a mis críticos» (1989-1990),³¹ renovando sus aclaraciones en el ya citado libro de 1992:

Muchos quedaron confundidos, ante todo, por mi utilización de la palabra 'historia'. Entendiendo la historia en el sentido convencional de sucesión de acontecimientos, hubo quienes señalaron la caída del muro de Berlín, la represión de los comunistas chinos en la Plaza de Tiananmen y la invasión iraquí de Kuwait como pruebas de que la 'historia continúa' y consideraron que esto demostraba *ipso facto* mi equivocación.

²⁹ Publicado en la revista *The National Interest*, n.º 16, verano de 1989, pp. 3-18.

³⁰ FUKUYAMA, Francis. *El fin de la historia y el último hombre*. Barcelona: Planeta, 1992, p. 11.

³¹ Publicado en la misma revista donde apareció el primero, es decir, en *The National Interest*, n.º 18, invierno de 1989-1990, pp. 21-28.

Pero lo que yo sugería que había llegado a su fin no era la sucesión de acontecimientos, incluso de grandes y graves acontecimientos, sino la 'historia', es decir, la historia entendida —tomando en consideración la experiencia de todos los pueblos en todos los tiempos— como un proceso único, evolutivo, coherente.

En el libro *El fin de la historia*, Fukuyama desarrolla y modifica su planteamiento inicial señalando que existirían dos fuerzas que marcan el ritmo de la historia de la humanidad. Una recibe la denominación de «la lógica de la ciencia moderna» mientras que la otra es llamada «la lucha por el reconocimiento». La acción de la primera lleva a los seres humanos hacia un horizonte cada vez más amplio de deseos y la segunda se constituye en el motor mismo de la historia. Dicho de otra manera, el proceso histórico reposa sobre dos columnas: el deseo racional y el reconocimiento racional.

Añade que si el último estadio del proceso histórico fuera el de la creación de democracias capitalistas liberales en sociedades socialmente diversas, quedarían satisfechos los deseos de reconocimiento (y dominación) conformándose sociedades estables. Fukuyama cuestiona ahora ese supuesto fin de la historia postulando la ampliación permanente de aquel horizonte de expectativas o deseos «las inmensas guerras del espíritu» gracias a la existencia de reservas de idealismo en los hombres, debido al aburrimiento en medio de la paz y la prosperidad, la búsqueda permanente de la demostración de la propia libertad, el imperio del relativismo y también porque ningún régimen, ningún sistema «socioeconómico» puede satisfacer a todos en todas partes.

Bajo todas estas influencias, las corrientes historiográficas dominantes en el corto siglo XX (1914-1989) fueron promovidas por las tres generaciones de *Annales* y suscitadas por las diferentes acepciones del marxismo. Otras corrientes historiográficas, como las de origen estructuralista, las nacientes de la historia económica y otras un tanto originales, como la micro-

historia italiana y la historia contrafactual norteamericana, aunque con menos adeptos, fueron reconocidas como corrientes de relativa importancia³² pero, en la mayoría de los casos, más que corrientes o tendencias podrían considerarse como géneros historiográficos.

3. Nuevos temas y tendencias

Como sabemos, se percibe hacia 1989 la valoración del papel de las «nuevas historias», que habían surgido en los setenta. Dicho fenómeno no careció de ciertas dosis de orientación e interés político y buscó relacionar aquellas perspectivas y propuestas con el panorama político internacional de la época. En efecto, los historiadores acusaban, de alguna manera, la sorpresa que causaba en aquellos momentos la caída de la Unión Soviética y de su poderío mundial, asociada a la llamada ruptura o caída de las ideologías, el surgimiento del llamado neoliberalismo, etc.³³ En términos más estrictamente especializados, los historiadores tuvieron que reaccionar frente al impacto que produjo la propuesta de Fukuyama sobre «el fin de la historia», lo que de inmediato dio inicio a una gran discusión que les permitió desarrollar una autorreflexión.

En suma, después de haber hecho esta somera revisión de la historiografía contemporánea, no nos será difícil percibir que las tendencias recientes son numerosas y diversas, pues van desde la historia de las mentalidades, la historia intelectual y el

³² CARIÑO, Micheline. «La frontera del debate de la historia, en los albores del nuevo milenio». Artículo difundido por correo electrónico por la lista de interés h-debate@cesga.es en noviembre del 2001, p. 2.

³³ También hay que anotar que la actual diversidad de la historia social que se escribe en los Estados Unidos se remonta a los años sesenta y también los acontecimientos vividos en la Francia del 68 impactaron en su historiografía desde los setenta hasta los noventa.

giro lingüístico a la «microhistoria», pasando por la historia de la familia, la sociología y la antropología históricas junto a la historia y psicología o la biografía. Los problemas teóricos más abordados fueron el futuro de los *Annales* y el significado del *tournant critique*, el papel del marxismo y el desarrollo de la historiografía de ese corte, la influencia del postmodernismo en la historiografía y el problema de si existe o no una crisis de la historia. Obviamente, a partir de aquí se impone la necesidad de pensar y llevar a cabo la construcción de esta novísima historia.

Sonia Corcuera, a quien seguimos en este punto, recuerda, entre otras cosas, que los cambios en la epistemología de la historia en el último tercio del siglo XX han guardado relación con las críticas a las concepciones mecanicistas del principio de causalidad, a la filosofía analítica y a la «ilusión cientificista». También se rechazó el otro extremo, es decir, aquellas posturas que pretendían convertir a la historia en un tipo de relato ficcional a partir de las propuestas presentadas por Hayden White.³⁴

En efecto, las apelaciones al «narrativismo» y a las tradiciones hermenéuticas fueron recurrentes y los autores más ensalzados resultaron ser Paul Ricoeur, Michel de Certeau, Henri I. Marrou, y Hans G. Gadamer. Se ha producido, sin embargo, una revaloración de la retórica, lo mismo que una exigencia no solo a la historia, sino a las ciencias humanas para analizar el discurso; es decir, establecer una relación crítica con el lenguaje. Se trata

³⁴ De cualquier manera, parece que en ocasiones se ha ido más allá de la propia propuesta de White de forma exagerada si recordamos lo expresado por el propio autor de *Metahistoria* acerca del propósito de esta obra: «Mi propio análisis de la estructura profunda de la imaginación histórica de la Europa del siglo XIX intenta aportar un punto de vista nuevo sobre el actual debate acerca de la naturaleza y la función del conocimiento histórico». Su preocupación es tratar de identificar los componentes estructurales de esos relatos y la pregunta que White se formula es ¿cuáles son los elementos «artísticos» de una historiografía «realista»? WHITE, Hayden. Primera edición en español. *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*. México: Fondo de Cultura Económica, 1992, pp. 13-14.

de plantear expresamente y sistemáticamente el problema del estatuto de un discurso que toma de una herencia los recursos necesarios para la deconstrucción de esa herencia misma.³⁵

Volviendo a considerar los planteamientos de Gadamer, una nueva percepción de lo histórico lleva a señalar que el verdadero objeto de la historia es una relación en la que la realidad de la historia persiste igual que la realidad del comprender histórico, siendo el lenguaje el medio universal en el que se realiza la comprensión misma. Y la forma de realización de la comprensión es la interpretación puesto que

Pensar históricamente quiere decir en realidad realizar la transformación que les acontece a los conceptos del pasado cuando intentamos pensar en ellos. Pensar históricamente entraña en consecuencia siempre una mediación entre dichos conceptos y el propio pensar.³⁶

Ricouer considera que lo que distingue a los acontecimientos históricos de los naturales es su estructura narrativa, la cual, a la vez, se caracteriza por su «referencialidad secundaria», es decir, una estructura de temporalidad o entramado mediante el cual una serie de acontecimientos dispersos se captan de manera conjunta para representar simbólicamente la experiencia del tiempo. Si al novelista le es dado inventar los hechos, al historiador, en cambio, le cabe hallarlos; pues conocemos esos hechos y esas vidas individuales y colectivas gracias a las reconstrucciones hechas por otros historiadores. De cualquier manera, el trabajo de análisis, lo mismo que la exposición que hace el historiador, se logra por medio de la expresión verbal y, de esta forma, la historia comparte con la literatura su referente último, que es la estructura de temporalidad, ya que ambas producen relatos dotados de trama. Para Paul Ricouer, la narra-

³⁵ DERRIDA. *Op. cit.*, p. 388.

³⁶ GADAMER. *Op. cit.*, 1991, pp. 370, 467 y 476-477.

ción es significativa en tanto que describe los rasgos de la experiencia temporal. En todo relato (histórico o de ficción), los personajes, episodios y diversidad temporal adquieren unidad de sentido al ser superados los elementos dispares y heterogéneos mediante la integración sintética en la trama narrativa.³⁷

También tiene que volver a mencionarse la influencia de Hyden White, cuyos postulados han sido resumidos por Corcuera de la siguiente manera:

- Desde el punto de vista de la escritura, la historia y la ficción pertenecen al mismo tipo de discurso, ya que utilizan una estructura narrativa.
- La escritura de la historia no es algo exterior a la concepción y a la composición de la historia misma. Escribir la historia no es una operación secundaria, sino más bien esencial: la manera de escribir la historia equivale a la forma de comprenderla.
- Es necesario replantearse la frontera establecida por los filósofos para distinguir entre historia y filosofía de la historia. Toda gran obra histórica muestra una visión de conjunto del mundo histórico y las filosofías de la historia recurren a los mismos medios de articulación que las grandes obras históricas.³⁸

Aunque no puede dejar de considerarse que la postura de White acusa un relativismo historiográfico, son su búsqueda de la ideología y la experiencia vital del historiador que subyace en todo trabajo histórico lo que, entre otras cosas, se desprende de sus planteamientos y lo hacen extremadamente sugerente.³⁹

³⁷ CORCUERA DE MANCERA. *Op. cit.*, pp. 341-348.

³⁸ *Ibidem*, pp. 351-352.

³⁹ Al proponer White una teoría formal de la obra histórica, considera a esta última como lo que más visiblemente es: una estructura verbal en forma de discurso en prosa

En este sentido, debe señalarse que parte del valor de su aporte está dado, como en el caso de Ricouer, en haber facilitado en mucho que la historiografía actual terminara de desembarazarse de lo que le quedaba del lastre de que la subjetividad que acompaña a su trabajo constituía un defecto que le resultaba característico y que la convertía en un tipo «especial» de saber, es decir, con un rigor menor que el de otros.

En conclusión, y en vista del panorama anteriormente descrito, las grandes líneas o características de la historiografía actual podrían resumirse en lo siguiente:

- Análisis y cuestionamiento de los paradigmas historiográficos del siglo XX.
- Retorno de algunos géneros tradicionales desde un renovado enfoque.
- Surgimiento de consensos que cimentarán la estructura y el sentido de la historia del presente siglo.⁴⁰

Como se puede apreciar, en la última década han surgido nuevas inquietudes. En ciertos círculos académicos se propone una historia orientada a cumplir el compromiso social del historiador a partir de una perspectiva global. La valoración crítica de ciertos aspectos de las «nuevas historias» y el rechazo a la posibilidad del retorno de una historiografía positivista, sobre todo en aquellos casos en los que se la asocia, no necesariamente de manera acertada, con un retorno de la narrativa. Se opina

narrativa, puesto que las historias, lo mismo que las filosofías de la historia, combinan datos, conceptos teóricos para explicar dichos datos y una estructura narrativa para presentarlos como la representación de conjuntos de acontecimientos que supuestamente ocurrieron en tiempos pasados. Sostiene, además, que tienen un contenido estructural profundo que es, en general, de naturaleza poética y lingüística, de manera específica, y que sirve como paradigma precriticamente aceptado de lo que debe ser una interpretación de especie histórica. Este paradigma funciona como elemento metahistórico. White. *Op. cit.*, p. 9.

⁴⁰ CARIÑO. *Op. cit.*, pp. 2 y ss.

también a favor de una historia global basada, precisamente, en la crítica del sentido «presentista» que parece ser el rasgo más importante de las doctrinas y justificaciones de la globalización.⁴¹

De otro lado, es posible advertir que mucha de la historiografía de la última década ha venido marcada por una actitud más reflexiva, tendencia que ha adquirido un carácter internacional. Un ejemplo claro es el titulado *Manifiesto historiográfico del 2001* del que nos ocuparemos en el siguiente capítulo.

4. Algo más sobre los nuevos temas

Si bien ya los hemos ido mencionando, vale la pena volver a considerar algunos tópicos que reflejan los nuevos intereses de la historiografía occidental. Empecemos con la historia relacionada con el medio ambiente, enfocada de una manera un tanto distinta a la relación que, décadas atrás, establecieron algunos analistas como Braudel cuando se asignó a lo geográfico una estructura de larga duración.

La ecohistoria o la historia medioambiental puede entenderse, por ejemplo, si tomamos en cuenta los casos de W. Cronon, quien escribió *Changes in the Land* (1983), considerado una dinámica ecohistórica y un fino estudio de la Nueva Inglaterra colonial. Se concentraba en los efectos de la llegada de los europeos sobre las comunidades, los animales y las plantas de la región, dando cuenta de la desaparición de especies nativas cuanto del incremento de los rebaños de animales procedentes de Europa. En una escala diferente, Alfred W. Crosby, en *Eco-*

⁴¹ Se habla de una irrupción del presente en la historia lo que ha significado una ruptura de la rígida división entre presente y pasado que dominaba anteriormente. Se trata de la instalación de la actualidad dentro de los objetos y temas pertinentes y habituales de estudio de la historia. C.fr. AGUIRRE ROJAS, Carlos. *Op. cit.*, 2000, p. 35.

logical Imperialism (Cambridge:1986), discutió la «expansión biológica europea» entre el 900 y 1900, buscando esclarecer las condiciones que permitieron los asentamientos de neoeuropeos desde Nueva Inglaterra a Nueva Zelanda.⁴²

Se puede observar que ya no se trata solamente de un espacio geográfico convertido en un sujeto de la historia, en cuyo seno se desarrollan y articulan la historia política, social, institucional y económica, sino que también ese espacio se contempla en su particularidad y, por ende, se considera plenamente articulado a los acontecimientos y a la vida social en general. Lo acontecido será analizado desde la perspectiva de la dinámica medio ambiental y es así como se abordan asuntos relacionados con los fenómenos y el manejo de recursos naturales.

La historia de la corporalidad es otro de los temas más novedosos y todavía no desarrollado ampliamente. Son estudios sugerentes, aunque sujetos a la posibilidad de que se termine aplicando un criterio «biologista» a la comprensión de lo histórico. Obviamente, todo depende de la manera como se trate, es interesante que pueda establecerse distintos tipos de relación. Por eso resulta difícil de clasificar dentro de géneros historiográficos más amplios, pues la historia de la corporalidad podría ser incluida en la historia cultural de las mentalidades como también ha estado asociada, de alguna manera, a la historiografía de género, pero también del arte. Dentro de la perspectiva postmoderna,

[...]el cuerpo, un asunto tan obvio como para ser supinamente ignorado durante siglos, ha desarreglado los bordes de un discurso racionalista y anémico y está actualmente en *route* de convertirse en el mayor fetiche de todos.⁴³

⁴² BURKE. *Op. cit.*, p. 9.

⁴³ EAGLETON. *Op. cit.*, p. 50.

De hecho, se ha producido una ruptura de la visión tradicional acerca del cuerpo y su historiografía. Es más, la desmitificación de esa visión está todavía ocurriendo, lo que es más fácil advertir en la última generación. Como lo señala Porter, el contexto está dado por la revolución sexual, la general permisividad, el capitalismo consumista, las críticas provenientes de la contracultura de los sesenta y el feminismo de los setenta. La revolución cultural ha reorientado la atención de los investigadores de los temas o subespecialidades idealistas (como historia de las ideas) a la exploración de la cultura material, una de cuyas ramas es la historia del cuerpo.

Porter, a quien seguiremos en esta materia, considera que, gracias a su materialismo intrínseco, el marxismo le proveyó de una jugosa matriz y que trabajos que siguieron esa tradición se constituyeron en modelos influyentes para ver al cuerpo como un foco de resistencia popular y criticismo frente al pensamiento oficial. Tal fue el caso de la obra de Mijail Bajtin *Rabelais and his World*.⁴⁴ La Escuela de los *Annales*, con su ambición de construir una historia total y su simpatía por el proyecto de una historia científica conectada biológicamente, se orientó a investigar en toda su dimensión el interior de la vida material «desde la cuna hasta la tumba». Asimismo, la antropología cultural, tanto en lo teórico como en lo práctico, brindó a los historiadores el lenguaje para discutir el pensamiento simbólico acerca del cuerpo, en particular contextualizándolo dentro de los sistemas de intercambio social. De manera similar, la sociología en general y la sociología médica, sobre todo, han dado aliento a los historiadores para tratar al cuerpo como la intersección entre individuo y sociedad.⁴⁵

⁴⁴ Véase BAJTIN, Mijail. *La cultura popular en la edad media y en el renacimiento. El contexto de Francois Rabelais*. Traductores Julio Forcat y César Conroy. Madrid: Alianza Editorial, 1990.

⁴⁵ PORTER, Roy. «History of the body». En Peter Burke (ed.). *Op. cit.*, 1998, pp. 206-227.

En cuanto a los cambios relacionados con el cultivo de la historia económica, podemos decir que su renovación tiene que ver con la discusión acerca de su deber ser. Por ejemplo, están las observaciones de un especialista en esta rama como Ruggiero Romano, quien dijo que el estudio de las estructuras económicas (de producción, de distribución, de relación) constituye un presupuesto, pero de ninguna manera debe ser un fin en sí mismo. Efectivamente, es un presupuesto para la observación de los aspectos económicos de las estructuras sociales, políticas, religiosas, jurídicas y culturales pues, se quiera o no, hay una imbricación entre ellos y la economía. El error de cierta historiografía —agrega Romano— (en particular la marxista, aunque no exclusivamente) ha sido creer en una especie de preponderancia de la estructura económica. Es cierto que la historia económica es un género historiográfico muy sólido desde el comienzo del siglo XX, pero de hecho se advierte en él un cambio significativo en cuanto a que no resulta ya el centro de una historia social ni se pretende ahora que el análisis de los asuntos económicos del pasado queden encerrados en una cuantificación que no contemple con el mismo énfasis otros aspectos que, no siendo exclusivamente económicos, están ligados a dicha actividad.

También ha surgido la orientación de la llamada «historia desde abajo», la más clara recusación todavía necesaria a la historiografía centrada en los temas vistos desde la perspectiva de las elites o del poder. Supone no solo tomar como objeto de estudio al hombre común, la vida cotidiana o la mentalidad colectiva, aristas de un conjunto que antes se llamaría historia social. Está claro que la historia desde abajo no es sin más equivalente a la historia social de varias décadas atrás. Gran número de los trabajos de dicha historia social tenía que ver con la vida institucional o los grandes movimientos sociales, tiñendo de política ese fondo social que, en su momento, constituyó una suerte de novedad historiográfica.

La necesidad de una nueva perspectiva alternativa a la historia pensada a partir de «los grandes» realmente no se concretó sino hacia 1966, cuando Edward Thompson publicó un artículo sobre «la historia desde abajo»,⁴⁶ que hizo conocido dicho concepto entre los historiadores. Sin embargo, en los últimos veinte años del siglo XX, dicha noción se ha relacionado con la perspectiva ofrecida por la publicación de las *Cartas* de William Wheeler⁴⁷ y alcanzó éxito entre aquellos historiadores ansiosos por ampliar las fronteras de su disciplina, por abrirse a nuevas áreas de investigación y, sobre todo, por explorar las experiencias históricas de aquellos hombres y mujeres cuya existencia había sido ignorada.

Thompson abogó no solo por lograr la reconstrucción de la experiencia de la gente común en el pasado, sino también por ir tan lejos como le sea posible al historiador en la comprensión de aquellas experiencias a partir de las propias. Edward Thompson, Carlo Ginzburg, Emmanuel Le Roy Ladurie y el resto, desde diferentes puntos de partida y con diferentes objetivos históricos a la vista, han venido demostrando, al investigar la historia desde abajo, cómo la imaginación puede interactuar con la investigación para formar nuestra visión acerca del pasado, dado que la imaginación histórica puede aplicarse no solo a la conformación de una nueva conceptualización del sujeto materia de la historia, formular nuevas preguntas a los documentos y, por consiguiente, hacer cosas nuevas con ellos.⁴⁸

Otro es el caso de una historiografía acerca de las mujeres. Esta se ha constituido en un campo específico, principalmente, en los últimos veinte años del siglo XX. La conexión entre historia de las mujeres y política es obvia y compleja. Su punto de

⁴⁶ THOMSON, Edward P. «History from Below». *The Times Literary Supplement*, 7 de abril de 1966, pp. 279-280.

⁴⁷ *The Letters of Private Wheeler 1809-1828*. Londres: B. H. Lidell Hart, 1951.

⁴⁸ SHARPE, Jim. «History from Below». En Peter Burke (ed.). *Op. cit.*, 1998, pp. 24-41, pp. 25 y 36.

partida fueron las protestas feministas que, hacia 1960, denunciaron una actitud misógina y demandaron una historia que las proveyera de pruebas de las obras de las mujeres y explicaciones acerca de su opresión, a la vez que se constituyera en una inspiración para la acción.

Propuesto el tema y la perspectiva, las respuestas no se hicieron esperar demasiado y dieron lugar a numerosos trabajos que han venido mostrando un desarrollo interesante de este tipo de historiografía, con direcciones y propósitos diversos. Así, al presentar su colección *Historia de las mujeres*, Michele Perrot y Georges Duby partían de la comprobación de que la relación entre los sexos deja su impronta en las fuentes de la historia y condiciona una densidad desigual. Asimismo, a lo largo de la historia, a las mujeres se las representa antes de describirlas o hablar de ellas y mucho antes de que ellas mismas hablen. Afir-maban que estudiar la historia de las mujeres supone enfrentar un problema muy específico referido a las fuentes, puesto que en el teatro de la memoria, las mujeres son sombras ligeras que apenas enturbian las radiaciones de los archivos públicos y que han zozobrado con la destrucción tan generalizada de los archivos privados. Sin embargo, resaltaron que las feministas han intentado, a partir del siglo XIX, constituir colecciones cuyas vicisitudes ilustran su carácter marginal y que, tanto en Estados Unidos como en Francia, han salido a luz numerosas colecciones de documentos y existe preocupación por la elaboración de diccionarios biográficos, lo que, a su juicio, indica una toma de conciencia producida entre 1970 y 1990 aproximadamente.

Para estos autores, el advenimiento de una historiografía de las mujeres obedecería a una serie de factores próximos y lejanos:

- El redescubrimiento, a partir del siglo XIX, de la familia como célula fundamental y evolutiva de las sociedades, lo que se convirtió en el núcleo de una antropología histó-

- rica que pone en primer plano las estructuras del parentesco y la sexualidad, y, en consecuencia, de lo femenino.
- Bajo el impulso decisivo de la Escuela de los *Annales*, el progresivo ensanchamiento del campo histórico a las prácticas cotidianas, a las conductas ordinarias, a las mentalidades comunes. Si bien la relación entre los sexos no fue la mayor preocupación de esta tendencia, su interés por las coyunturas económicas y las categorías sociales le ofrecieron una audición favorable.
 - Fue decisivo, en la huella de la descolonización, reasumida por mayo de 1968, la resonancia de una reflexión política dirigida a los exiliados, las minorías, los silenciosos y las culturas oprimidas, y que considera las periferias y los márgenes en sus relaciones con el centro del poder.
 - La historia de las mujeres es el fruto del movimiento de las mujeres y de todas las interrogantes a que ha dado lugar. Ello alcanzó resonancia en las universidades e impulsó la enseñanza y las investigaciones.⁴⁹

Perrot y Duby añaden que la audición directa de la voces femeninas depende de su acceso a los medios de expresión: el gesto, la palabra y la escritura, pero reconocen que en el pasado, hasta el siglo XVIII por lo menos, hubo dominios casi vedados a ellas: la ciencia, cada vez más la historia, y, sobre todo, la filosofía. Señalaron que desde el siglo XVII, la poesía y la novela constituyeron el frente pionero de las mujeres, conscientes de la apuesta que representa el lenguaje. De esta manera, a partir del siglo XIX, la voz de las mujeres crece con el paso del tiempo, principalmente debido al impulso feminista. En nombre de la utilidad social, se había invitado a las mujeres del siglo XIX y,

⁴⁹ DUBY, Georges y Michelle PERROT. «Escribir la historia de las mujeres». En Georges Duby y Michelle Perrot. *Historia de las mujeres. La Antigüedad. Modelos femeninos*. Tomo 1. Madrid: Taurus, 1993, pp. 7-17, pp. 7-12 y 15.

sobre todo a las del XX, a salir de sus casas para extender su maternidad a la sociedad entera. Dicho esto, ¿cómo definen estos autores a la historia de las mujeres?: «Escribir la historia de las mujeres supone tomarlas en serio, otorgar a las relaciones entre los sexos un peso en los acontecimientos o en la evolución de las sociedades».

De esta manera, Duby y Perrot definían a esa historiografía como hija de la revolución inacabada, pero profunda, que sacude las relaciones entre hombres y mujeres en las sociedades occidentales. Admitieron una dominación masculina y, por lo tanto, la existencia de una subordinación femenina en el horizonte visible de la historia. Se manifestaron convencidos de la necesidad de «reflexionar acerca de la dialéctica de la influencia y de la decisión, de la potencia oculta y difusa, que se atribuye a las mujeres, y en el poder claro de los hombres».⁵⁰ Pero, de cualquier manera, al final de los setenta ya se había llegado a una historiografía que buscaba documentar todos los aspectos de la vida de las mujeres en el pasado⁵¹ y, finalmente, se ha arribado a la historiografía de género a partir de los ochenta, lo que significó una ruptura con la política, ya que género es, en buena medida, un término neutral separado de propósitos ideológicos inmediatos. Así pues, el desarrollo de esta historiografía permite ver que se ha hecho cada vez más problematizadora, menos descriptiva y más relacional para llegar a los estudios de género; es decir, a las relaciones entre los sexos entendidas como resultado de construcciones sociales que es necesario deconstruir.⁵² Ahora la historiografía, lo mismo que las ciencias socia-

⁵⁰ *Ibidem*, loc. cit.

⁵¹ Las investigaciones llevadas a cabo en Inglaterra y en Estados Unidos desempeñaron un papel pionero. En Norteamérica se multiplicaron los estudios sobre mujeres y la publicación de revistas especializadas, lo que pronto sucedió en la mayor parte de países europeos (incluida Polonia), en Francia, Alemania e Italia a partir de los años 1970-1975 y en otros más adelante.

⁵² DUBY y PERROT. *Op. cit.*, p. 13.

les, al apelar a la perspectiva de género, están tomando en cuenta que las citadas relaciones entre hombres y mujeres constituyen el nudo del problema que define la alteridad y las identidades, tanto femeninas como también masculinas. En suma, esta historiografía ha seguido un camino desde el feminismo al tema de las mujeres y, finalmente, al género. Es decir, de la política al análisis histórico especializado. Ello no significa que se haya roto todo vínculo entre historiografía de género y política, pues muchas investigadoras continúan teniendo una clara militancia política. Pero, en todo caso, ahora se entiende la palabra «política» en varios sentidos: 1) En su uso tradicional, vinculado a las actividades que tienen que ver con el gobierno, los asuntos públicos, identidades colectivas, estrategias, movilización de recursos, etc. 2) Para designar las relaciones de poder y sus estrategias para mantenerlo o enfrentarlo; y 3) Aplicada a las prácticas para reproducir o cambiar las ideologías.⁵³ Evidentemente, pese a los cambios ocurridos dentro de este género historiográfico, se advierte que sigue siendo una historiografía que denota con claridad un marcado vínculo con la praxis social, cuestión que, a diferencia de algunas pocas décadas atrás, no se considera reñida con una labor seria en el campo de la historia.

De suyo, la perspectiva de género, tal como se la entiende ahora, resulta interesante y productiva no solo por su carácter relacional, sino porque ha ido prestando atención de manera creciente a asuntos como los discursos, la corporalidad, las mentalidades, los patrones sociales, etc., amén de tomar en cuenta, entre otros, los aspectos económicos y también ideológicos y las esferas de lo consciente e inconsciente, lo público y lo priva-

⁵³ Scott. *Op. cit.*, pp. 42-44. De hecho, la frase «lo personal es político» se constituyó, en su momento, en la síntesis de una propuesta que buscaba revalorizar el ámbito de lo privado, asociado tradicionalmente a las mujeres y la familia, y llamar la atención acerca de sus repercusiones en el espacio de lo público, asociado también de manera tradicional a la política.

do. Aplica, de manera creciente, una perspectiva menos excluyente y, por ende, más integradora, sin que ello signifique apartarse de su objeto central de estudio: la historia de las mujeres. Ello debe significar que en el futuro los historiadores (hombres o mujeres) se sientan cada vez más convocados a hacer suya esta temática.

Un nuevo vistazo al panorama historiográfico que venimos reseñando nos permitiría afirmar que la historiografía de nuestra época ha sabido superar la tradicional identificación con lo fáctico, incorporando problemáticas y herramientas de análisis de la sociología y la antropología. Esta primera transacción (coincidente con el viraje de *Annales* hacia el tercer nivel) llevó a que se identificara en la historiografía a la historia cultural, naturalmente sin dejar de connotar cierto reduccionismo. Fue útil la incorporación del método etnográfico al análisis del pasado y se pueden identificar al menos tres manifestaciones de esta tendencia:

- **Marxismo culturalista inglés:** representado por E.P. Thompson, quien manifiesta un acercamiento de la historia hacia la antropología. En *Formación histórica de la clase obrera* (1966) revitaliza la noción de cultura en relación inextricable con la acción y la experiencia como generadoras de conciencia de clase, oponiéndose a las definiciones estructuralistas y marxistas tradicionales.
- **Microhistoria en su línea italiana y francesa:** surgida en Italia alrededor de la revista *Quaderni Storici*, ha utilizado las técnicas del microanálisis de antropología interpretativa. Es bastante heterogénea. Su principal aporte es la reducción de escala para llegar a comprender dinámicas generales de una sociedad y una época. Obras representativas son las de Levi y Ginzburg.
- **Historia cultural norteamericana:** representada por Robert Darnton, quien en 1984 con su libro *La gran matanza de los gatos*, sacudió el ámbito historiográfico norteameri-

cano y francés. Su propuesta consistió en hacer una historia cultural con espíritu etnográfico tratando a nuestra civilización de la manera como los antropólogos estudian las culturas extranjeras, exotizando lo que en apariencia nos es familiar.⁵⁴

Pero fue E. H. Gombrich quien redefinió a la historia cultural actual diferenciándola de aquella que cultivara antaño Burckhardt, por ejemplo,⁵⁵ además de señalar su importancia para conservar el vínculo de los seres humanos con un pasado que ahora se percibe como alejándose de ellos con demasiada velocidad. Gombrich ha establecido la diferencia entre historia social y cultural: la primera se ocupa de las transformaciones sociales como tales, obviamente en el pasado, mientras que la segunda centra su interés en la manera a través de la cual tales cambios y otros aspectos de la cultura se afectan mutuamente. De este modo, el historiador de la cultura se preocupará por las connotaciones: derivaciones, metáforas y símbolos asociados a las cuestiones sociales u económicas, por ejemplo, y no precisamente por estos fenómenos. De otro lado, se entiende que la historia cultural apunta a las continuidades, pues los temas se tratan considerando herencias culturales que se transmiten por hombres y mujeres anónimos en el seno de su sociedad.⁵⁶ Como señalábamos en párrafos anteriores, existen diferentes enfoques dentro de la historia cultural, pero lo cierto es que ella ya no puede circunscribirse exclusivamente a las continuidades, sino también a los cambios y a las crisis. Incluso Burckhardt lo llegó a apreciar así y más recientemente Delumeau, en sus estudios acerca de las mentalidades.

⁵⁴ LORANDI y WILDE. *Op. cit.*, pp. 60-62.

⁵⁵ Véase GOMBRICH, E. H. *Enquête de l'histoire culturelle*. París: Girard Noncourt Éditeur, 1992.

⁵⁶ Citado por DEL PRIORE, Mary. «A História cultural entre monstros e maravilhas». En Navarro. *História no plural*. Brasília: Universidade de Brasília, 1993, pp. 69-98, pp. 70-71.

En relación con Delumeau, se puede decir que muestra muy bien cómo en el panorama actual de la historiografía, algunos trabajos (y las orientaciones que representan) resultan difíciles de clasificar, justamente por ese carácter multifacético que abarca su temática. En efecto, la obra de Jean Delumeau aborda tópicos que lo llevan a ver, a la vez, sus dimensiones psicológicas y sociales (religiosas, culturales y mentales), etc. Primero se ocupó de la historia económica y social, para luego abordar la historia de la cultura a partir del que fuera su tema inicial en este campo: la reforma protestante y la situación de la Iglesia en el siglo XVI. Realiza investigaciones en torno a los aspectos sociales de la cultura popular, creencias y fenómenos relacionados con la religiosidad, para pasar a la psicología orientada hacia los grupos en la historia. Maneja la vida cotidiana, hecha de repeticiones y los acontecimientos excepcionales que rompen la continuidad. En *La confesión y el perdón* (publicada en francés en 1990 y en español en 1992), su investigación está centrada en los miedos, el sentido de culpabilidad, los sentimientos de seguridad e inseguridad, etc. Su intención dista de querer hacer una evolución histórica de la confesión. Pretende, en cambio, dar a conocer un estado de cosas en torno a la confesión considerando los cambios o cortes más significativos.⁵⁷ El propio autor explica que en otro de sus trabajos, *El miedo en Occidente*, tenía como proyecto general:

[...] equilibrar en el desarrollo de mis trabajos el estudio del miedo y de los miedos con el del sentimiento de seguridad y los sueños de felicidad. Deseaba, pues, desde el comienzo no ser catalogado como un historiador únicamente del miedo. [...] Y por eso me siento tan irritado cuando no se retiene de mi obra sino lo que concierne al miedo, porque desde hace veinte años mis libros se encadenan unos con otros por un lazo lógico. Sin embargo, por simple sentido común, no podía comenzar por la noción de seguridad y los sueños de felicidad y continuar con la evo-

⁵⁷ CORCUERA. *Op. cit.*, pp. 274-276.

cación de las danzas macabras y las llamas del infierno. Así pues, deseo que mi producción sea considerada en su globalidad, en el interior de la cual figura *Ce que je crois*, que es, entre mis libros, el que más aprecio.⁵⁸

Estos estudios acerca de las mentalidades suelen llevar a sus autores a otros temas afines o complementarios, como le sucedió a Delumeau. Su trabajo *El pecado y el miedo* (*Le peché et la peur*), publicado en 1983, fue concebido cuando, al terminar *El miedo en Occidente*, el autor tuvo la convicción de que su investigación no estaba realmente concluida. Todos los miedos no podían dejar de referirse al miedo a uno mismo como pecador. Así pues, *El pecado y el miedo* resultó ser el más voluminoso de sus libros; en él reveló el peso del agustinismo en la historia religiosa occidental. Fue un nuevo aporte significativo al estudio de la religión cristiana (o de la experiencia religiosa).

Un tanto similar podría ser el caso de Roger Chartier quien, si bien se dedica a hacer historia cultural, ofrece a la vez un análisis teórico en donde centra la discusión acerca del carácter y el empleo de los textos como fuentes, desde una perspectiva que lo ubica en el ámbito de la lingüística. En obras como *El mundo como representación: estudios sobre historia cultural* (1992); *Libros, lecturas y lectores en la Edad Moderna* (1993); *Espacio público, crítica y descentralización en el siglo XVIII: los orígenes culturales de la Revolución Francesa* (1995); *El príncipe, la biblioteca y la dedicatoria en los siglos XVI y XVII* (1996) Roger Chartier manifiesta desencanto por la historia serial. Se ocupa de los grupos sociales a través de la mirada del otro, del que no pertenece al mismo grupo. Sus estudios sobre el libro siguen líneas similares y se basan en una manera diferente de ver los documentos. Le interesa poco saber lo que lee la gente y se preocupa más por entender cómo el lector se apropia del texto, preguntándose cómo cambia el texto cuando es interpretado por el lector, lo

⁵⁸ DELUMEAU. *Op. cit.*, pp. 265-266.

que dependerá de numerosos factores y prácticas sociales. Dice Corcuera que Chartier «quiere comprender y hacer comprender que la fuerza y la inteligibilidad misma de los textos dependen de la manera como los libros transforman las costumbres y las inquietudes de la sociedad que los produce». ⁵⁹

Es, además, difícil establecer con claridad una línea divisoria entre la historia cultural, de las mentalidades e incluso de la vida cotidiana. Esa difuminación de sus fronteras no llama ya nuestra atención pues, conforme lo hemos visto, constituye uno de los rasgos de las ciencias en nuestros días y una tendencia de la historiografía actual. Tal sería el ejemplo de la obra de Georges Duby, quien, en *Los tres órdenes o lo imaginario del feudalismo*, estudia los puntos de contacto entre los cambios intelectuales, los cambios mentales y sociales en la Europa feudal. ⁶⁰ Parte de la idea de que, para construir algo más allá de un simple inventario de hechos, el historiador debe permitir que aflore su sensibilidad y creatividad asumiendo el riesgo de una interpretación personal. Su esfuerzo se dirige a conciliar la historia social con las preocupaciones por las mentalidades colectivas (una característica de los primeros *Annales*), pero avanza buscando un acercamiento con la historia marxista que se preocupaba por las ideologías. Concibe a la sociedad como un sistema compuesto por diversos factores que determinan su estructura y su evolución, considerando que las relaciones entre ellos no serán causales, sino de correlación e interferencia. Contempla las formas de reproducción cultural y las variantes de la imaginación social que denomina «lo imaginario» para que formen parte de la historia de las mentalidades. Pero de la misma manera se propone observar cómo actúan la memoria y el olvido. ⁶¹

⁵⁹ *Ibidem*, pp. 281-282.

⁶⁰ Enmarca su trabajo en la larga duración y se la considera como un modelo de historia estructural.

⁶¹ CORCUERA. *Op. cit.*, pp. 282 y ss.

Tanta novedad muestra, sin lugar a dudas, a la historia como una disciplina abierta al abordaje interminable de una realidad vista caleidoscópicamente. «Está prohibido prohibir» rezaba una de las pintas de los estudiantes que salieron a las calles en mayo del 68 con la intención de cambiar al mundo. Parafraseándolos, podríamos decir que ahora está prohibido mirar una sola cosa o en una misma dirección. No se trata solamente de modelos y paradigmas expuestos teóricamente. Todo indica que la actitud de probar, innovar y cambiar es la más generalizada. De allí que no se proclame como inválida la posibilidad de seguir «modas historiográficas», pero sería negativo que de ese ánimo devenga necesariamente la trivialización del conocimiento histórico (o de cualquier conocimiento) y que el cultivo de la historia se quede en asumir sin más nuevos derroteros sin esforzarse en procurarles el necesario sustento teórico.

CAPÍTULO III

¿Hacia dónde vamos?

1. La historiografía actual en su contexto. Su desenvolvimiento en la era de la globalización y la información

Al llegar al final del siglo y volver la mirada hacia atrás observamos, situados en un periodo que se entiende crítico tanto para las ciencias en general cuanto para la historiografía, que el viejo positivismo ha seguido dejando su huella en nuestros trabajos, casi a lo largo de toda la centuria, y que es difícil establecer la medida exacta de las transformaciones, sobre todo las ocurridas en el último tercio del siglo XX:

[...] en medio de las fracturas que operan de forma evidente en la disciplina, creo que sería posible establecer un principio separador de las distintas corrientes que subsisten y se desarrollan hoy día como correlato de la equivalente fragmentación en la línea del tiempo que padecen la ciencia y el pensamiento en su conjunto, de un lado, y las estructuras sociales modernas de otro. Una ruptura que tiene mucho que ver, pues, con la fisura que parece haberse abierto entre un pasado muy reciente y una actualidad que se aleja de los principios sobre los cuales se había asentado el mundo occidental hasta las décadas de los setenta y ochenta. En consecuencia, estimo factible la distinción entre, en un extremo, formas presentes de hacer historia, de tradición moderna, en constante alejamiento con respecto a la actualidad, y, en el otro, ciertos modelos historiográficos, situados entre la novedad y la moda, que sí son

específicamente contemporáneos, nos guste o no, por cuanto responden de algún modo a las nuevas condiciones cognitivas y de sociabilidad impuestas por ese fenómeno general que denominamos postmodernidad.¹

Tomando en consideración que la noción de *modernidad* nos remite, entre otras cosas, a una época en la que va primando hasta desplegarse la razón crítica, lo mismo que la idea de un sujeto absolutamente centrado en su conciencia, podemos decir entonces que el hombre moderno tiene la posibilidad de definir, conocer y establecer los regímenes de verdad para ordenar el mundo. Como lo mencionábamos en capítulos anteriores, uno de los conceptos más importantes que se cuestionan es la idea de una racionalidad universal. Se llegó a suponer que la racionalidad no sería una propiedad de la mente como tal, sino una característica singular de las culturas.² Asimismo, también es preciso añadir que, desde las perspectivas más recientes correspondientes en este caso a la modernidad del siglo XX, se va reconociendo en el lenguaje la capacidad para encontrar y designar en la realidad las cosas que son de verdad y, entonces, vista de esta forma, la modernidad es ciencia, lenguaje y técnica.³ Por lo tanto, uno de los rasgos más sobresalientes en el hombre moderno (cualquiera sea la fase de la modernidad a la que nos refiramos) podría ser su búsqueda permanente de certidumbres en todo orden de cosas y a ello no escaparía, en consecuencia, la esfera del conocimiento histórico. El concepto de lo moderno remite también directamente al cambio, a la transformación o caducidad de un orden anterior, a la idea de lo nuevo o reciente, a un proyecto que está en proceso para alcanzar su madura-

¹ VIDAL JIMÉNEZ. *Op. cit.*, p. 3.

² *Ibidem*, p. 17.

³ CASULLO, Nicolás. «La modernidad como autorreflexión». En Nicolás Casullo, Ricardo Forster y Alejandro Kauffman. *Itinerarios de la modernidad. Corrientes del pensamiento y tradiciones intelectuales desde la ilustración hasta la posmodernidad*. Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires, Eudeba, 1999, pp. 9-32, pp. 26-27.

ción o pleno despliegue. Ello compromete a la idea misma de la historia o al sentido de la historicidad, ya que la idea de lo moderno ha sido admitida por los historiadores para caracterizar a una época, en primer lugar de la historia de Occidente y luego de toda la humanidad, puesto que inclusive ha sido utilizada como referente para caracterizar a distintas sociedades y sus respectivos desarrollos culturales, v.g. sociedades modernas versus pueblos tradicionales.

Las ciencias contemporáneas⁴ se han venido desarrollando en medio de la discusión filosófica acerca de la modernidad y la postmodernidad. Para algunos, la modernidad es el proceso de racionalización histórica que se da en Occidente, que conjuga y consume el desencantamiento del mundo instituido por las imágenes religiosas, míticas y sagradas. Es una forma de comprender, pero, al mismo tiempo, de estructurar el mundo, la historia y el lugar del hombre en esa historia. Se trata de una racionalización a partir de saberes autónomos que no van a responder a dogmas ni a autoridades, que van a dar cuenta de su propia esfera en lo que vayan logrando en términos de conocimiento y reflexión.⁵

Si bien una idea general acerca de la modernidad se ha mantenido vigente a lo largo de varios siglos, evidentemente la época y la forma de lo moderno presenta variantes y rupturas, a pesar de las cuales la noción posee una continuidad que la caracteriza.⁶ Lo que distingue a nuestra modernidad de las de

⁴ Se utiliza, en este caso, la noción de contemporáneo en su sentido de próximo en el tiempo. Más adelante le daremos otra connotación.

⁵ CASULLO. *Op. cit.*, p. 17.

⁶ Por eso, líneas arriba aludíamos a la existencia de «fases» o etapas de la modernidad: la primera nos llevaría del siglo XV al XVII, la segunda correspondería a los siglos XVIII y XIX y la más reciente arrancarían en el siglo XX. Este intento para establecer diferentes momentos de la modernidad es, en primer lugar, arbitrario y relativo, como lo es toda periodificación histórica y, en segundo término, no está considerando la discusión acerca de lo que para algunos supone una ruptura que da lugar a la llamada postmodernidad.

otras épocas no es la celebración de lo nuevo y sorprendente, sino el ser una ruptura: crítica del pasado inmediato e interrupción de la continuidad, el cambio constante y, como punto de partida, la negación de quedarse en la búsqueda de los orígenes. Al asumir la modernidad como lo característico en un periodo histórico de varios siglos, queda desvirtuada la noción misma para adquirir históricamente otro significado o alcanzar referentes diversos. En efecto, la época moderna estará caracterizada por la permanencia de lo nuevo y es en ese sentido que contiene cierta contradicción.

A partir de la Ilustración desde cuya perspectiva el culto a lo nuevo adquiere mayor desarrollo, se empieza a considerar a la historia como un progreso y un camino hacia la realización, cada vez más perfecta, del hombre ideal. Entonces, tenía mayor valor lo más avanzado en el camino a la conclusión o término del proceso. Por lo tanto, según esta visión, la historia debía entenderse como una marcha unitaria.⁷ De cualquier forma, la idea de una historia unitaria se mantuvo firme hasta que realmente se puede advertir una fisura en la noción (dado que no se puede decir que la idea de unidad y universalidad se haya quebrado definitivamente o desaparecido), lo que justamente permitiría ahora (aunque sea como posibilidad) la distinción entre mundo moderno y postmoderno. Esa transformación en la comprensión de la historia parece culminar por el momento en la aceptación de la existencia de la sociedad de la información y de un mundo globalizado que no se tiene para nada como unitario o plenamente homogéneo.

En la actualidad, en cambio, si bien la idea de progreso tiene vigencia y sigue siendo importante, la noción se asocia más bien y directamente con el desarrollo de las tecnologías, las sociedades urbanas y, en suma, la civilización, pero a la par se ha ido adquiriendo clara conciencia de las desventajas del progreso y

⁷ VATTIMO. *Ética de la interpretación*. Barcelona: Paidós, 1993, p. 74.

se han derrumbado las ideologías que consideraban que el mismo llevaba a una suerte de escatología temporal.

De cualquier manera, no se puede soslayar el hecho de que existe una discusión en torno a la modernidad que supone que en su curso histórico se han producido cambios, hasta desembocar en el hecho de que, final y específicamente, habríamos asistido a la ruptura de los paradigmas clásicos de la modernidad, situación que nos colocaría en una etapa posterior a ella.⁸ Tales paradigmas serían, entre otros, la uniformidad, la idea de estado-nación rígida que exigía identidades políticas y culturales homogéneas entendidas muchas veces fijadas en el tiempo con la notable pérdida de su historicidad.

A nuestro juicio y más bien con perspectiva histórica, esa nueva etapa no debería entenderse divorciada de la modernidad misma (es decir, de su conjunto), pues en ella se hallarían sus raíces. En este sentido, convivirían también cambio y tradición. Este debate y sus consecuencias han comprometido de manera particular a las ciencias humanas, puesto que lo que hay que contemplar son asuntos muy variados que no debieran limitarse a cuestiones epistemológicas y axiológicas. Asimismo, tiene que alcanzar importancia el tratamiento relativo a asuntos tan precisos como el desarrollo y las identidades, lo mismo que las relaciones interculturales, por citar algunos de ellos.

En este contexto y en el estado actual de la historiografía, la narrativa histórica, el rol del discurso en la producción historiográfica, así como la ideología en la historia, asuntos relacionados entre sí, requieren ser revisados. Un tópico importante es el de las categorías que utilizamos «nosotros», los occidentales, para construir al «otro» (es decir, otras culturas, pueblos o civilizaciones), hablar acerca de él o tratar su historia. Se han veni-

⁸ Desde principios del siglo XIX, se habla de la modernidad como de una tradición, de tal forma que «lo moderno» se distingue por su novedad, pero se ha manifestado también caracterizado por su heterogeneidad.

do formulando preguntas, en un diálogo interdisciplinario que ha involucrado a la historia, la lingüística, la antropología y la filosofía. Una de las más interesantes interrogantes ha sido si nos hallamos encerrados en nuestro propio discurso y si este, por más científico que sea, representa una de las tantas narrativas sobre la historia y la cultura de otras sociedades.

De la misma manera, las cuestiones relativas a la memoria y el olvido o a la memoria colectiva e individual son materias que tienen que ver no solo con el pensamiento histórico del periodo moderno y su evolución en el último tercio del siglo XX, sino también con el reconocimiento de que una de sus características es justamente el desenvolvimiento de la llamada era de la información, dentro de la cual debemos entender el curso de la historia y de la historiografía recientes.

Varios han sido los cambios relacionados con la modernidad que han afectado directamente a la comprensión de lo histórico y a la producción historiográfica. Tomemos como ejemplo el ocaso de la idea de una historia universal unitaria que se habría mantenido firme⁹ hasta que realmente se produjo una fisura a partir de la confrontación de las particularidades de diversa índole, tanto en el seno de las organizaciones sociales cuanto en la esfera del pensamiento, etc., gracias a los avances de la tecnología y el fenómeno comunicacional mundial. Ello, justamente, permitiría ahora hablar, aunque sea como posibilidad, de la distinción entre mundo moderno y postmoderno, dado que no se puede decir todavía que la idea de unidad y universalidad se haya quebrado definitivamente o desaparecido.

Evidentemente, vivimos una época de crisis de diversos órdenes, tanto en los terrenos científico, ideológico, social, políti-

⁹ A pesar de ella, ya había corrido el riesgo de quebrarse desde el comienzo mismo de la modernidad, a fines del siglo XV, con el descubrimiento de América, cuyas poblaciones contaban con organizaciones y culturas diferentes a las europeas. Es cierto que la novedad era relativa, puesto que Europa ya tenía contacto con Oriente y contaba con la experiencia de confrontarse con espacios, pueblos y culturas distintas.

co y económico. Sobre todo este último y sus dramáticos cambios parecen definitivamente ligados a la ubicación de la historiografía en un contexto de mercado intelectual y de servicios:

Surge de un cambio histórico en Occidente hacia una nueva forma de capitalismo, hacia el efímero descentralizado mundo de la tecnología, el consumismo y la industria cultural, en el cual las industrias de servicios, finanzas e información triunfan sobre las manufacturas tradicionales y las políticas clásicas basadas en las clases ceden su lugar a una difusa serie de 'políticas de identidad'.¹⁰

Hay que tomar en cuenta que el enorme desarrollo de la comunicación y del intercambio de informaciones culturales y políticas hacían posible el proyecto de una historia auténticamente mundial; sin embargo, paradójicamente, el declive de Europa y el surgimiento de otros mil centros de historia anulaban tal universalización y obligaban a la historiografía occidental y europea a enfrentarse con la necesidad de un cambio profundo en la propia concepción del mundo.¹¹ La transformación en la comprensión de lo histórico parece culminar por el momento en la aceptación de la existencia de la llamada sociedad de la información y de un mundo globalizado que no se considere para nada como absolutamente unitario o plenamente homogéneo. Es más, se ha llegado a afirmar que la racionalidad humana está vinculada a las culturas y no a una propiedad de la mente, como tal. Ello ha facilitado, entre otros factores, que se desarrolle una tendencia a la relativización.¹²

Conviene considerar también cómo se maneja actualmente el concepto de «comunicación» pudiéndose precisar dos interpretaciones: una amplia o genérica y otra restringida o particu-

¹⁰ EAGLETON. *Op. cit.*, pp. 11-12.

¹¹ VATTIMO. *Op. cit.*, pp. 103-104.

¹² Véanse los comentarios de Quintanilla. *Op. cit.*, pp. 17-18.

lar. En el primer caso, se concibe la comunicación como una categoría común al hombre y a los animales, a las ciencias sociales, biológicas y físicas. El concepto restringido, en cambio, limita la comunicación a las ciencias sociales, al hombre, al ser este el único portador de un lenguaje y de hecho descarta el reino animal y las ciencias exactas en cuanto a su campo de acción. Precisamente, este concepto es el que más resonancia ha obtenido en los medios científicos mundiales, al haber focalizado múltiples investigaciones. En la actualidad, se habla, acorde con este concepto, de la formulación de una teoría social de la comunicación que permita elaborar una epistemología sobre ella, a partir del entronque de las ciencias de la sociedad con las ciencias de la comunicación.¹³

Paradigmas acerca de lo que es el verdadero conocimiento también se han visto devaluados o disminuidos, puesto que el conocimiento, materializado en partículas de información, en conjuntos de datos aislados, pierde la consistencia del discurso integrado.¹⁴ Además, hay que agregar que ahora se tiene cada vez más clara la idea de que, en la historiografía, la teoría precede al discurso. Ella construye los hechos y los integra en el sentido que da inteligibilidad a lo que se recoge de las trazas que quedaron en las fuentes de toda índole que los historiadores recogemos y consultamos. Será la decisión del historiador la que produzca una ordenación del pasado, su elección, orientada por sus propios intereses, su ideología etc. y declarará la pertinencia de analizar determinados acontecimientos y así elevarlos a la categoría de históricos. De esta forma, debe admitirse que el historiador produce tres cosas: 1) información a partir de los distintos pasos que contempla la investigación históri-

¹³ ORTIZ TORRES, Emilio. «Una comprensión epistemológica de la comunicación». <<http://www.monografias.com/trabajos5/comep/comep.shtml>>, 2001, pp. 1-2.

¹⁴ LERNER, Salomón. *Reflexiones en torno a la universidad*. Lima: Imagen Institucional de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 2000, p. 32.

ca;¹⁵ 2) conocimiento, en el sentido de análisis, comprensión y sistematización del corpus investigado; y 3) nuevamente información, a través de la divulgación.

Si se tiene presente que el conocimiento ha devenido mercancía y que ahora suele reclamarse que el ocio sea «productivo», resulta explicable que las ciencias en general y más aun las del espíritu se sientan cada vez más obligadas a exhibir y probar su utilidad. Por eso, en general, la sociedad todavía espera que la historia escudriñe el pasado para hallar las respuestas o las soluciones de los problemas que aquejan actualmente a las sociedades. También tiene que tomarse en cuenta que la época moderna es la de la aceleración del tiempo histórico, no porque pasen más rápidamente los años y los días, sino debido a que pasan más cosas en ellos y todas suceden simultáneamente. Se dice, entonces, que aceleración es fusión, todos los tiempos y todos los espacios confluyen en un aquí y ahora.

Las teorías antropológicas acerca de la comunicación establecen nuevas relaciones entre el lenguaje, la cultura y la comunicación. Refuerzan el papel de la comunicación en las culturas humanas. Se destaca, de forma explícita, el valor de la comunicación en el desarrollo de la sociedad, la personalidad y la cultura, a la vez que se intenta aplicar conceptos y conocimientos tomados de las ciencias básicas y naturales y, por ende, constituyen modelos comunicacionales para el estudio de diferentes fenómenos sociales con lenguajes muy formalizados en algunos casos y con carácter teórico general.¹⁶

¹⁵ En torno a la información proveniente de las fuentes, Lozano trae a colación la llamada «Teoría de la información» explicando que ella computa la cantidad de información contenida en un mensaje. Dicha teoría considera a los mensajes como sistemas organizados gobernados por leyes de probabilidad, siendo la información la medida de la reducción de la incertidumbre. Lozano. *Op. cit.*, p. 63.

¹⁶ ORTIZ TORRES, Emilio. «Una comprensión epistemológica de la comunicación». <[http:// www. monografías. com.trabajos5/ comep/comep.shtml](http://www.monografías.com/trabajos5/comep/comep.shtml)>, 2001, p. 3.

En este contexto, vale la pena reflexionar sobre la divulgación histórica, pretendiendo dilucidar si ella resulta un fenómeno reciente, si está asociada a la manifestación del llamado retorno de la narrativa o si, por el contrario, la divulgación se encuentra esencialmente vinculada al quehacer histórico. Si se admite como válido esto último, habría en efecto que recordar que la divulgación del conocimiento histórico ha sido siempre un objetivo del trabajo de los historiadores, por lo tanto, debemos preguntarnos cuál ha sido el carácter y el sentido de la divulgación histórica antes y cuál puede ser ahora. En efecto, el propio Herodoto nos decía que escribía para que no se perdieran los hechos de la memoria de los hombres; por lo tanto, ese acto de «escribir la historia» suponía la intención de conservar y dar a conocer. Más adelante, se subrayaron diversos objetivos, fueran estos de carácter patriótico, político, moral o de recreación (en el sentido literario del término). Evidentemente, toda escritura tiene un destinatario y, por consiguiente, no puede pensarse que la historiografía haya estado desligada jamás de un acto de comunicación y debe afirmarse también que sus receptores no podían ser exclusivamente los integrantes de los predios académicos. De otro lado, debe puntualizarse que la relación entre el mundo académico y la sociedad de la que forma parte se nota cada vez más intensa y a ello ha contribuido en mucho la facilidad con la que se disemina, en general, la información. Esto significa que el conocimiento histórico suele ser considerado necesario y valioso, aunque en el aspecto de la divulgación es considerado solo como información, quizá porque la historiografía contemporánea todavía no se ha podido desprender del todo de la tradición erudita propia del positivismo del siglo XIX, erudición que todavía se tiene como base del análisis histórico para mantener el rigor del conocimiento en el seno de nuestra disciplina.

Considerando que se constata actualmente un renovado interés por el conocimiento, que los libros y revistas de historia se encuentran entre los preferidos del gran público, junto con las

novelas de ficción, el tema del conocimiento histórico y su divulgación parece adquirir sentido en esta época de globalización e influencia de la llamada «mediática informativa». En ese sentido, estamos considerando que la divulgación histórica supone las diversas maneras cómo el conocimiento histórico llega a un público diverso, el cual recibe y emplea dicho saber de manera diferente, según sus intereses y necesidades. Pero no se trata solo de un fenómeno de masas (exagerando un poco el término en relación con el consumo o apetencia del conocimiento histórico en el ámbito del gran público). También el interés por lo histórico ha aumentado en el medio académico, más allá del círculo de los historiadores, todo lo cual debe relacionarse, entre otros factores, con una renovación de los conceptos teóricos y metodológicos en la disciplina histórica, en lo producido por el historiador¹⁷ y en las posibilidades de la difusión misma del conocimiento histórico. En el último tercio del siglo XX, se ha mostrado de manera patente el hecho de que se había asumido la necesidad de reintroducir en el análisis el elemento vivo de la historia, la dimensión realmente vivida por los actores,¹⁸ lo que ha llevado, también, porque nos hallamos en una época ampliamente comunicada, a estar interesados en la historia inmediata. De hecho, una relación intensa de la disciplina histórica con las ciencias sociales significó que sus cultores se acercaran sin temor a los predios de los historiadores, sintiéndose los primeros llamados a cultivarla, y que los segundos se sintieran inclinados a estudiar el pasado cercano, especialmente porque, debido a la percepción del que podemos llamar fenómeno contemporáneo de la aceleración de los procesos históricos recientes, nos los presentaban prácticamente completos, es decir, observables desde su gestación hasta sus consecuencias más inmediatas.

¹⁷ PEREIRA GONÇALVES, Rolando. «Actualidades na teoria historica». *Guairaca*, Revista da Universidade Estadual do Centro-Oeste, Guarapava Brasil, n.º 11, 1994, pp. 103-104.

¹⁸ Cfr. AGUIRRE ROJAS. *Op. cit.*, p. 43.

Si hablamos de divulgación, estamos implícitamente en este caso, refiriéndonos al conocimiento, pues este se pone al alcance de la gente en distintos niveles y espacios gracias a la divulgación. En este sentido, es preciso señalar que:

Se parte de lo que históricamente es conocimiento y se asumen como modelo de conocimiento sus formas concretas, las ciencias. Por razones de delimitación del tema se excluyen tanto el arte como la filosofía, aunque se tenga la certidumbre de que son procesos productores de conocimiento. También se asume la complejidad de las relaciones entre las ciencias y otras dimensiones discursivas o prácticas del proceso social.¹⁹

De otro lado, si el relato «de lo que pasó» desaparece de la historia científica (y se extiende en la historia vulgarizada) o si la narración de los hechos toma la apariencia de una «ficción» propia de cierto tipo de discurso, ello no quiere decir que la referencia a lo real empieza a desvanecerse. Sucede que dicha referencia se ha desplazado de los objetos narrados o reconstituidos y aparece implicada en la creación de «modelos» destinados a volver pensables los objetos,²⁰ hacerlos comprensibles y, desde esa inteligibilidad, útiles a los hombres. Se debe recordar que, a estas alturas, la modernidad tiene bastante claro y desarrollado el sentido de lo provechoso.

Como lo señalaba en otra oportunidad,²¹ se tocan, entonces, de manera global o interconectadas, varias cuestiones que antaño se veían de manera separada: el pasado (objeto de la historia), el análisis histórico y el discurso o la forma de expresión historiográfica. En las sociedades contemporáneas, se realizan

¹⁹ RESTREPO, Luis Antonio. *Pensar la historia*. Medellín: Editorial Percepción, 1987, p. 203.

²⁰ CERTAU, Michel de. *La escritura de la historia*. México: Universidad Iberoamericana, 1993, primera parte, cap. 1, p. 62.

²¹ He tratado este asunto en los últimos tiempos a través de diferentes ponencias como la llamada «El discurso detrás de los títulos», presentada en el Coloquio de Humanidades PUCP en 1999.

esfuerzos para llenar el aparente vacío que se da entre pasado y horizonte de expectativas, teniendo al presente como intermediario.²² Por lo tanto, el rol que juega el historiador se muestra en extremo importante y, en la operación que lleva a cabo, su discurso resultará fundamental. Máxime si se toma en cuenta que se ha producido en la historia una revolución fundamental, puesto que el quehacer historiográfico ocupará el lugar del dato histórico.²³ Ya no se trata aquí de los receptores del saber histórico, sino del emisor, del historiador, sus intereses y necesidades y del discurso que compone en diálogo permanente con su propio contexto histórico.

Deberíamos tomar en cuenta también esta vez los planteamientos de White, especialmente en lo referente a la existencia de un sentido metahistórico del discurso y las formas del relato historiográfico. Asimismo, considerar, siguiendo al mismo autor, que las estrategias conceptuales empleadas en la historiografía tienen cada una de ellas cuatro modelos posibles de articulación que producen un efecto explicatorio específico, a saber: por argumentación formal, por la trama y por implicación ideológica.²⁴ Ello ha equivalido a ligar o hacer depender tanto el análisis como la síntesis en la historia al manejo de los usos lingüísticos. Si bien se ha venido facilitando y enriqueciendo la crítica textual, no es menos cierto que se han elevado las dosis del reconocimiento de subjetividad y relativismo en la producción histórica.

Karl Krauss estableció una relación entre lenguaje y modernidad. Este periodista vienés del 900 publicó en el periódico *La Antorcha* que el mundo pasa por el tamiz de la palabra para ser mundo, es decir que, para tener existencia, necesita ser media-

²² ZERMEÑO PADILLA, Guillermo. «El problema del pasado es el futuro: notas sobre teoría y metodología de la historia». *Tiempo y Escritura*, Revista electrónica de historiografía, 1998, p. 2. México.

²³ CERTAU, Michel de. *Op. cit.*, primera parte, cap. I, p. 47.

²⁴ WHITE. *Op. cit.*, pp. 9 y ss.

do por la palabra. Casullo llama la atención, además, de que esto lo está diciendo Krauss como periodista, por lo tanto, la mediación de la palabra nos remite a un medio de masas que generará una homologación, de producción en serie de conciencia.²⁵

El discurso sobre el pasado tiene como condición ser el discurso del muerto. El objeto que circula por allí no es sino el ausente, mientras que su sentido es ser un lenguaje entre el narrador y sus lectores, es decir entre presentes. La cosa comunicada opera la comunicación de un grupo consigo mismo por medio de esa remisión a un tercero ausente que es su pasado.²⁶

Ese discurso será portador de una ideología resultado de un contexto y deberá desempeñar diferentes funciones: medio de expresión en el esfuerzo de «recuperar una realidad» o instrumento de comunicación en la nombrada sociedad de la información. En efecto, la información permanente al público (bombardeado por innumerables acontecimientos) a través de los medios de comunicación estimula gradualmente a la población a conocer nuevos acontecimientos y ese deseo de saber, de comprender, transforma a la historia en un producto de consumo. De esta manera, el renovado interés por la historia no es solo una cuestión relacionada estrictamente con el público lector, sino también con el sector académico.²⁷ Como se ve, la cuestión no se limita a la divulgación de la producción historiográfica, sino que abarca también al empleo de la historia como un instrumento —de lo más adecuado, por lo apetecido— de comunicación de mensajes que pueden llegar a adquirir el carácter de propaganda puesta al servicio de objetivos muy precisos. El

²⁵ CASULLO, Forster. «Viena del 900. Un barómetro crítico de la cultura». En Casullo, Forster y Kauffman, 1999, pp. 33-42, pp. 34-36.

²⁶ CERTAU. *Op. cit.*, primera parte, cap. 1, p. 68.

²⁷ BARROS RIBEIRO. *Op. cit.*, p. 22; PEREIRA GONÇALVES, Rolando. *Op. cit.*, pp. 103-104.

dominio de la comunicación (los *media* en nuestra época) es un *locus* privilegiado de producción de imaginario social, corolario de poder en sus más diferentes modalidades: periódicos, radio, televisión, música, cine, etc. Crear todo tipo de representaciones-imágenes-sentidos, reelabora o resemantiza enunciados o introduce nuevos valores, costumbres, esperanzas e ideas.²⁸ Así, llegamos, pues, al tema de la relación entre memoria y olvido, vínculo cuyo análisis resulta valioso para entender que, tanto lo que la historiografía ofrece como el manejo que de esa información hacen los receptores, supone una selección y, por consiguiente, resulta importante saber también lo que la memoria histórica considera o deja de lado.

De otra parte, cabe hacerse las siguientes preguntas: ¿existe un conocimiento histórico complejo reservado al ámbito de los especialistas y otro simplificado dirigido al neófito o público en general? ¿En el primer caso no se trata entonces de divulgación y en el segundo sí? ¿Es por lo tanto «divulgación» sinónimo de «vulgarización» en un sentido del término que no tenga carácter peyorativo? Estas cuestiones que pudiéramos concebir aisladas de la epistemología histórica tienen, en el fondo, mucho que ver con ella.

El plano de lo individual, interno o subjetivo, se combina con lo social y público, en un diálogo interminable entre objeto y sujeto, pasado y presente, discurso (presente) y realidad histórica (pasado), en el que todos influyen entre sí. Como ya lo hemos adelantado, en la medida que cuenta lo ideológico y lo social, lo mismo que al historiador y su discurso, no podemos dejar de reparar en el emisor o en los emisores de los testimo-

²⁸ NAVARRO SWAIN, Tania. «Vocé disse imaginario?». En *História no plural*. Brasília: Universidade de Brasília, 1993, pp 43-68, pp. 56-57. «Una serie de causas han motivado cambios en la sociedad y, por consiguiente, en sus manifestaciones arquitectónicas y artísticas: la crisis energética, la revolución en las comunicaciones y la información y la sobre población entre otras[...].».

nios y en los receptores de la obra histórica, es decir, los lectores. Estos últimos hay que considerarlos en el sentido más amplio del término, pues la historia se divulga ahora a través de diferentes medios, no quedando circunscrita a la versión escrita e impresa. En consecuencia, para el hombre de nuestra época la realidad se ha vuelto sumamente compleja y opaca: «[...]la propia realidad, aquello que estaba al otro lado de mi conciencia se muestra de un modo profundamente complejo, confuso, al que hay que volver a semantizar, inventando una nueva gramática».²⁹

Si el discurso ofrece en su conjunto un significado general en la obra de un historiador, en él se puede advertir una variada gama de mensajes, ligados todos a la forma escogida por el historiador para su exposición. Por esta razón, resulta clave, para un primer acercamiento, tomar en cuenta si se escogió entre el ensayo o la narración. Asumiendo que, por lo general, la exposición histórica no ha podido soslayar a la narración. Se ha utilizado alguna de estas tres diferentes estrategias narrativas: la explicativa, la justificativa o la descriptiva.³⁰ Asimismo, la divulgación histórica ha perseguido desde antiguo un objetivo pedagógico. Para analizar esta cuestión, puede considerarse según una tradición que: 1) es característico de la pedagogía el relacionarse con las ciencias, asumiéndose como la «traductora» de los conceptos científicos al lenguaje corriente y que esa

²⁹ FORSTER, Ricardo. *Op. cit.*, pp. 147-148.

³⁰ Véase lo señalado por TOPOLSKI, Jerzy (ed.). *Historiography between modernism and postmodernism. Contributions to the Methodology of the Historical Research*. Amsterdam-Atlanta: Rodopi, 1994, pp. 40 y ss. La historiografía contemporánea ha seguido un curso bastante interesante en lo relacionado con el tema de la narrativa como forma de expresión/exposición, desde el rechazo manifestado en la primera época de la Escuela de los Annales hasta la revalorización actual, iniciada prácticamente cuando se abordó la historia de las mentalidades y que parece culminar con el reconocimiento que Lawrence Stone hace acerca de la duración de la tradición secular de la narrativa histórica en Occidente, que tras una etapa más bien breve de predominio de la composición historiográfica «científica-explicativa», adquiere fortaleza.

traducción no será otra cosa que un deslizamiento entre contextos significativos; 2) esa aspiración se sustenta en una concepción que concibe el conocimiento y la realidad moviéndose de lo simple a lo complejo, es decir, de manera progresiva; y 3) por diferentes caminos, las concepciones pedagógicas se plantean el problema de hacer accesible lo complejo mediante la simplificación. Sin embargo, otra visión, como la señalada por G. Bachelard,³¹ sostiene que la pedagogía se mantiene prisionera de la idea de que la educación es la «comunicación» entre el maestro, que transmite un dato (claro, limpio, seguro y constante), y el discípulo, quien resulta ser un sujeto con espíritu siempre abierto. Este autor sostiene que el conocimiento es siempre una conquista, pues se conoce en contra de y no a partir de algo.³² Quizá ello explique el hecho de que el interés de divulgación pedagógica parece haberse renovado en los últimos tiempos con cierto cambio de giro, ya que, en lugares como España, Argentina, Estados Unidos y, más recientemente, en nuestro país, las editoriales se muestran inclinadas de manera creciente a ofrecer textos escolares escritos por o con el concurso de historiadores y no exclusivamente por educadores.

En historiografía, «el modo narrativo» supone una obediencia a la causalidad cronológica cuanto al procedimiento descriptivo y es, por lo tanto, opuesto a lo analítico. Ello no se condice con la naturaleza de los refinados ejercicios historiográficos, usualmente considerados como representativos de la tendencia actual. En contrapartida, la preferencia por el estudio de las mentalidades, la antropología histórica y el imaginario suponen una pericia literaria mediante la exploración deliberada de los recursos de estilo que permiten una vivacidad imaginativa y confieren un efecto de evocaciones. Por este motivo, Stone ad-

³¹ BACHELARD, Gastón. *La formación del espíritu científico: contribución a un psicoanálisis del conocimiento objetivo*. Traducción de José Babini. Buenos Aires. Siglo Veintiuno, 1972.

³² RESTREPO. *Op. cit.* pp. 205-206.

vierte un renacimiento de la narrativa.³³ El retorno a la narrativa histórica trae como consecuencia el resurgimiento de la biografía histórica y una historia de los eventos. Sin embargo, en la biografía de ahora no se trata a los personajes como islas o como si no perteneciesen a ninguna época ni ningún lugar, ya que la biografía sirve en la actualidad como un medio para penetrar en la mentalidad de un grupo.³⁴

El uso de medios literarios en la historiografía reciente es consciente de su desvinculación con cualquier epistemología realista y con la ilusión de representar lo acontecido. Se está bastante lejos ahora del empirismo ingenuo y de la noción de verdad histórica que caracterizó a la historiografía tradicional. También hay que tomar en cuenta que la invención desempeña un papel en las operaciones del historiador, ya que, por ejemplo, el mismo hecho puede servir como un elemento de distinto tipo en muchos relatos históricos diferentes, dependiendo del papel que se le asigne en una caracterización de motivos específica del conjunto al que pertenece. Así, la muerte del rey podría ser un suceso inicial, final o de transición, por citar un caso.³⁵ A comienzos del siglo XX, se decidió que narrativa y ciencia no combinaban. Se dijo que la historia historizante narra y no explicaba, era superficial y prisionera del tiempo corto. Sin embargo, Peter Gay, al referirse al estilo en 1990, indicaba que el historiador no debe circunscribir su tarea a la comprensión de las causas y al curso de los acontecimientos y añadía que la narrativa histórica sin análisis es trivial y el análisis histórico sin narrativa es incompleto.³⁶

³³ NAVARRO. *Op. cit.*, p. 253.

³⁴ BARROS RIBEIRO. *Op. cit.*, pp. 100-101.

³⁵ LACERDA, Sonia. «Historia, narrativa e imaginação histórica». En Navarro (comp.). *Op. cit.*, 1993, pp. 9-42, pp. 26.

³⁶ Citado por BARROS RIBEIRO. *Op. cit.*, p. 102.

Los aspectos connotativos, paradigmáticos, emergentes simbólicamente atraviesan el campo sémico u horizonte posible de sentidos interpelando a la memoria colectiva. De este modo, un texto es remitido a un interdiscurso o a otro constitutivo, lo que hace que sentidos nuevos, adquiridos en situaciones particulares, hagan brillar entre sus filigranas trazos de enunciados anteriores.³⁷ En la medida que el espacio de experiencia vital es mayor, tanto menor será el horizonte de futuro. De esta forma, el interés por la historia de los historiadores aumenta o decrece según sea la relación con el mundo de la experiencia vital o del mundo de las expectativas. Dice el autor que nuestra historiografía surge como una necesidad social de llenar el vacío que se abrió entre el pasado y el futuro. A esta necesidad responde la especificidad del discurso histórico en la época moderna.

En 1981 el historiador británico Lawrence Stone (1919) publicó su ensayo «El resurgimiento de la narrativa: reflexiones acerca de una nueva y vieja historia». Su propuesta controversial señalaba la imposibilidad de una historia científica y se basaba en el hecho de un retorno al análisis y en dirección de la narrativa enfocada en el hombre, no en la circunstancia. Stone define a la narrativa como la sistematización de cierto material, según una secuencia cronológica que dispone el contenido dentro de un relato único y coherente. En ese sentido, la historia narrativa es diferente de la estructural porque en la primera la ordenación es más descriptiva que analítica y concede prioridad al hombre por encima de las circunstancias y, en consecuencia, se ocupa de lo particular y específico antes que de lo colectivo y lo estadístico. Stone reconoce que los historiadores que han vuelto a la narración cuidan el estilo y los aspectos retóricos, pero evitan caer en la información anticuaria, lo mismo que en vaguedades oscuras.³⁸ Esas narraciones incluyen ob-

³⁷ NAVARRO SWAIN, Tania. *Op. cit.*, p. 47.

³⁸ CORCUERA. *Op. cit.*, pp. 247-248.

servaciones elaboradas y a veces se apoyan en un complejo aparato científico, pero este componente analítico suele estar, por lo menos hasta ahora, enmarcado en un argumento o trama y esta trama no ha perdido su capacidad para ordenar y sintetizar el material heterogéneo que conforma el texto.³⁹

Entre los planteamientos de Stone acerca de este asunto, resultan interesantes sus apreciaciones acerca de las razones por las cuales la historiografía ha recuperado la narrativa y señala las siguientes:

- Interés por las vidas, los sentimientos y la conducta de los hombres comunes en lugar de los grandes y poderosos. Para este tipo de historiografía, metodológicamente hablando, el análisis resulta tan importante como la descripción.
- El empleo creciente de documentación en donde aparecen testimonios resultado de interpelaciones e interrogatorios.
- Bajo la influencia de la novela moderna y las ideas freudianas, exploran cuidadosamente el inconsciente en lugar de apegarse a los hechos desnudos.
- Cuentan el relato acerca de una persona, un juicio o un episodio dramático, no por lo que estos representan por sí mismos, sino con el objeto de arrojar luz sobre los mecanismos internos de una cultura o una sociedad del pasado.⁴⁰

Otras cuestiones a tomar en cuenta son la memoria histórica oficial y la memoria colectiva. Si la historia es la parte del pasado que, de una u otra forma, ha quedado registrado o almace-

³⁹ *Ibidem*, pp. 238 y ss.

⁴⁰ STONE, Lawrence. *El pasado y el presente*. Traducción Lorenzo Aldrete. México: Fondo de Cultura Económica, 1986, p. 114.

nado en los depósitos de la memoria y se trata de un recuerdo seleccionado e institucionalizado en el presente, la memoria colectiva suele ser algo más difuso, en evolución y flujo permanente,⁴¹ sujeta a una selección también marcada por el peso del presente. En ambos casos, la memoria tiene capacidad para influir en el presente, puesto que lo importante es que se percibe una relevancia y cierta analogía (real o imaginada) entre la situación presente y el pasado. Aguilar especifica que la memoria opera en tres niveles: personal, social y público o colectivo e histórico y que de los tres el dominante suele ser el segundo, generado activamente de manera individual, grupal y social.⁴² La divulgación de la historia oficial contribuirá, sin duda, a la configuración de la memoria social y colectiva dominante, sea porque la va delineando (a través de la actividad pedagógica, por ejemplo, los medios de comunicación, etc.), así como porque la colectividad irá recogiendo y seleccionando de esa memoria histórica institucionalizada lo que le parezca más útil desde su propia perspectiva y necesidades presentes. Ello significará también que se intente y hasta consiga corregir las versiones de los historiadores.

Al satisfacer necesidades de diversa índole, la divulgación histórica alcanza diferentes características y niveles de importancia según contextos social e históricamente determinados, de manera tal que los distintos fines perseguidos por la divulgación histórica aparecen interceptándose de forma frecuente. Así pues, tomando como ejemplo aquella divulgación histórica puesta al servicio del entretenimiento (cine, televisión, por ejemplo), encontramos que adquiere ribetes educativos y también de reflexión política.

⁴¹ AGUILAR FERNÁNDEZ, Paloma. «Aproximaciones teóricas y analíticas al concepto de memoria histórica». En Carlos Barros (ed.). *Historia a debate*. Tomo II. Santiago de Compostela: Historia a debate, 1995, pp. 129-142, pp. 132-133.

⁴² *Ibidem*, pp. 133-134. La autora cita a Nerone, John. «Professional History and Social Memory». *Communication*, vol. 11, 1998, pp. 89-104.

Otra opinión es la de Philippe Carrard, quien publicó en 1992 *Poetics of the New History*, trabajo en el que hace un recuento y discute las cuestiones relacionadas con el asunto de la escritura de la historia. Encuentra que los historiadores siguen buscando los orígenes, describiendo cambios y estableciendo cronologías, dándose cuenta de la dificultad de lograrlo sin recurrir a la narración. Sostiene el autor que no la han dejado de lado, probablemente, por no haber podido elaborar opciones teóricas gracias a su falta de interés por la teoría literaria en general y la teoría narrativa en particular. Sin embargo, los simpatizantes de la nueva historia han hecho a un lado la narración porque la asocian indebidamente con una concepción unívoca de la historia: la historiografía positivista, ya que historia narrativa se volvió sinónimo de historia de los acontecimientos.

Podemos, entonces, llegar a la conclusión de que la divulgación histórica resulta indisolublemente ligada a la producción del conocimiento histórico y que en la actualidad es fácil advertir cómo su difusión se revela compleja en su sentido y alcance, no solo como un acto de comunicación, sino en lo que atañe a la esencia misma de la disciplina histórica.

2. Las posibilidades y los límites

En lo relativo a los aspectos más positivos que se pueden observar en la actual historiografía occidental, puede mencionarse que se ha enriquecido nuestra capacidad de conocimiento, entendido ahora de manera más amplia y libre, en la medida de que también se ha puesto énfasis en los procesos internos (individuales y colectivos) de la construcción de la realidad. Todo ello resulta interesante y beneficioso, siempre que no se caiga en un absoluto relativismo. La aceptación del cambio y de la innovación, el sentido crítico no solo aplicado a los trabajos ajenos, sino a los propios, son también posibilidades abiertas para

el desarrollo más libre pero no menos riguroso del trabajo de los historiadores. De otro lado, la interdisciplinariedad exige a los historiadores una autoidentificación (o establecimiento de su perfil), cada vez más firme y preciso, junto con la actitud y capacidad para incursionar en otros campos. Esa necesidad de que el historiador posea una clara autoidentificación de lo que es la disciplina histórica le permitirá no perder identidad en su contacto con las otras ciencias. La relación interdisciplinaria posibilita la incorporación o el empleo no solo de temas, sino de métodos y fundamentos teóricos. El cambio del perfil del historiador se advierte cada vez de manera más clara, ya que no se le ve ahora circunscrito a la actividad de investigación exclusivamente de archivo junto con la docencia, sino que ahora se le facilita la labor de gestor cultural y de investigador y realizador de todo aquello que su formación, su curiosidad e inventiva le permitan.

Sin embargo, quizá la mayor limitación que el cambio de paradigma señala a los estudios históricos sea que la idea de un conocimiento tenido como plausiblemente verdadero se ha visto devaluado o disminuido, puesto que, materializado en partículas de información, en datos aislados, pierde la consistencia del discurso integrado.⁴³

En los medios académicos estadounidenses es común identificar la postmodernidad con un relativismo que establece el significado de las ideas y de los acontecimientos en función de su contexto histórico que se ha convertido en una suerte de árbitro de la verdad. Las ideas son válidas en relación con el contexto de cada individuo, grupo social, institución, etc. Lo que resulta aceptable para uno, no tiene por que ser tolerado por los otros. El historiador se ve, entonces, confrontado con un relativismo radical que puede resultar irreconciliable con la historia y con

⁴³ LERNER. *Op. cit.*, p. 32.

la verdad. Dado que el postmodernismo busca la reubicación del sujeto, lo que se entiende en este caso como sinónimo de descentrarlo, dicho esfuerzo por dejar el centro es a su vez el rechazo a cualquier verdad dominante y significa fijar la atención en áreas marginales. En el terreno práctico, se trata de un relativismo que permite reconocer diferencias: de raza, de género, de clase, de orientación sexual, etc.⁴⁴ y que, en consecuencia, adquiere un sentido beneficioso siempre y cuando se maneje prudentemente para que, lejos de alejarnos de la posibilidad de comprensión, esa perspectiva caleidoscópica nos permita una interpretación cabal, admitiendo que la misma está intrínsecamente dotada de nuestra particular cosmovisión.

Una fuerte crítica al postmodernismo viene de la orientación marxista —morigerada, pero todavía vigente—, pero también desde otras posturas filosóficas. Esas críticas abrazan, obviamente, también a la historiografía teñida de postmodernismo. Se dice entonces —como lo hace Eagleton— que es un estilo de cultura que refleja algo el cambio de época, rompe las fronteras entre cultura «alta» y «popular», pero que por esa razón se manifiesta en un arte sin profundidad, descentrado, sin fundamentos, autorreflexivo, juguetero, ecléctico y pluralista. Añade que, si el postmodernismo cubre todo, desde el *punk rock* hasta la muerte de la metanarrativa, desde las revistas de historietas hasta Foucault, resulta difícil creer en un único esquema explicativo para tanta diversidad. Si hay alguna unidad solo puede ser asunto de «parecidos de familia». Y dado que todo habla de diferencias y pluralidad, la teoría postmoderna habla en términos binarios —vg. unidad/diversidad— y plantea la interdependencia de términos como identidad y no identidad, unidad y diferencia, sistema y el Otro.

⁴⁴ CORCUERA. *Op. cit.*, pp. 390-392.

El postmodernismo es contradictorio puesto que es a la vez radical y conservador. En efecto, es radical en tanto desafía a un sistema que todavía necesita de valores absolutos, de fundamentos metafísicos y de sujetos autoidénticos; contra eso lanza la multiplicidad, la no identidad, la trasgresión, el antifundamentalismo, el relativismo cultural.⁴⁵

Naturalmente, no es difícil colegir que tal relativismo o, en el mejor de los casos, la tendencia a la relativización y esa fragmentación del saber y de la verdad, paradójicamente, pueden llevar, por una senda semejante a la que se quería superar, a la intolerancia. Ello debido al peligro de caer en una suerte de «ensimismamiento» originado en la existencia de innumerables y particulares visiones del mundo.

3. Cuestiones por resolver

Error del positivismo fue olvidar que todo método o forma de acercarse y develar el sentido del pasado implica una postura teórica, supone conocimientos teóricos previos a los propios de la época y del historiador. De esta manera, no hay verdad sobre el pasado que no sea teórica. Es imprescindible saber desde dónde (desde qué filosofía o proyecto de sociedad) el historiador recupera el pasado y cuál es su función social y cognitiva. Se habla ahora de la unidad y diversidad histórica, ya no se ejerce el oficio de historiador cándidamente dentro del dicotómico universo de positivismo versus marxismo.⁴⁶

En las diversas disciplinas sociales, «el dilema del péndulo» se ha manifestado tanto en las posturas teóricas como en los métodos. Se ha oscilado, con frecuencia, desde un objetivismo realista a un relativismo deconstructivo extremo.

⁴⁵ EAGLETON. *Op. cit.*, pp. 12 y 45; 50- 51; 195.

⁴⁶ ZERMEÑO. *Op. cit.*, 1996, p. 1.

La Historia no se sustrajo a ello, y de hecho, el relativismo de la Historia norteamericana que Appleby, Hunt y Jacob identifican con el escepticismo extremo, propone que es imposible dar cuenta de la realidad de los hechos del pasado. En Europa estas posturas no alcanzaron la misma virulencia. Por ejemplo de Certau admite que el historiador construye una ficción, pero como resultado de un análisis de situaciones históricamente contextualizadas cuyos sentidos hay que buscarlos mediante determinadas "operaciones interpretativas".⁴⁷

En efecto, Appleby, Hunt y Jacob estiman que, para romper la bipolaridad en que hemos quedado atrapados, se debe acudir al «realismo práctico», que permite redefinir a la objetividad histórica como una relación interactiva entre un sujeto que indaga y un objeto externo. A diferencia de lo planteado por el postmodernismo, que niega la externalidad del objeto, argumentan que el pasado tiene una existencia objetiva en las voces contenidas en los documentos.

Debemos considerar que, en primer lugar, una ideología está contenida en la historia misma, luego que hay una historicidad de la historia, lo que implica un movimiento que enlaza una práctica interpretativa a una praxis social. Asimismo, debe tomarse en cuenta que la historia oscila entre dos polos ya que, por una parte, nos remite a una práctica —por consiguiente a una realidad— y que, por otra, es un discurso cerrado y por tanto el texto organiza y cierra un modo de inteligibilidad.⁴⁸

La ruptura epistemológica parte de Dilthey. Todavía inmerso en una epistemología histórica fundada en una filosofía de la conciencia, tendrá algo que ver con el tránsito hacia una filosofía de la acción o de los «actos de habla», telón de fondo a su vez del giro o cambio de énfasis en uno de los ejes temporales (pasado, presente y futuro) sobre los que se mueve la historia. Este desplazamiento epistemológico del pasado (el problema

⁴⁷ LORANDI y WILDE. *Op. cit.*, p. 47.

⁴⁸ CERTEAU, Michel de. *Op. cit.*, primera parte, cap. 1, p. 35.

del historiador es cómo puede conocer el pasado tal y como aconteció) al presente (siempre el pasado es cognoscible desde el presente)⁴⁹ todavía no parece dejar de lado del todo su vínculo con otra dimensión de la temporalidad: el futuro. Si bien esa relación fue muy antigua en Occidente, siendo suficiente recordar, a modo de ejemplo, las visiones escatológicas antiguas y modernas o aquella que en la época contemporánea se derivaba del marxismo, en el último tercio del siglo XX, derrumbadas las ideologías, esa relación pasado-presente-futuro parecía esfumarse en medio de la crisis de los paradigmas. Sin embargo y, paradójicamente en ese ambiente, los análisis histórico-filosóficos volvieron a esbozar proyecciones de culminación de la historia en futuros inminentes o más lejanos.

De la misma manera, las visiones conservadas de aquellas ideologías que, arrancadas del siglo XIX, tuvieron vigencia hasta por lo menos mediados del siglo XX han llevado a algunos historiadores a plantear el tema del compromiso social para que, más allá de la solución de conflictos y situaciones presentes, a través del estudio e incluso la militancia o el activismo, se permitan contribuir a la construcción de un futuro. Obviamente, para hacerlo se requerirá tener en mente una «historia futura» y un proyecto de sociedad.

Si la modernidad ha estado marcada por la separación progresiva entre pasado y futuro, entre nuestro espacio de experiencia y nuestro horizonte de expectativas, la moderna teoría histórica busca descubrir el carácter específico y el significado de ser y de pertenecer subjetiva y socialmente al mundo moderno. El carácter específico de esta forma de ser estará dado por la orientación de su acción hacia el futuro; no de uno que se conoce de antemano, teleológico, religioso, salvífico, sino de otro futuro, laico, abierto, vacío de contenido, un futuro que se separa más y más, conforme este futuro se aproxima al pasa-

⁴⁹ ZERMEÑO. *Op. cit.*, 1996, p. 2.

do.⁵⁰ Pero el asunto no es tan simple. Se trata no solo del conocimiento histórico, sino de la ubicación, de manera existencial, del historiador en el curso del tiempo. Esto fue resaltado por Certau al afirmar que, lanzado ya hacia un presente, ya hacia un pasado, el historiador experimenta una praxis que es inextricablemente la suya y la del otro. Ese otro es otra época o la sociedad que hoy lo determina.⁵¹ De esa forma, el discurso histórico vuelve explícita una identidad social. No como información estable, sino como diferenciada de una época anterior o de otra sociedad. Debe pues considerarse el sentido histórico del historiador, vale decir, su disponibilidad y su talento para comprender el pasado, incluso el exótico, a partir del contexto propio desde donde él se encuentra. Tener sentido histórico significa pensar expresamente en el horizonte histórico que es coextensivo con la vida que vivimos y que hemos vivido.⁵²

Otras son las cuestiones relacionadas con el manejo y análisis de los documentos. Recordemos cómo para Foucault hay una estructura documental, es decir, diferentes discursos relacionados. Si eso lo vinculamos a la tendencia relativizadora, surgirá, en consecuencia, la necesidad de abolir el concepto de autor.

En efecto, desde esa perspectiva la unidad no emana del autor, sino de la estructura propia del texto y afirma que cualquier texto, entendido como unidad básica cultural, remite a otros, vale decir, a discursos asociados o relacionados entre sí, pero de origen diferente. Por lo tanto, el análisis historiográfico, entendido como una lectura de textos, debe ser abordado como una unidad cultural y social autónoma en lugar de identificarse con un autor particular, la proyección de la sensibilidad de una época, la actividad de un grupo o escuela al que se le atri-

⁵⁰ *Ibidem*, loc. cit.

⁵¹ CERTEAU, Michel de. *Op. cit.*, primera parte, cap. 1, pp. 64-65.

⁵² GADAMER. *Op. cit.*, 1993, pp. 42-43.

buyera. La relación documento-historiador cambia así de manera radical: antes los historiadores dependían de los documentos; ahora los documentos dependen del historiador que los maneja y los lee. Pero el historiador no debe preguntarse más acerca de los sujetos que están detrás de los documentos, pues lo que se maneja es un texto vivo que se teje y se trabaja desde dentro como parte de una estructura y en combinación con otros textos.⁵³ Como se puede ver, no se trata solamente de procedimientos de crítica textual, sino de una hermenéutica que, como lo señala Gadamer, connota teoría del conocimiento y nos coloca en el ámbito de la comprensión e interpretación.

4. Clío mira hacia adelante

En septiembre del 2001, un grupo de los historiadores que conforman la lista de interés denominada *Historia a debate* lanzaron por Internet *El manifiesto historiográfico 2001*.⁵⁴ Si bien el documento parece reflejar una posición particular propia de una comunidad de especialistas, la rápida y numerosa acogida que tuvo entre historiadores de diferentes generaciones y de distintas partes del mundo constituye una señal inequívoca de que expresa un consenso bastante sólido acerca de lo que los propios involucrados piensan sobre el futuro de nuestra disciplina. A continuación señalo la temática del documento y comento algunas de sus propuestas.

⁵³ CORCUERA. *Op. cit.*, pp. 216-218.

⁵⁴ *Historia a debate* es lo que en Internet se denomina una «lista de interés» y cuyo tema —en este caso— es historiográfico y metodológico. Comenzó como un grupo de historiadores aglutinados bajo la dirección de Carlos Barros en Santiago de Compostela (España) luego de que se realizara en 1993 el Primer Congreso Historia a debate. La lista de interés está conformada por aproximadamente 1500 historiadores de más de cincuenta países ubicados en los cinco continentes. «El manifiesto historiográfico» apareció en la Red en septiembre del 2001 y ha sido suscrito, aproximadamente, hasta ahora por algo más de setenta y tres historiadores.

Cuatro son las grandes líneas del análisis que se utilizan para hacer el balance acerca del estado actual de la disciplina histórica. Ellas constituyen, a la par, un diagnóstico y una propuesta en relación con los cambios que se han venido operando en la historiografía, asumiendo las transformaciones pero también estableciendo distancias y planteando críticas. Los temas se refieren, entonces, a: metodología, historiografía, teoría y sociedad.

En materia metodológica, se concibe una investigación rigurosa pero necesariamente apoyada en ideas, hipótesis e interpretaciones. Se propone la confluencia de las culturas científica y humanística y, distanciándose de la objetividad rankeana y de la subjetividad postmoderna, se postula a la historia como una ciencia con sujeto humano «que descubre el pasado conforme lo constituye», puesto que se reconocen dos subjetividades en nuestro proceso de conocimiento histórico: agentes históricos e historiadores. También se otorga notable valor e importancia a la interdisciplinariedad, pero se llama la atención acerca de la necesidad de que ella sea equilibrada tanto al interior de la disciplina (es decir, considerando diferentes temáticas y tendencias) como fuera de ella y más allá de las ciencias sociales clásicas.

Este último aspecto de la propuesta resulta interesante, puesto que se está enfatizando el aporte que a la historiografía ya están ofreciendo las ciencias básicas. Tómese, por ejemplo, la influencia de la noción de complejidad y la «teoría del caos» y de los fractales en la práctica de las ciencias sociales y, en algunos casos, en la historia. De otro lado, el Manifiesto también apunta a dejar sentada la necesidad de «tender puentes» que faciliten la vinculación del fragmentario panorama historiográfico actual.

Evidentemente, de lo que se trata aquí es de la aceptación de esa amplia diversidad que caracteriza el interior de los distintos saberes, sobre todo a partir del último cuarto del siglo XX, pero

a la vez aspirando a una disciplina que no renuncie a cierta homogeneidad, necesaria para el mejor discurrir del debate teórico y metodológico entre los historiadores. Se trata, entonces, de hacer converger a la investigación histórica atravesando los diferentes géneros, espacios y niveles de análisis.

Se acepta como favorable la ampliación del concepto de fuente histórica y se llega a subrayar la importancia de las «no fuentes», es decir, silencios, errores y lagunas presentes en todo tipo de testimonios. Asimismo, se llama la atención acerca de la pertinencia de aceptar e incorporar en esta metodología la nueva relación con las fuentes ensayada por las historiografías de género, oral, etc. o la «nueva historiografía» que vaya surgiendo en Internet, pero, naturalmente, sobre la base del desarrollo indispensable de debates orientados al logro de consensos. Este aprovechamiento de la innovación estará directamente relacionado con la revaloración o recuperación de la actitud y práctica innovadora entre los historiadores, tanto en el aspecto metodológico cuanto el temático para el desarrollo de la disciplina, pero también para prestar la debida atención a las necesidades científicas culturales, sociales y políticas en medio de un mundo que vive cambios profundos.

En cuanto a los asuntos historiográficos, se enfatiza la necesidad de efectuar, de manera permanente, el análisis historiográfico, vale decir, el estudio de los historiadores mismos y sus obras, en aras del rigor histórico. Para llevarlo a cabo se atiende a la urgencia de integrarlos en grupos, escuelas y tendencias para descubrir sus valores compartidos y advertir continuidades o rupturas disciplinarias en sus trabajos. En suma, se trata de estudiar el curso de nuestra disciplina también a través de la ubicación del historiador y su obra o a cada comunidad de especialistas en su entorno social, académico, mental y político.

De esta manera se tomará conciencia —dice el Manifiesto— de que en la historiografía existen, superpuestos e interrelacionados, diferentes ámbitos: local, regional, nacional, continental

o mundial. Reconocer las tendencias y la comunidad de intereses y propuestas en diferentes ámbitos facilitará, de un lado, la recuperación de la autonomía crítica de los historiadores frente al peso adquirido por el mercado editorial, los grandes medios de comunicación y las instituciones políticas y, de otro, la autorreflexión que, a su vez, permitirá aclarar posturas y posibilitará el desarrollo de debates y la formación de consensos. Cuando se mencionan la autonomía del historiador frente al peso cobrado por «agentes externos», también se reclama la reconstrucción de tendencias, comunidades y asociaciones alrededor de proyectos historiográficos. Aquí se advierte una nostalgia respecto de lo que fuera, por ejemplo, la llamada Escuela de los *Annales* o la École asociada a esta tendencia que, como se ha visto, aunque variada, tuvo como eje un proyecto historiográfico de renovación respecto de la que, en su oportunidad, fue denominada la «historiografía tradicional».

Volviendo al asunto de la reflexión sobre el propio quehacer, se propone que tendrá que partir del balance imprescindible de la historiografía del siglo XX y, particularmente, de las que se consideraron sus vanguardias. Ellas constituirán la tradición sobre la que se levanten los nuevos paradigmas y se desarrolle la historiografía del siglo XXI. Tanto el sentido de innovación como el ejercicio de la autocritica deberá ser transmitida a las nuevas generaciones de historiadores. Este llamado debe entenderse en función de la afirmación del desenvolvimiento de la disciplina histórica para evitar marchas atrás o estancamientos. Como se puede notar, en este sentido permanece, y con fuerza, la noción de progreso que, obviamente, tiene carácter paradigmático en el pensamiento occidental. En el Manifiesto, la noción de progreso se empleará más adelante con otro referente, es decir, ya no para referirse al desenvolvimiento de la disciplina, sino al desarrollo de la sociedad. Así pues, se mencionan los fines de la historia que se expresarían en pensar teóricamente el sentido de dicho progreso.

Frente al surgimiento de la historiografía, a través de recursos digitales los autores y suscriptores del Manifiesto expresan su opinión acerca de qué es lo que debería seguir siendo complementario a las formas convencionales de investigación y de transmisión o divulgación del conocimiento histórico.

Como dijimos en párrafos anteriores, el Manifiesto toca también el primordial asunto del rol y las características de la teoría en la historia. Se parte de un rotundo rechazo a la idea de que se confiara a la historia la tarea de ser proveedora de datos para que sean otras las disciplinas que reflexionen sobre la información. Se considera que completar todo el ciclo de la investigación histórica es irrenunciable para cualquier historiador. Más aun, ya se había mencionado, al hablar de la metodología, que arrancar de teorías, formular hipótesis y, por ende, analizar la información y confrontarla con el marco teórico resultaban pasos obligatorios en la historiografía actual. De otro lado, si entre los fines de la historia se cuenta pensar teóricamente acerca del sentido del progreso, este se entiende como una demanda de la sociedad sobre la base de un criterio de equidad.

El Manifiesto finaliza abordando así la cuestión de la relación entre historia y sociedad. En él se reclama una función ética de la historia frente a la sociedad en su conjunto y el poder en particular. ¿Cómo se ejercerá ese rol? En primer lugar, combatiendo las concepciones que pretendan contraponer técnica con cultura, economía con sociedad, presente con pasado o pasado con futuro. Sin duda, aquí se ingresa, aparentemente sin temor alguno, en el ámbito de la vida política, en el sentido más estricto del término.⁵⁵ Se habla del compromiso con las cau-

⁵⁵ En efecto, derrumbadas las ideologías que exigían una militancia en un sentido u otro, desde la última década del siglo XX se habla constantemente y de manera bastante generalizada de valores generales o universales que le dan un sentido diferente a los movimientos y actividades políticas, de un lado, o llevan a la despolitización, de otro. En América latina, por ejemplo, ha sido un fenómeno frecuente el descrédito de la política tradicional y el surgimiento de los «independientes».

sas sociales y políticas vinculadas a la defensa de valores universales como educación, salud, paz, justicia, igualdad y democracia, puesto que

Si se acepta que la objetividad de la ciencia de la historia es inseparable de la subjetividad (plural) del historiador, debemos concluir que no existen grandes diferencias cualitativas entre una historia inmediata y una historia mediata, entre una historia más contemporánea y una historia más antigua. Todo es historia, si bien cuando más nos distanciamos de lo actual mayor es la carga que recae sobre nosotros, historiadores, por ausencia de las disciplinas más presentistas.

Esta posición se ampara en la idea aceptada de que el historiador investiga y escribe la historia ubicado en el presente y, como ser humano, proyectado hacia el futuro, puesto que «El historiador no puede escribir con rigor la historia al margen del tiempo vivido, y de su fluir permanente». Como se puede advertir, los autores y suscriptores del Manifiesto parecen haber superado la dicotomía que se planteó en los debates epistemológicos a fines del siglo XX, pues se admite la posibilidad de un rigor metodológico que llevaría a una cierta *objetividad histórica*, que no excluye para nada la subjetividad a partir del arraigo en el tiempo vivido.

A partir de ello, tampoco se pretende obviar el vínculo entre el historiador y su trabajo con la construcción del futuro, puesto que

La caída de las filosofías finalistas de la historia, sean socialistas sean capitalistas, ha puesto de relieve un futuro más abierto que nunca. El historiador ha de asumir un papel en su definición con sus experiencias y argumentos históricos, con hipótesis y apuestas desde la historia. Edificar el futuro sin contar con la historia nos condenaría a repetir sus errores, a resignarnos con el mal menor o a edificar castillos en el aire.

Por último, al intentar delinear el nuevo paradigma historiográfico, los autores del Manifiesto procuran poner en práctica

esa búsqueda de consenso a la que se refirieron en diferentes partes del documento:

[...] queremos cambiar la historia que se escribe y coadyuvar a cambiar la historia humana. Según evolucione el debate historiográfico, y la historia más inmediata, nuestras propuestas recibirán más o menos consenso académico, las variaremos o no según interese, si bien hay planteamientos que, aun siendo por el momento minoritarios, nos parecen ineludibles para condicionar críticamente el nuevo paradigma en formación: el conjunto plural de valores y creencias que va a regular nuestra profesión de historiador en el nuevo siglo. Por todo ello, la historia nos absolverá, esperemos.

Varias preguntas y comprobaciones surgen al revisar esta propuesta. En el primer caso, cabe interrogarnos acerca del porqué de esta necesidad de «manifestarse» y buscar consensos en medio de tan variada diversidad de posturas, perspectivas y temas de la historiografía de nuestra época. Se evidencia, a todas luces y a nuestro entender, una nostalgia respecto de cierta búsqueda de certidumbres o, por lo menos, de algunos asideros seguros que permitan, si bien no volver a la vigencia de «escuelas historiográficas», por lo menos, marcar una tendencia firme que posibilite a la disciplina histórica de nuestros días el orientarse de manera tal que pueda evitar perderse en la absoluta relatividad y la necesidad de los historiadores de saber que su trabajo no queda reducido a un esfuerzo aislado por ser absolutamente individual. De esta forma se explica que se busque en el documento que comentamos la urgencia de construir un nuevo paradigma. Muestra de una disconformidad con la recusación plena de la tradición que es posible rastrear por lo menos desde la Ilustración y que constituye, a la vez, la aceptación precisa del conjunto de cambios que se han venido operando en el pensamiento occidental y en su historiografía.

En el plano de las comprobaciones, se advierte que el Manifiesto guarda relación con la fuerza que tiene en el presente la

posibilidad de utilizar los recursos de una sociedad que se reconoce a sí misma como «comunicada» y por ello es que la propuesta se origina y expresa en el medio universal de Internet para, desde allí, de manera inversa a como pudo haber ocurrido en el pasado, alcanzar el ámbito académico que, tradicionalmente, materializaba sus postulados en libros y revistas especializadas. Hay en todo esto un sentido de democrático ejercicio vinculado a medios masivos de comunicación. Y es a partir de ello que surge la segunda y no menos importante interrogante: ¿es posible que pese a la asepsia política que parece tener el Manifiesto se pueda evitar desligar sus propuestas de una praxis política señalada por cuestiones ideológicas? La respuesta no es fácil, pero existe la probabilidad de entender que alcanzar cualquier consenso admitiendo a la vez la diversidad deja, sin lugar a dudas, el camino libre para que diversas posturas, individuales o de grupos, utilicen los planteamientos del propio Manifiesto para sostener sus particulares maneras de ver y entender el pasado, actuar en el presente y proyectarse al futuro.

Asimismo, parece claro que la historiografía de nuestros días está marcada insoslayablemente por la necesidad de vincular, cada vez más consciente y permanentemente, el trabajo de investigación con la reflexión teórica y metodológica, llevados a cabo no solo exclusivamente por algunos connotados y muy experimentados historiadores y filósofos, sino día a día por cada historiador que realice su trabajo, contribuyendo no solo con la tarea artesanal propia de su oficio, sino asumiendo la irrenunciable labor de elevarse al ámbito de lo teórico, puesto que en la ciencia moderna, en general, y en la histórica, en particular, escribir, pensar y hacer la historia constituyen un solo ejercicio que, por ser intelectual, tiene un carácter personal y una consecuencia social.

Bibliografía

- AGUILAR FERNÁNDEZ, Paloma. «Aproximaciones teóricas y analíticas al concepto de memoria histórica». En Carlos Barros (ed.). *Historia a debate*. Tomo II. Santiago de Compostela: Historia a debate, 1995, pp. 129-142.
- AGUIRRE ROJAS, Carlos. *Construir la historia: entre el materialismo histórico y Annales*. México: USAC Escuela de Historia, UNAM Facultad de Economía, 1993
- *La Escuela de los Annales. Ayer, hoy y mañana*. Barcelona: Montesinos, 1999.
- *Pensamiento historiográfico e historiografía del siglo XX*. Rosario: Pro-historia & Manuel Suárez-editor, 2000.
- BACHELARD, Gastón. *La formación del espíritu científico: contribución a un psicoanálisis del conocimiento objetivo*. Traducción de José Babini. Buenos Aires. Siglo Veintiuno, 1972.
- BAJTIN, Mijail. *La cultura popular en la edad media y en el renacimiento. El contexto de Francois Rabelais*. Traductores Julio Forcat y César Conroy. Madrid: Alianza Editorial, 1990.
- BARROS, Carlos (ed.). *Historia a debate*. 3 vols. Santiago de Compostela: Historia a debate, 1995.
- BURKE, Peter (ed.). *New perspectives on historical Writing*. Pennsylvania: Pennsylvania University Press, 1998.

- CARDOSO, Ciro y Héctor PÉREZ BRIGNOLI (comps.). *Perspectivas de la historiografía contemporánea*. México: Editorial SepTentas, 1976.
- CARIÑO, Micheline. «La frontera del debate de la historia, en los albores del nuevo milenio». Artículo difundido por correo electrónico por la lista de interés h-debate@cesga.es en noviembre de 2001.
- CASULLO, Nicolás, Ricardo FORSTER y Alejandro KAUFFMAN. *Itinerarios de la modernidad. Corrientes del pensamiento y tradiciones intelectuales desde la ilustración hasta la posmodernidad*. Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires, Eudeba, 1999.
- CERTAU, Michel de. *La escritura de la historia*. México: Universidad Iberoamericana, 1993.
- CORCUERA DE MANCERA, Sonia. *Voces y silencios en la historia. Siglos XIX y XX*. México: Fondo de Cultura Económica, 2000.
- DEL PRIORE, Mary. «A História cultural entre monstros e maravilhas». En Navarro. *História no plural*. Brasilia: Universidade de Brasilia, 1993, pp.69-98.
- DELUMEAU, Jean «Mentalidades religiosas en el Occidente moderno. Balance de una investigación». Traducción de Cristina Flores. *Lienzo*, n.º 18, 1997, pp. 265-283.
- DERRIDA, Jacques. *La escritura y la diferencia*. Traducción de Patricio Peñalver. Barcelona: Editorial Anthropos, 1989.
- DEVOTO, Fernando. *Entre Taine y Braudel. Itinerarios de historiografía contemporánea*. Buenos Aires: Biblos, 1992.
- DUBY, Georges y Michelle PERROT. *Historia de las mujeres. La Antigüedad. Modelos femeninos*. Tomo 1. Madrid: Taurus, 1993.
- EAGLETON, Terry. *Las ilusiones del posmodernismo*. Buenos Aires, Barcelona, México: Paidós, 1997.
- FONTANA, Josep. «Ascenso y decadencia de la escuela de los *Annales*». En: A.A.V.V *Hacia una nueva historia*. Madrid: Akal, 1985, pp. 109-127.

- FOUCAULT, Michel. *La arqueología del saber*. México: Editorial Siglo XXI, 1985.
- FUKUYAMA, Francis. *El fin de la historia y el último hombre*. Barcelona: Editorial Planeta, 1992.
- GADAMER, Hans-Georg. *Verdad y método. Fundamentos de una hermenéutica filosófica*. Cuarta edición. Salamanca: Ediciones Sígueme, 1991
- *El problema de la conciencia histórica*. Madrid: Tecnos, 1993.
- GILDERHUS, Mark T. *History and Historians. A Historiographical Introduction*. Nueva Jersey: Prentice Hall, 2000.
- GIUSTI, Miguel. *Alas y raíces. Ensayos sobre ética y modernidad*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú. Fondo Editorial, 1999.
- GOMBRICH, E. H. *Enquête de l'histoire culturelle*. París: Girard Nonfcort Éditeur, 1992.
- HOBSBAWN, Eric. *Historia del siglo XX*. Barcelona: Editorial Crítica, 1996.
- KIRN, Paul. *Introducción a la ciencia de la historia*. Primera edición en español. México: Unión Tipográfica Editorial Hispano Americana (UTEHA), 1961.
- LERNER, Salomón. *Reflexiones en torno a la universidad*. Lima: Imagen Institucional de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 2000.
- LORANDI, Ana María y Guillermo WILDE. «Desafío a la isocronía del péndulo acerca de la teoría y de la práctica de la antropología histórica» En: *Memoria Americana. Cuadernos de etnohistoria*. N° 9. Buenos Aires: Instituto de Ciencias Antropológicas, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, 2000, pp. 37-78.
- LOZANO, Jorge. *El discurso histórico*. Madrid: Alianza Editorial, 1994.
- MORIN, Edgar. *Introducción al pensamiento complejo*. Barcelona: Editorial Gedisa, 1997.
- NAVARRO SWAIN, Tania. «Vocé disse imaginario?». En *História no plural*. Brasilia: Universidade de Brasilia, 1993, pp. 43-68.

- NOLTE, Ernst. *Después del comunismo. Aportaciones a la interpretación de la historia del siglo XX*. Traducción de Joaquín Adsuar Ortega. Barcelona: Editorial Ariel, 1995.
- ORTIZ TORRES, Emilio. «Una comprensión epistemológica de la comunicación». <<http://www.monografías.com/trabajos5/comep/comep.shtml>>, 2001.
- PEREIRA GONÇALVES, Rolando. «Actualidades na teoria historica». *Guairaca*, Revista da Universidade Estadual do Centro-Oeste, Guarapava Brasil, n.º 11, 1994, pp. 103-104.
- QUINTANILLA PÉREZ WICHT, Pablo «Lógica y lenguaje. La lógica como actividad filosófica». En *La lógica en el pensamiento actual. Ciclo de conferencias*. Lima: Estudios Generales Letras. Pontificia Universidad Católica del Perú, 2001, pp. 15-21.
- RAMA, Carlos. *La historiografía como conciencia histórica*. Tercera edición. Barcelona: Montesinos, 1989.
- RESTREPO, Luis Antonio. *Pensar la historia*. Medellín: Editorial Percepción, 1987.
- RÍOS M., Norma. «Nuevas tendencias historiográficas». Ciclo de conferencias «Revisión de la historiografía mexicana del siglo XX». Colegio de Michoacán, 19 de julio del 2000 (impresión por computadora), p. 3. <www.colmich.edu.mx>.
- RODRÍGUEZ, Nora Inés. *En torno al problema de la interdisciplinariedad: historia, geografía, geografía histórica*. San Juan (Argentina), 1998.
- ROMANO, Ruggiero. *Braudel y nosotros. Reflexiones sobre la cultura histórica de nuestro tiempo*. México: Fondo de Cultura Económica, 1997.
- «La historia económica, ¿por qué? ¿Cómo?». *Relaciones*, Escuela de Altos Estudios Sociales, n.º 79, vol. XX, 1999, pp. 15-25, París.
- STONE, Lawrence. *El pasado y el presente*. Traducción de Lorenzo Aldrete. México: Fondo de Cultura Económica, 1986.
- THE LETTERS OF PRIVATE WHEELER 1809-1828*. Londres: B. H. Lidell Hart, 1951.

- THOMSON, Edward P. «History from Below». *The Times Literary Supplement*, 7 de abril de 1966, pp. 279-280.
- THURNER, Marc. «Después de la etnohistoria: desencuentros y encuentros entre discursos antropológicos e históricos». *Actas del IV Congreso Internacional de Etnohistoria*. Tomo II. Lima: Fondo Editorial Pontificia Universidad Católica del Perú, 1998, pp. 459-488.
- TOPOLSKI, Jerzy (ed.). *Historiography between modernism and postmodernism. Contributions to the Methodology of the Historical Research*. Amsterdam-Atlanta: Rodopi, 1994.
- VATTIMO. *Ética de la interpretación*. Barcelona: Paidós, 1993.
- VIDAL JIMÉNEZ, Rafael. «La Historia y la Postmodernidad». *Espéculo, Revista de Estudios Literarios*, Departamento de Filología Española III. Facultad de Ciencias de la Información, Universidad Complutense de Madrid, n.º 13, nov. 1999 - feb. 2000, año V. Revista Digital Cuatrimestral. <<http://www.ucm.es/info/especulo/numero13/index.html>>.
- WAGNER, Fritz. *La ciencia de la historia*. Primera edición en español. Cuarta parte II. México: U.A.M., Dirección General de Publicaciones, 1958.
- WHITE, Hayden. *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*. México: Fondo de Cultura Económica, 1992.
- ZERMEÑO PADILLA, Guillermo. «El problema del pasado es el futuro: notas sobre teoría y metodología de la historia». *Tiempo y Escritura. Revista Electrónica*. México: Universidad Nacional, n.º 0, julio de 1996, <<http://www.azc.uam/type/indice-es.html>>.

EL ROSTRO ACTUAL DE CLÍO

La historiografía contemporánea: desarrollo, cuestiones y perspectivas

Se terminó de imprimir en agosto de 2002,

en los talleres de Galileo Galilei,

Jr. Sucre 470, teléf: 2633826-2632041

e-mail: galileoediciones@hotmail.com,

Lima 32, Perú.

El Rostro Actual De Clio
La Historiografía Contemporánea:
Desarrollo, cuestiones y perspectivas

En esta obra se hace una revisión sumaria del curso de la historiografía occidental contemporánea enfatizando los cambios ocurridos en el siglo XIX y la tercera década del XX para colocarnos finalmente en el escenario historiográfico del último tercio de la vigésima centuria. Se trata de una revisión orientada, asimismo, a promover la reflexión y discusión de las características de la disciplina histórica en la actualidad en relación a los retos y posibilidades que el desarrollo reciente de las ciencias plantea a la historia y la manera cómo ejerce influencia en la configuración de una historiografía que, a su vez, se encuentra en proceso de transformación, justamente a partir de su diálogo con otros saberes.

